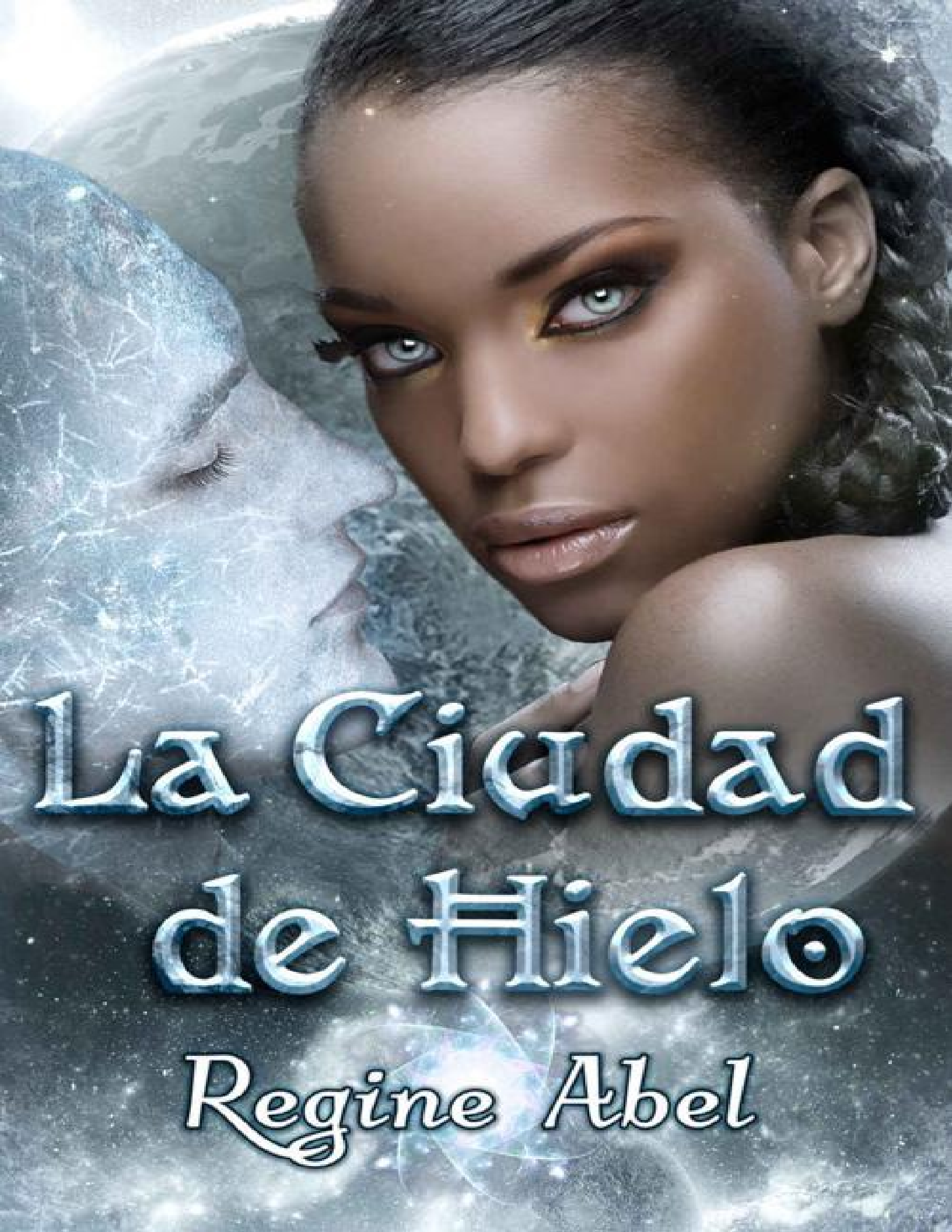




La Ciudad de Hielo

Regine Abel



LA CIUDAD DE HELIO

Valos de Sonhadra



REGINE ABEL

DISEÑO DE PORTADA POR

Regine Abel

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Copyright © 2023

ADVERTENCIA: La reproducción o distribución no autorizada de esta obra con derechos de autor es ilegal y está penada por la ley. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida electrónicamente o en forma impresa sin el permiso escrito del autor, excepto en el caso de breves citas plasmadas en reseñas.

La autora prohíbe expresamente a cualquier entidad el uso de esta publicación con fines de entrenamiento de tecnologías de inteligencia artificial (IA) para generar texto, incluyendo sin limitación tecnologías capaces de generar obras del mismo estilo o género que esta publicación. La autora se reserva todos los derechos de licencia de uso de esta obra para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Este libro utiliza un lenguaje adulto y contenido sexual explícito. No está dirigido a menores de 18 años.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Regine Abel](#)

[Acerca De Regine](#)

LA CIUDAD DE HIELO

Ella es hielo y fuego: portadora de vida

Cuando la nave penitenciaria en la que está encarcelada es absorbida por una anomalía, Lydia sobrevive a duras penas al accidente en un planeta alienígena. Solo los sádicos experimentos que realiza con ella el científico de la prisión le permiten sobrevivir a este mundo duro y peligroso. El futuro parece sombrío hasta que se topa con una magnífica ciudad de hielo y su habitante más insólito.

Kai se siente fascinado por la delicada desconocida caída de las estrellas con el poder de devolver la vida a su ciudad hibernada. Ella despierta emociones largamente olvidadas por su gélida corapietra. ¿Será ella la salvación de su pueblo o la trampa urdida por la Creadora provocará su perdición colectiva?

SERIE VALOS DE SONHADRA

Cuando una prisión orbital atraviesa un agujero de gusano y se estrella en un planeta desconocido, cada mujer debe escapar por su cuenta de los restos del naufragio. Como si las bestias salvajes y los duros climas alienígenas no fueran suficientes, las supervivientes descubren que el mundo no está deshabitado y deben enfrentarse a nuevos retos—arriesgando no solo sus vidas, sino también sus corazones.

Bienvenidos a Sonhadra.

La serie Valos de Sonhadra es la visión compartida de nueve autores románticos de ciencia ficción y fantasía. Cada libro es independiente y puede leerse en cualquier orden.



DEDICATORIA

Mi más sincero agradecimiento a todas las maravillosas damas de la serie Valos de Sonhadra. Gracias por todo el apoyo, la creatividad, las risas, las tonterías y todo lo demás. No recuerdo haberme divertido tanto haciendo un proyecto en colaboración.

Nero, eres el mejor hombre que una chica puede necesitar cuando un escritor se bloquea o tiene dudas. ¡Sigue teniendo esos sueños locos!

Mamá y papá, alabo a Dios cada día por haber sido bendecida con unos padres tan comprensivos y cariñosos. Gracias a ustedes, ninguna montaña es demasiado alta, ningún reto es demasiado grande. Gracias por estar siempre a mi lado, sea cual sea mi empeño, por creer en mí y por ayudarme a vivir mis sueños, por locos y salvajes que sean.

Los quiero.



CAPÍTULO I

LYDIA

El largo y torturado grito de la prisionera 2098 terminó con un sonido ahogado y gorgoteante antes de volver a elevarse con una agonía renovada. Sentada en el suelo helado de mi celda de detención, con las rodillas pegadas al pecho, me balanceaba de un lado a otro mientras otro gemido asaltaba mis oídos a través de la puerta. Los científicos habían estado trabajando hoy con Quinn—mi hermana en pena—mucho más tiempo de lo habitual.

Cuando acabaran con ella, vendrían por mí.

Se me revolvió el estómago; las espirales de terror superaron a las punzadas de hambre. La Dra. Sobin nunca me daba de comer antes de un experimento. No quería que la vomitara encima ni que me ahogara con mi propio vómito. En ese momento, preferiría esa muerte a lo que me esperaba.

Otro sofoco me hizo arder. Gotas de sudor brotaron sobre mi piel desnuda. Desplegué las piernas y apoyé la espalda desnuda contra la fría pared metálica que tenía detrás. Con los brazos estirados y las piernas abiertas, esperé a que mi cuerpo se enfriara. Aunque no estaba atravesando la menopausia, a mis veinticuatro años, el infierno constante de su peor manifestación me había convertido en su esclava. Al crecer, los médicos no habían sabido explicar mi estado.

Desde mi llegada a la penitenciaría espacial, *Concord*, los experimentos de la Dra. Sobin no habían hecho más que aumentar los síntomas. En un buen día, solo me quemaba cinco o seis veces por hora. Últimamente, parecía más bien una vez cada cinco minutos. Aunque podía regular mi temperatura, hacerlo gastaba mucha energía y me dejaba famélica. Hambrienta como estaba, la única opción que me quedaba era aguantar.

Con mi temperatura corporal media de cuarenta y dos grados Centígrados, muy por encima de los niveles seguros para un adulto humano, los guardias de la prisión me mantuvieron sola en esta fría habitación. Me venía bien, ya que la mayoría de los reclusos de esta nave prisión eran fenómenos marginales; los peores criminales de la Tierra, condenados de por vida.

Durante un tiempo, entablé amistad con otras tres reclusas, Quinn, Zoya y Preta—las pocas personas decentes de este infierno. Una a una, se las llevaron para experimentar con ellas. No

tenía ni idea de qué había sido de Zoya y Preta. Quinn, yo podía oír sus...

Solté un suspiro de alivio cuando el fogonazo se desvaneció y el sonido resonó en el silencio ensordecedor.

¿Silencio?

¡Oh Dios!

Se me escapó un gemido y volví a apretar las rodillas contra el pecho. Meciéndome de un lado a otro con mayor intensidad, mi espalda se golpeaba contra la pared con cada movimiento hacia atrás.

Vienen por mí... ¡Vienen por mí!

La bilis me subió a la garganta y un escalofrío de miedo me recorrió. Mi mirada se posó en la túnica de paciente, que seguía perfectamente doblada en mi catre, apoyada contra la pared de enfrente. Me arrastré y me la puse. Sobin me quería desnuda para sus retorcidos experimentos, pero obligarles a quitármela retrasaría mi tortura unos segundos más. Cuando ya no te quedaba esperanza, cada pequeña piedad contaba.

Se me apretó el estómago y se me clavaron las uñas en las pantorrillas cuando resonó el pitido de desactivación de la cerradura de seguridad de mi celda. Recorrí con la mirada la blanca habitación como un animal atrapado, buscando en vano un lugar donde esconderme. Solo Dios sabía por qué lo hacía siempre. Aparte de un lavabo, un retrete y una pequeña estantería, la habitación estaba completamente vacía.

La puerta se abrió con un leve ruido, dejando entrar el olor a antisépticos y productos químicos. La luz deslumbrante del laboratorio me clavó los ojos. Me estremecí y entrecerré los ojos cuando entró la voluminosa silueta de Jonah. Rascándose su floreciente barriga cervecera a través de su uniforme gris de guardia de prisiones, se detuvo a escasos centímetros de mis pies descalzos. Sus pálidos ojos azul celeste prometían un mundo de dolor si hacía algún tipo de escándalo.

¿Cómo podía ser tan cruel alguien con unos ojos tan bonitos?

Tragué más allá del nudo en la garganta y me obligué a levantarme, a aceptar lo inevitable. Sabía que no debía darle ninguna excusa para maltratarme...

Me atraparía de todos modos...

Y, sin embargo, en cuanto extendió una mano hacia mí, mi cordura se quebró.

Con el estómago revuelto de puro terror, grité y me alejé de él. Suplicando... Rogando... Me agarró por la muñeca y tiró de mí hacia delante. Forcejeé, la necesidad de huir anulaba cualquier pensamiento lógico. Mi piel se encendió, ardiendo tanto que mi túnica se ennegreció. El olor a tela quemada y plástico me picó en la nariz.

A pesar de su guante protector, Jonah gritó y me soltó. Caí y mi cadera golpeó violentamente el suelo. El dolor me recorrió la pierna mientras retrocedía, pero lo ignoré, concentrada en una cosa: alejarme de él. Sacudió la mano antes de mirarse la palma enguantada como si esperara que estuviera ardiendo.

—Maldita zorra —siseó Jonah, sacando su bastón de shock del cinturón.

—Yo... lo siento... en verdad... lo siento... ¡Por favor!

Me apreté contra la pared, deseando que me tragara entera. Con mórbida fascinación, vi cómo la cabeza azul claro del palo oscuro se acercaba a mi piel expuesta.

Me golpeó un rayo.

Mis músculos se tensaron hasta romperse, seguidos de espasmos que arañaban cada terminación nerviosa. Con la vista nublada, yací indefensa en el suelo, con las extremidades flotando como un pez fuera del agua. Cuando amainaron los temblores, un frío collar metálico me rodeó el cuello.

—Levántate, perra estúpida, antes de que te clave las botas en las costillas.

Jonah tiró de la pértiga atada a mi collar, el duro borde metálico rozó la piel de mi cuello. Mareada y debilitada por la energía gastada en mi ataque, luché por ponerme en pie. Arrastrándome tras él, me condujo como un perro rabioso a la mesa de operaciones situada en el centro del laboratorio. Le seguí con las piernas temblorosas y las manos agarradas al palo para evitar que me diera un tirón demasiado fuerte en el cuello.

La Dra. Sobin nos observó acercarnos con una expresión de fastidio en su larga cara de caballo. Estaba de pie al otro lado de la mesa de operaciones junto a su ayudante Lucinda, irónicamente apodada Lucky. Detrás de ellas, unas cuantas estanterías se intercalaban entre los conjuntos de mostradores blancos que recorrían la longitud de la pared gris claro. Sus puertas de cristal no ocultaban nada de su contenido; innumerables viales y un montón de frascos llenos de órganos no identificados flotando en líquido.

Con los labios apretados por el disgusto, la doctora hizo un gesto con la cabeza para que Lucky ayudara a Jonah a prepararme para el procedimiento.

—Tenemos demasiado trabajo importante que hacer, 2012, como para que nos hagas perder el tiempo con tus rabietas infantiles —dijo Sobin.

Espero que ardas en el Infierno...

La zorra loca no parecía entender que nunca acepté ser su conejillo de indias. Pero, de nuevo, yo no era una persona para ella. Yo era la Prisionera 2012, un número, una herramienta para su proyecto científico.

Jonah me mantuvo inmóvil frente a la mesa de operaciones. Lucky me rodeó para quitarme la túnica quemada. No me resistí, sintiéndome a la vez agotada y entumecida. Sus ojos oscuros me miraron con compasión mientras me quitaba la tela arruinada que me cubría. Quería arañarle la cara y decirle dónde podía meterse su compasión. Se rumoreaba que, como a mí, la habían traído aquí contra su voluntad, bajo falsos pretextos y obligada a colaborar con Sobin. Sin embargo, no sentía por ella el mismo afecto que por Quinn, Zoya y Preta. Víctima o no, Lucinda les ayudó a hacerme daño. Solo por eso, la odiaba.

Jonah tiró del palo hacia delante, provocándome más dolor punzante en el cuello. Ni siquiera pude girarme para mirarle.

—Muévete —me espetó.

—No tenemos todo el día —añadió la Dra. Sobin.

Medio trepé y difícilmente me dejé caer sobre la superficie fría y dura. Jonah me soltó el cuello del collar, pero me acercó la vara de descarga a la cara, por si se me ocurría algo raro. Ni siquiera pude frotarme la piel del cuello antes de que Lucky me atara las muñecas a la mesa. El miedo volvió a apoderarse de mí mientras la Dra. Sobin me colocaba nódulos neurales en el cuerpo y su ayudante cogía una jeringuilla enorme, de las que se utilizan normalmente para las punciones lumbares.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y me temblaron los labios.

—Ya, ya —dijo la Dra. Sobin, como si se dirigiera a una niña que se porta mal—, no hay razón para eso. Hoy debería ser la consagración de todo nuestro duro trabajo.

Me puso el último nódulo en la pierna y comprobó mis constantes vitales. El pitido de mis erráticos latidos sonó como el timbre de advertencia de una bomba de relojería a punto de estallar.

—La Dra. Craig ha logrado hoy un éxito total con su experimento en 2098. Nos ha dejado este maravilloso suero, el ingrediente que nos faltaba para nuestro propio proyecto. Así que sé buena y no nos niegues un éxito similar.

¿Nos?

¿Quién demonios se refería con “nos”? Nunca sabía si la loca estaba utilizando bien el vocabulario o si realmente pensaba que estábamos todos juntos en esto.

—Lucky, haz los honores —dijo, haciéndose a un lado para que su ayudante pudiera acercarse a mí.

Un gran peso pareció asentarse en mi pecho, ahogando el aire de mis pulmones. Mi pulso se aceleró con intensidad acumulada mientras Lucky me desinfectaba la piel del pliegue del codo. Gemí y forcejeé contra mis ataduras. La asistente me dirigió una mirada de disculpa antes de clavarme una aguja en el brazo. Cogió la jeringuilla gigante con la que había estado jugueteando antes, se volvió hacia mí y acercó su punta al punto de inserción del puerto.

Mi respiración agitada resonaba en mis oídos mientras miraba el líquido rojo fuego que contenía la jeringuilla gigante. Se suponía que era una mezcla del brebaje científico de Sobin y un suero curativo derivado de las muestras de Quinn. Combinado, Sobin creía que me convertiría en una antorcha humana. A la velocidad de caracol a la que tenían que administrármelo, nunca entendí por qué no utilizaban simplemente un gotero.

Lucky apretó lentamente el émbolo. Una agonía abrasadora me recorrió el brazo cuando las primeras gotas entraron en mi organismo. Sentí como si un ácido me quemara la carne y me consumiera por dentro. Grité y mi cuerpo se retorció contra las correas que me sujetaban.

Un estampido ensordecedor ahogó el grito que desgarraba mis cuerdas vocales.

La habitación se tambaleó. La aguja, aún llena en un noventa por ciento, se salió del puerto con un dolor punzante mientras Lucky retrocedía tambaleándose. A través de una visión borrosa,

vi a Lucky y a la Dra. Sobin estrellarse contra la pared mientras el fuego seguía corriendo por mis venas como lava fundida devorándolo todo a su paso. Gritaron, buscando algo a lo que agarrarse. La habitación se inclinó de nuevo, sacudiendo a mis perseguidores. Aunque me sujetaban firmemente a la mesa, las correas me mordían la carne.

A pesar del dolor que nublaba mi mente, me di cuenta de que algo terrible le estaba ocurriendo a la nave.

¿Nos están atacando? ¿Hemos chocado contra algo?

La alarma sonó mientras la Dra. Sobin y Jonah gritaban palabras que no podía procesar.

Otra violenta sacudida hizo que mis torturadores salieran volando por la habitación. Lucky gritó. No podía ver lo que le había ocurrido y en realidad no me importaba. Sus gritos desgarradores se mezclaron con los míos cuando otra oleada de agonía me atravesó. Los objetos cayeron al suelo en una cacofonía de cristales rotos mientras la nave prisión se balanceaba como si cayera en caída libre.

Vamos a morir...

Los violentos temblores sacudieron los dientes de mi cabeza. Un dolor abrasador me destrozó la columna vertebral y ya no supe más.



Recuperé el conocimiento, tosiendo el acre hedor del humo mientras me quemaba los pulmones. Más gritos me taladraron los oídos, pero esta vez no los de Lucky. Lágrimas secas—o Dios sabía qué más—me cerraron los ojos. Los abrí y se humedecieron, escocidos por el humo.

Conteniendo un gemido mientras mi maltrecho cuerpo se quejaba, giré el cuello dolorido en dirección a los lamentos torturados. En la habitación reinaba el caos. Las paredes dobladas y rotas revelaban el esqueleto desnudo de la nave. La Dra. Sobin yacía en el suelo con las dos piernas destrozadas, los huesos sobresalían a través de la tela manchada de sangre y rasgada de su bata verde. Arañaba el suelo lleno de escombros para arrastrarse y alejarse de la forma inmóvil de un cuerpo envuelto en llamas. El de Lucky, supuse. El fuego, que se propagaba con rapidez, ya estaba trepando por la bata de la doctora y lamiendo mi mesa de operaciones.

Sobin no va a escapar.

Justicia poética si alguna vez la hubo.

Sin embargo, no podía pensar en el destino de la doctora. A pesar de mi gran resistencia a las temperaturas extremas—tanto cálidas como frías—sentarme en una hoguera me mataría. Y también lo haría inhalar demasiado humo.

Me habían arrancado la mitad de las correas que me ataban a la mesa de operaciones. Tras otro ataque de tos, me desaté las que me quedaban con la mano libre. Las marcas que habían dejado en mi piel me hicieron estremecerme. Rodé fuera de la camilla, rechinando los dientes por

el doloroso escozor de la sangre que volvía a mis extremidades, e intenté bloquear los aullidos de la Dra. Sobin. Me puse de puntillas entre los cristales rotos y los viales caídos, obligando a mis rígidos músculos a cooperar.

¿Frascos que contenían qué? Maldita sea...

Mierda. Tenía que cubrirme los pies—y el resto del cuerpo también—porque solo Dios sabía qué clase de cosas retorcidas contenían aquellos viales y lo que me harían una vez que entraran en mi torrente sanguíneo.

Por no hablar de si los inhalaba por demasiado tiempo.

Tosiendo y resollando, cojeé hacia la puerta del laboratorio. Por el camino, cogí un bisturí láser entre los escombros y una manta quirúrgica limpia que me apreté contra la nariz para respirar. La puerta del laboratorio estaba parcialmente abierta. El detector de movimiento no respondió cuando me acerqué. No me sorprendió. Golpear el interruptor de apertura de la pared tampoco ayudó.

Cuando me giré de lado para colarme por la puerta, mi mirada se fijó en Jonah, que estaba doblado en una esquina de la habitación, con el cuello en un ángulo extraño. Me planteé acercarme a él para coger su bastón de shock. Sin embargo, en mi estado actual, no tendría energía para mover su enorme cuerpo y sacarlo de debajo de él. Hundiendo mi barriga—que prácticamente no tenía—me colé por la abertura, con el trasero y los pechos rozando la pared.

Me quedé boquiabierto al ver la devastación de nuestra cápsula. Grandes secciones de pared habían sido arrancadas y faltaban celdas enteras. No había sido una avería de la nave. Nos habíamos estrellado.

¿Lo consiguió Quinn? ¿Zoya y Preta también estaban en nuestra cápsula?

Una explosión en el laboratorio me sacó de mi aturdimiento y me impulsó a salir por el agujero de la pared exterior. Salí dando tumbos. Los cálidos rayos del sol y una suave brisa acariciaron mi piel. Inhalé profundamente, pero otro ataque de tos me sacudió. Un rápido vistazo a mi alrededor me reveló que no había otros supervivientes cerca.

Tampoco tenía muchas ganas de encontrarme con ninguno. Con un poco de suerte, no serían mis chicas, sino otro de los científicos, un guardia psicópata o un preso asesino en serie.

Agachada junto a los restos de la cápsula, utilicé el bisturí láser para cortar dos tiras de la manta quirúrgica. Me las enrollé alrededor de los pies y me hice una toga con la tela sobrante. Apenas cubría mis partes femeninas, pero era mejor que no tener nada.

¿Dónde diablos estoy?

A mi derecha, a lo lejos, se perfilaba la silueta de una montaña. El tinte rojizo bajo las nubes oscuras que la cubrían indicaba actividad volcánica. Ya tenía fuego para toda la vida. A mi izquierda, un campo de hierba alta se extendía en línea recta hasta donde alcanzaba la vista. Sospeché que ocultaba una masa de agua. Más adelante, una zona boscosa prometía comida u oportunidades de cazar algo. Detrás de mí, un rastro de restos de la prisión interestelar cubría un terreno llano y estéril.

Con paso decidido, me dirigí hacia el bosque.



CAPÍTULO 2

LYDIA

Mis músculos temblaron al entrar en la sombra del bosque. El hambre me retorció las entrañas, dejándome débil y mareada. No sabía dónde nos habíamos estrellado, pero seguro que no era en Kansas. La pálida silueta de las dos lunas que colgaban del cielo azul me hizo pensar que estábamos en un planeta desconocido. Ahora, al atravesar el bosque, abundaban las pruebas, aunque la flora parecía similar a la de la Tierra, pero estas con sutiles variaciones de colores, tamaños y texturas.

A pesar de la endeble protección que cubría mis pies, caminé sin dolor sobre la suave hierba verde y el esponjoso suelo marrón. Las hojas de los árboles tenían un tono más azulado que el verde tradicional de la Tierra. Flores de formas comunes y exóticas lucían colores más brillantes de lo habitual, algunas rozando el neón o pareciendo resplandecer. El aroma de la vegetación húmeda y las complejas fragancias florales se arremolinaban a mi alrededor. Respiré hondo varias veces para ahuyentar el persistente hedor del humo.

Esperemos que el aire no esté lleno de alguna toxina.

La fauna, sin embargo, era una bestia completamente diferente, literalmente. Los pétalos de una hermosa flor roja levantaron el vuelo cuando me acerqué, a una velocidad tan sorprendente que no pude distinguir si era un pájaro o un insecto gigante. Veinte minutos después, me apoyé en un árbol y una parte de la corteza me silbó. El bicho peludo y camaleónico al que pertenecía se subió al árbol mientras me miraba con indignación.

Eh... ¿perdón?

¿Cómo iba a saber que estaba ahí cuando todo se empeñaba en usar alguna forma de camuflaje? No reparé en los bichos más pequeños hasta que casi los pisé. No sabría decir si era un truco para esconderse de los depredadores o para atraer a presas desprevenidas; probablemente una mezcla de ambas cosas. Aunque oía a los pájaros, aún no había visto ninguno, aparte de la flor voladora. Los pocos mamíferos que conseguí ver eran muy pequeños y correteaban como si temieran no terminar todas sus tareas antes del toque de queda.

Un grito escalofriante a lo lejos me hizo cambiar de dirección. No tenía ninguna intención de conocer nada que sonara así. El piar de los pájaros y el zumbido de los bichos que se silenciaron

durante unos segundos, demasiados segundos, reforzaron aún más esa idea.

Me rugió el estómago al acercarme a un pequeño árbol cargado de racimos de bayas de color rojo brillante. Me recordaron a los arándanos. Extendí la mano hacia ellos antes de detenerme. ¿Eran arándanos rojos o una versión alienígena de las venenosas bayas de acebo o cotoneaster? Me mordí el labio inferior, la razón me decía que retrocediera mientras el hambre me apremiaba a atiborrarme de cada bocado.

Conté al menos otros cuatro árboles similares con las ramas caídas por el peso de los coloridos frutos. Si estaban a salvo, ¿por qué la fauna local no se había comido ninguno? En otras circunstancias, yo correría el riesgo, ya que mi cuerpo podía procesar casi cualquier veneno. Eso era lo que había hecho que me encarcelaran injustamente en primer lugar. Pero mientras mi sistema combatiera las toxinas, yo sería un blanco fácil, vulnerable a cualquier cosa que se me echara encima.

Solté la mano con pesar, me alejé y reanudé mi camino por el bosque. Aunque no oía el río, seguí avanzando en paralelo a él, o eso esperaba. Aunque la comida seguía siendo mi principal prioridad, el agua ocupaba un cercano segundo lugar. En retrospectiva, debería haber confirmado que había un río más allá de aquellos altos juncos. Lo haría en cuanto mi estómago dejara de clamar por comida. Sobin me había estado matando de hambre demasiado tiempo, y si tenía que hacer uso de mis habilidades, me debilitaría demasiado para funcionar.

Un sonido de sorbo llamó mi atención. Tardé un momento en distinguir a la pequeña criatura agazapada junto a las nudosas raíces de un árbol. El animal no era más alto que un conejo. Delgado, con una cabeza ancha y plana, no lo habría notado porque su pelaje verde se mezclaba casi a la perfección con la hierba y la maleza. Su roja y larga lengua de lagarto lo delató cuando se lanzó a agarrar una planta violácea de las raíces del árbol.

¿Son setas?

Me rugió el estómago y la criatura levantó la cabeza. Sus ojos amarillentos, como los de un búho, se clavaron en los míos. Se detuvo a medio masticar, con el cuerpo tenso, sin duda a punto de huir. Aunque era tierno y parecía mimoso, no me fiaba de que el bichito no escondiera unos dientes monstruosos tras aquella cara inocente y me tuviera como plato principal. Levanté las manos en señal de rendición y retrocedí lentamente. Sin dejar de mirarme con recelo, reanudó su comida.

Mirando en todas direcciones, busqué otra mata de setas en la base de los árboles cercanos. Encontré una en cuestión de segundos, me lancé sobre ellas con desenfreno y me atiborré, sin reparar en su amargo sabor. Después de la séptima u octava seta, me obligué a bajar el ritmo. Ponerme enferma ahora no sería prudente en este entorno desconocido y posiblemente hostil.

Llevé la mano a otra seta plana cuando me sorprendió el inquietante silencio. Dejé de masticar y agudicé el oído. Ya no se oía el canto de los pájaros ni el zumbido de los insectos. Incluso el conejito verde había abandonado su festín. Las ramas de los árboles colgaban demasiado alto para que yo pudiera alcanzarlas. No habría forma de trepar hasta un lugar seguro.

Miré a mi alrededor, eligiendo una nueva dirección para correr. Ninguna parecía mejor que la siguiente.

Dirígete al río.

Un grito gorjeante a mi derecha fue rápidamente repetido por cuatro o cinco más detrás. Se me heló la sangre y eché a correr con los brazos en alto. Rocas, raíces y ramas secas se clavaban en las plantas de mis pies. El miedo se apoderó de mi vientre cuando las llamadas de mis supuestos cazadores resonaron demasiado cerca para mi comodidad.

¿Dónde demonios está ese río?

¿Me había equivocado de camino? ¿Iba ahora en la dirección correcta? Luchando contra el pánico que quería apoderarse de mí, seguí corriendo, con los ojos bien abiertos en busca de cualquier cosa que pudiera utilizar como arma. Con los pulmones y las piernas ardiendo por el esfuerzo, entré en un pequeño claro.

Me lancé hacia delante y casi me caigo de bruces al hundir los pies en el barro. El impulso me llevó cuatro o cinco pasos más antes de que pudiera detenerme, hundida hasta las pantorrillas en una especie de arenas movedizas. Con el corazón palpitante, intenté retroceder cuando un movimiento entre los árboles captó mi atención. Levanté la cabeza y mis ojos se fijaron en mi perseguidor. El movimiento de las ramas de los árboles cercanos reveló cuatro criaturas más pequeñas que me rodeaban.

La primera, su madre, medía al menos dos metros de largo. Casi del mismo color que las ramas de los árboles, poseía diez extremidades multiarticuladas en forma de lanza, repartidas a lo largo de su cuerpo. En el pecho, un par de brazos terminaban en dos dedos con largas garras. La mitad de sus extremidades se envolvían sobre su espalda para sujetarse a la rama superior, mientras que las restantes colgaban listas para capturarla, empalarla o impulsarla hacia delante mientras corría para atrapar a su presa.

Para atraparme a mí.

Volantes violetas se levantaron alrededor de su cabeza mientras abría su mandíbula dentada para emitir otra llamada. Sus crías respondieron.

Mi corazón martilleaba contra mis costillas mientras las criaturas se acercaban. Empuñé mi bisturí láser, sabiendo que no sería de mucha ayuda. Las arenas movedizas no eran profundas, pero me ralentizarían demasiado como para dejarlas atrás. Atacar no me salvaría de ser apuñalada mortalmente por sus lanzas.

Pero endurecer el barro me permitiría correr.

Sin pensarlo más, bajé la temperatura todo lo que pude. En cuestión de segundos, el barro se espesó a mi alrededor y una pequeña película de escarcha cubrió mi piel. Nunca había hecho eso antes, pero no tuve tiempo de maravillarme ante el fenómeno. Lo poco del último suero que había recibido parecía haberme mejorado aún más.

Los cazadores chillaron y sus cabecitas giraron a un lado y a otro, como si buscaran algo. La madre bajó de la rama y aterrizó sobre sus enjutas extremidades como un ciempiés. Recorrió el

pequeño claro con la mirada, como si yo no existiera.

No puede verme...

Sus crías también bajaron de los árboles y rodearon el estanque de arenas movedizas con sus ojos reptiles.

¡Infrarrojos! ¡Son ciegos al no captar el calor corporal!

Mi corazón se aceleró y me obligué a controlar mi respiración agitada. Sus orejas, pequeñas y puntiagudas, caían a lo largo de la cabeza. ¿Quién iba a imaginar lo sensibles que eran? Agradecida por el ruido de sus furiosos gorjeos mientras buscaban a su presa, salí de puntillas de las arenas movedizas, ajustando mi temperatura para no provocar una corriente de aire frío. Me alejé lo más posible de ellos y me dirigí hacia la hierba alta que por fin se veía delante. Eché un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que no habían reanudado la persecución. La madre, con las patas delanteras hundidas en las arenas movedizas, daba manotazos al aire, buscándome.

Respirando entrecortadamente, me apresuré hacia el río, con la esperanza de llegar antes de estar demasiado débil para mantener mi temperatura fresca. Tras superar por fin la línea de árboles, anudé el escapelo en los pliegues de mi toga y corrí hacia la hierba alta. Solo una vez rodeada por sus afiladas hojas que me arañaban los brazos me detuve a pensar si entre los juncos se escondería algo peor que las cosas gigantes lagarto-mono-ciempiés.

¿Y el agua? ¿Habrá pirañas?

El canto del río me atrajo. Su agua cristalina no revelaba nada amenazador. Me sumergí hasta que me cubrió los hombros. Acogiendo su frío abrazo, liberé mi escarcha y recuperé la temperatura normal. La débil corriente me alejaba del lugar donde se había estrellado el *Concord*. Con los brazos abiertos y las piernas estiradas, me dejé llevar. Sentía náuseas en el estómago, sin duda por el estrés. Mientras intentaba relajarme, me mantuve alerta por si algo surgía de las profundidades para devorarme o por si había alguna amenaza en la orilla.

El agradable frescor del agua y su suave vaivén me arrullaban y calmaban mi cansancio. Pequeños peces plateados con el brillo del arco iris saltaban a mi alrededor, recordándome a los peces voladores de la Tierra. Sonreí ante el colorido espectáculo.

Un fuerte calambre en el estómago me sacó de mi aturdimiento. Llevaba un rato sintiendo esa sensación de mareo que se siente a menudo en un ascensor, pero lo atribuí al mareo provocado por las olas. Otra fuerte contracción me obligó a enderezarme y pisar el agua. La fuerza de la corriente me sorprendió. No me había dado cuenta de que había aumentado tanto. Cuando me volví hacia la orilla, un dolor atroz me dobló. Tuve arcadas y mi cara se hundió en el río.

Los hongos...

El agua fría me mordía la piel ardiente mientras una oleada de mareo me agobiaba. Luché contra la corriente, avanzando lentamente hacia mi objetivo. Otra ronda de resoplidos erosionó el poco progreso que había hecho, arrastrándome más río abajo y alejándome de la orilla. El

corazón me latía con fuerza y mis brazos parecían moverse a cámara lenta mientras luchaba por volver a la superficie. Los sentía pesados y débiles. El estómago me daba retortijones, torturado por una necesidad insatisfecha de vomitar. El agua me entraba por la nariz y la garganta, quemándome y ahogándome las vías respiratorias mientras mi cuerpo se hundía. Pateando los pies, salí y jadeé en busca de aire.

La velocidad del río y el estruendo que se oía a lo lejos aumentaron mi pánico. Con tiempo suficiente, mi cuerpo mejorado podía procesar el veneno, pero no ahogarse o estrellarse contra las rocas al pie de una cascada. Incapaz de luchar contra la inexorable atracción de la corriente, me concentré en mantener la cabeza por encima del agua a pesar de los espasmos que se apoderaban de mis músculos.

Cuando el espumoso borde de la cascada se cernió ante mí, cerré los ojos y dirigí una plegaria silenciosa a quien estuviera escuchando.

Y entonces quedé ingravida, envuelta en una cortina de agua, con el aire frío azotándome.



El temblor de la tierra me despertó. Un poco aturdida y confusa, tardé un momento en recordar lo que había pasado antes de perder el conocimiento.

Abro los ojos y solo veo nieve helada. El agua lamía mis pies y pantorrillas, mientras que la parte superior de mi cuerpo descansaba boca abajo, o más bien parcialmente dentro, de un banco de nieve helada. Aparte del hambre—mi compañera ahora constante—y el cansancio, no sentía ninguna herida.

Al levantarme, la capa de hielo y nieve que tenía a la espalda se rompió y se derrumbó a mi alrededor. Mi toga parecía de cartón, casi congelada a mi alrededor. Había estado descansando en un contorno derretido de mi cuerpo, que sin duda se había inflamado para quemar el veneno de las setas. La cantidad de nieve y el grosor del hielo que me cubría implicaban que probablemente había estado inconsciente durante un par de días después de aparecer en la orilla.

El suelo seguía temblando. Cada temblor duraba dos segundos, seguidos de un fuerte golpe en la distancia. La regularidad del intervalo entre cada temblor me hizo pensar en los pasos de un gigante de paseo.

No me digas que también hay dinosaurios.

Bajo las lunas gemelas que iluminaban la noche, un alto acantilado, de unos cien metros de altura, enmarcaba la cascada. Desde donde yo estaba, no podía distinguir si el acantilado era de piedras blancas o estaba cubierto de nieve. Aunque la escena era pintoresca, solo me importaba que los estruendosos pasos de lo que fuera que hacía temblar el suelo procedieran de algún lugar más allá de aquel acantilado, muy lejos de mí.

Me giré en la dirección opuesta y se me cortó la respiración. A lo lejos, grandes estructuras blancas, agrupadas como una ciudad, se alzaban bajo un brillo hipnotizador como el de la aurora

boreal. La ciudad construida por el hombre—creo—estaba cerca del río y parecía flotar en un mar de hielo. Hasta donde alcanzaba la vista, el terreno era llano, con ocasionales bancos de nieve.

No habría forma de ocultar mi aproximación a nadie que pudiera estar observando...

Me agaché y hundí las manos en el agua antes de llevármelas a la boca. El agua helada—como a mí me gustaba—sabía limpia y fresca. Bebí hasta que el agua se agolpó en mi estómago, con la esperanza de calmar el hambre que me corroía. Me levanté y me ajusté la toga desgarrada que, de algún modo, había sobrevivido al viaje, incluido el bisturí láser aún anudado en los pliegues. Aspiré el aire fresco y me dirigí hacia la ciudad. No se oía nada en la tierra vacía y helada, aparte del crujido de mis pies descalzos al atravesar la fina capa de hielo que cubría la nieve. Bueno, nada aparte del parloteo del río y los golpes lejanos.

No me importaba el frío. De hecho, lo agradecía. Con suerte, los ciudadanos me darían la bienvenida. Vivir en este clima ártico con mis sofocos me proporcionaría un alivio muy apreciado.

Hacía tiempo que no tenía uno.

Ese pensamiento me hizo reflexionar. Cuando me desmayé en la orilla, llevaba al menos tres horas recorriendo el bosque y flotando río abajo. Ni una sola vez desde que desperté del accidente había experimentado un sofoco, cuando normalmente tenía varios cada hora. ¿Podría haberme curado la última inyección?

¡Qué alivio!

Tampoco podía ver ningún moratón o herida en mi cuerpo por el accidente o por los cortes y rasguños sufridos mientras huía por el bosque. Tenía que ser otra bendición del suero de Quinn.

Aunque esperaba que mis sofocos fueran cosa del pasado, un alivio mayor sería comer, ducharme y descansar. Estaba agotada. A cada paso me temblaban las piernas de cansancio y se me hundía el corazón de desesperación. Después de caminar por la nieve durante lo que me pareció una hora, subí las escaleras hasta la entrada de una ciudad que no daba señales de vida.

La estatua de una mujer me saludaba. De al menos cinco metros de altura, tenía los brazos extendidos como una madre que hace señas a su hijo. Las gruesas capas de nieve vieja que la cubrían a ella y a los edificios más allá desmentían la calidez de su bienvenida. Hacía meses, si no años, que no se limpiaban las calles. Ni siquiera el viento se molestaba en aullar entre los callejones de paredes blancas de la ciudad fantasma.

¿Quién habría abandonado semejante maravilla y por qué?

La ciudad me recordó a un poblado maya, con una alta pirámide erigida en el borde de una enorme plaza. Edificios rectangulares de altura y anchura variables, con tejados planos, rodeaban la plaza. Unas cuantas torres y pilares decorativos se alzaban orgullosos, con gigantescos cameos de la estatua que había visto a la entrada. Hechos de las mismas piedras blancas, cada edificio lucía intrincados motivos tribales tallados en sus fachadas. El hielo que cubría las paredes ornamentadas y los carámbanos que colgaban de los tejados reflejaban la aurora boreal en una

danza hipnótica.

Sin embargo, deleitarme la vista no me llenaría la barriga. Había dado un par de pasos vacilantes hacia delante cuando una luz resplandeciente a mi izquierda llamó mi atención. Retrocedí y el corazón casi se me salió del pecho cuando mi mirada se posó en dos hombres, inmóviles en una especie de nicho.

No eran hombres... eran estatuas.

Apoyé la mano sobre el pecho, intentando contener mi pulso errático. Me incliné hacia delante y entrecerré los ojos para asegurarme de que no me engañaban. Me acerqué más y observé el mismo tipo de tallas complejas en la superficie frontal de las alcobas. Una sustancia gelatinosa y brillante iluminaba los dibujos desde el interior con un halo suave y hermoso de rojos, amarillos y azules.

Las estatuas, erigidas a cada lado de una escalera que descendía, medían más de dos metros. Sus rasgos, no del todo humanos, guardaban muchas similitudes. A pesar de tener los párpados cerrados, sus ojos parecían más grandes, con un afilado reborde y cejas casi cristalinas. El puente de la nariz, plano y estrecho, se ensanchaba en la base con dos diminutos orificios nasales. La boca ancha tenía un labio inferior fino y un labio superior casi inexistente, privado de arco de cupido.

Al principio, creí que ambos eran calvos, pero algo parecido a una sola trenza gruesa sobresalía en la nuca, como los antiguos faraones. Pasé los dedos por la oreja, con la forma de las aletas en abanico de un pez con un agujero en la base. La textura dura, aunque algo blanda, me sobresaltó. Retrocedí y volví a mirar hacia sus ojos aún cerrados. No respiraba ni se movía. Bajé la mirada hacia su pecho, donde se abría un gran agujero. El daño no había sido la causa. Parecía diseñado; una ranura para insertar algo parecido a una batería grande.

¿Son ciborgs?

Eso explicaría el tacto casi carnoso de su piel azul hielo, y quizá incluso su apariencia no del todo humana. En la Tierra, desde que se empezó a hablar de los androides, todos los paneles éticos estaban de acuerdo en que no se debía dar a ninguna inteligencia artificial el aspecto perfecto de un humano para evitar posibles confusiones.

Estas *estatuas* estaban desnudas. Sus cuerpos musculosos, muy parecidos a los humanos, estaban a la vista, salvo por una especie de taparrabos. Se me calentó la cara al pensar en levantarlo para ver debajo. Quería creer que era por respeto a la modestia de este hombre—¿o cosa? Aunque me reprimí, la curiosidad me hizo seguir preguntándomelo durante un rato.

Entonces caí en cuenta.

Al contrario que en el resto de la ciudad, la nieve no cubría estas estatuas ni el camino que lleva abajo.

Alguien las mantiene. ¿Se ha ido la población?

Con una última mirada cautelosa a las estatuas-cyborg, bajé las escaleras. A la derecha, un enorme arco, iluminado con los mismos dibujos extravagantes, conducía a una ciudad

subterránea.

—Vaya... —susurré.

Palacio de hielo fueron las primeras palabras que me vinieron a la mente. Aunque no era hielo en absoluto. Bueno... solo en parte. El arco se abría en una sala de recepción del tamaño de un campo de baloncesto. Las ornamentadas paredes de piedra blanca, de al menos cuatro metros de altura, se arqueaban suavemente hacia un techo con complejas tallas que recordaban a las exquisitas yeserías marroquíes. La misma textura brillante entre los pliegues, esta vez de varios colores, iluminaba los dibujos con un suave resplandor. La fina capa de hielo que cubría los arabescos hacía que todo brillara como diamantes iridiscentes.

En cada esquina de la sala, un pedestal sostenía una gran piedra brillante pulida que bañaba la habitación con un suave arco iris de luz roja, amarilla y azul. En el centro de la sala había una versión más grande con varias piedras. Pero fueron las dos docenas de nichos que había a lo largo de las paredes las que me hicieron palpar el corazón.

En cada una de ellas había otro humanoide. La mayoría tenía los ojos abiertos, aunque miraban al frente, sin ver. Bajo la suave luz de la habitación, la piel del humanoide con los ojos cerrados parecía más apagada que la de los demás.

¿Estarán desactivados?

Me acerqué a uno de ellos con pasos cuidadosos, mis pies descalzos silenciosos sobre el suelo de granito, preparada para salir corriendo a la primera señal de peligro. Al detenerme frente a él, agité la mano ante sus ojos vacíos.

—¡Oye! ¿Estás ahí? ¿Estás despierto?

Como era de esperar, no respondió. Chasquéé los dedos junto a su oreja, pero seguía sin responder. Mis hombros se hundieron, la tensión que no me había dado cuenta que los anudaba se desvaneció. Incapaz de resistirme, le toqué el pecho musculoso; la piel fría y dura cedía más que la del tipo anterior. Volví a mirarle para ver si había cambiado su expresión, pero seguía sin ver nada. Atraída por la abertura de su pecho, mis dedos trazaron el contorno.

Definitivamente, algo va ahí.

Quizá si lo encontrara y lo reactivara, él podría ayudarme. Por otra parte, tal vez me cortaría en pedazos y me serviría como aperitivo.

Un cosquilleo en la nuca me hizo darme la vuelta. Mirando a los otros hombres de hielo que se alineaban en las paredes, todos parecían tan inertes como antes. Sin embargo, la extraña sensación de ser observada no disminuyó. Aunque miraban al frente, tenía la sensación de que sus ojos me seguían de esa forma espeluznante en que a veces lo hacían los retratos. De todos modos, había llegado el momento de adentrarme más en el *palacio* para buscar a quienquiera que estuviera paleando en el exterior.

El espeso silencio me inquietó cuando salí del vestíbulo a un amplio pasillo. Más allá, crucé una gran sala con innumerables mesas y largos bancos que podría servir de cafetería, sala de conferencias o taller. ¿Su finalidad? Ni idea. Pero la ausencia de cualquier cosa que se pareciera

remotamente a un hornillo o un aparato de cocina me convenció de que aquello no era una cocina.

Una oleada de mareos me recordó que mi cuerpo necesitaba repostar cuanto antes. Me apoyé en la pared durante unos segundos hasta que se me pasó el mareo. Siguiendo adelante, en la siguiente sala no había más que estanterías con diversas herramientas de piedra y madera. No perdí el tiempo estudiándolas. Ya habría tiempo para eso más tarde... eso esperaba. Del pasillo principal partían varios corredores, pero preferí no explorarlos por el momento. No quería perderme. Además, si necesitaba huir, correr por el pasillo principal hasta la entrada me parecía un buen plan.

Ninguna de las habitaciones tenía puertas. Cuando llegué a la siguiente abertura, chillé de emoción. Ante mí había un gigantesco jardín subterráneo o invernadero del tamaño de un campo de fútbol. La hierba alta parecida al trigo y otros tipos de verduras habían muerto y se habían secado en el campo. No sacaría mucho de eso. Sin embargo, algún tipo de enredadera tupida trepaba por la pared. Colgando de ella, racimos de bayas rojas y regordetas similares a las que había desairado en el bosque me llamaron. Me precipité hacia ellas, y mi excitación se convirtió en pánico. Aun sabiendo que estaban fuera de mi alcance, salté varias veces con el brazo estirado para intentar cogerlas.

Gimiendo de frustración, escudriñé el invernadero en busca de algo que me permitiera llegar hasta ellas. La saliva me inundó la boca cuando otro rugido surgió de mi vientre dolorosamente vacío. Mis ojos se fijaron en una especie de cuenco con una serie de esferas amarillentas del tamaño de un melón. Recordé haberlas visto en los árboles del bosque, en la rama más baja, demasiado alta para que yo pudiera trepar.

Olvidé las bayas, corrí hacia el recipiente y cogí la fruta, cuya superficie rugosa me rozaba la piel. Aunque pesaba lo mismo que una sandía, su cáscara era más dura que la de un coco. Por más que lo intentaba, no conseguía abrirla. Para colmo de males, el estómago no paraba de rugir y de sufrir retortijones, como si supiera que tenía comida a su alcance, pero se la negaran.

Levanté el coco-melón por encima de mi cabeza, dispuesto a estrellarlo contra la pared con la esperanza de abrirlo, cuando recordé que llevaba mi bisturí. Devolví la fruta a la palangana y rebusqué entre los pliegues de la toga, tomándome más tiempo del necesario en mi impaciencia. La arranqué de cuajo, tragando más saliva. El bisturí lo cortó como si fuera mantequilla y el dulce olor a azúcar caramelizado me hizo cosquillas en la nariz. La fruta se abrió y su carne blanca llenó el aire de un aroma tentador.

Hundí dos dedos y me llevé a los labios parte de la textura viscosa. Hundí la lengua en ella. Mis ojos se abrieron de par en par ante el exquisito sabor. Me metí los dedos en la boca.

¡Madre mía!

Sabía a una mezcla de mango y papaya con un toque de miel. Engullí la primera mitad de la fruta, sacando a puñados el puré y metiéndomelo en la boca. Creo que no mastiqué ni una vez. Había empezado la segunda mitad con el mismo entusiasmo cuando la sensación de ser

observada me detuvo.

Levanto la cabeza y observo la habitación. De nuevo, no había nadie a la vista. Había estado tan concentrada en atiborrarme que había olvidado que podía tratarse de un entorno hostil. Alguien podría haberse colado sin que me diera cuenta. Por lo que sé, podrían estar escondidos en la cosecha muerta ahora mismo, listos para arremeter contra mí. Mi espalda se tensó y mi pulso se aceleró un poco.

—¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

La verdad es que no esperaba ninguna. Abrazando la segunda mitad del melón alienígena contra mi pecho, reanudé la comida. Esta vez, más despacio y sin perder de vista la habitación en busca de cualquier señal de problemas. Todavía hambrienta, corté otro. Si algún depredador acechaba en el cultivo, la visión de mi bisturí podría hacerle pensárselo dos veces.

Para cuando terminé, mi cerebro por fin se puso al día con mi estómago lleno... en exceso. Apilé las cáscaras vacías en un montón junto a la pila y me puse en pie. Un poco aturdida, como suele ocurrir después de un exceso de comida, me chupé los dedos pegajosos y examiné la habitación un poco más. Necesitaba agua, no solo para asearme, sino también para quitarme el sabor dulce que me quedaba en la boca. El azúcar siempre me daba sed.

Un sistema de aspersión corría por los cultivos y a lo largo de la pared, pero no podía ver la fuente de agua. En el techo, una abertura de gran ángulo permitía la entrada del sol, cuyos rayos se desviaban hacia los cultivos con un sistema de espejos estratégicamente colocados.

Me di la vuelta y salí del invernadero. No encontré ni baño ni cocina, sino una fuente termal. Con un chillido de alegría, corrí hasta el borde pedregoso y sumergí los dedos de los pies en el agua.

¡Perfecto!

En comparación con las habitaciones de antes, tan iluminadas y adornadas, esta estaba vacía y cubierta de sombras. Entraba algo de luz por pequeñas aberturas en el techo y por el pasillo. A lo largo de las paredes, algunos grupos de luces bañaban la estancia con un suave resplandor. Al principio pensé que eran setas bioluminiscentes, pero entonces una de ellas se movió.

Luciérnagas.

O algo parecido.

Me llamó la atención que la fuente termal no apestara a azufre, como solía ocurrir. De hecho, la habitación no tenía ningún olor en particular, aparte de mi propio sudor.

Asco.

Cuando la sensación de ser observada volvió a remitir, me quité la toga. Después de colocar el bisturí en el borde cortado, al alcance de la mano, me metí en el agua caliente. Me llegaba al pecho. Bastaron un par de pasos para que me llegara a la barbilla. Gemí cuando el agradable calor se filtró en mis músculos, liberando la tensión acumulada durante los últimos meses de mi encarcelamiento.

Por un momento me pregunté si alguien más había conseguido salir. No podía imaginar que nadie más hubiera sobrevivido al accidente. Como soy una persona sociable, no quería estar sola, pero la idea de que alguien encontrara este lugar me asustaba.

Aunque esta ciudad subterránea parecía abandonada, creía que quienquiera que hubiera limpiado los escalones merodeaba por allí, quizá con tanto miedo de mí como yo de ellos.

¿Y si ya se han encontrado con algunos de los reclusos o los guardias? ¿Y si las cosas habían salido mal y sospechaban de mí?

Permanecí inconsciente durante al menos un día, y lo más probable es que hayan transcurrido dos, mientras mi cuerpo procesaba aquel veneno. Si yo había descubierto este lugar, era probable que otros también lo hicieran.

Se me cayeron los párpados. Entre el estrés de hoy, el calor relajante de las aguas termales y la felicidad de tener la barriga llena, mi cuerpo me pedía descanso. Metí mi andrajosa toga en el agua y la lavé antes de salir del manantial. Escurrí el agua de la tela, la envolví alrededor de mi cuerpo aún húmedo y me abrigué un poco. Un ligero vapor se elevó en el aire fresco de mi piel y la toga.

Volví al pasillo y busqué un lugar donde dormir. Volvió la sensación de ser observada. O bien mi acosador tenía las mismas habilidades de camuflaje que parecían poseer todas las demás criaturas de este planeta, o yo me había vuelto completamente paranoica. En cualquier caso, no podía hacer mucho al respecto, así que intenté que no me molestara. Saldrían cuando estuvieran preparados.

El pasillo terminaba en un precipicio escarpado. Podía ver otro nivel más abajo, pero no había forma de llegar a él. Tras dudarlo mucho, retrocedí hasta uno de los corredores que había descartado antes. Recorría una corta distancia antes de bifurcarse. Seguí por el pasillo de la derecha, que se abría unos metros más adelante en un dormitorio. Parecía sacado directamente de los hoteles de hielo que había visitado en la Tierra.

Como en todas las habitaciones anteriores, el mobiliario era mínimo, pero las paredes estaban decoradas con celosías. Me acerqué a la enorme cama hecha de una sola placa de hielo y pasé los dedos por la gruesa piel blanca que la cubría. En las esquinas, unos pedestales con piedras incandescentes—los únicos objetos de la habitación—proporcionaban la iluminación ambiental.

Aunque tuve la tentación de tumbarme, decidí echar un vistazo rápido a las demás habitaciones por si había alguien más cerca o dormido. Al llegar a la novena habitación vacía, me di la vuelta varias veces y desistí. Dejando a un lado toda prudencia, me arrastré hasta la cama. A pesar de la dureza de la losa de hielo, la cubierta resultaba suave y cómoda. Apenas apoyé la cabeza en el antebrazo, me invadió la oscuridad.



CAPÍTULO 3

La extraña hembra me intrigaba. Cuando la vi acercarse a la ciudad, pensé que los Creadores habían regresado. Hasta que se acercó. Sus ropajes no se parecían en nada a las coloridas telas que llevaban nuestros maestros. Las líneas suaves de su rostro, su piel oscura y el pelo largo y rizado de su cabeza me corrigieron de ese error. Los rasgos de los Creadores, afilados y angulosos, eran fáciles de esculpir en piedra, hielo o nieve. Los de ella requerirían mucha más delicadeza.

Un reto digno.

Acurrucada sobre la piel de orzarix, parecía pequeña y frágil mientras dormía. Bueno, era pequeña, al menos tres cabezas más baja que un Creador. Sus esfuerzos por atrapar las bayas guraahn habían sido inútiles. Me había hecho dudar de su inteligencia hasta que usó ese cuchillo brillante para cortar la fruta de río. Una criatura primitiva no podría haber hecho la conexión para utilizar una herramienta de esta manera, y no con tanta destreza.

Por la forma en que las había devorado, no debía haber comido en días. Yo no había comido en siglos, no lo necesitaba, no desde el cambio. Su expresión de felicidad mientras comía y el ronroneo que surgía de su garganta me hicieron creer que le gustaba el sabor. A los Extraños también les gustaban, pero se negaban a comerlas crudas. Teníamos muchas preparaciones para la fruta de río. Como solía decir nuestra Creadora, Tarakheen, uno debe esforzarse por elevar y refinar todo lo que hace.

La hembra se agitó, murmurando palabras incoherentes en aquella lengua forastera suya. Lo había hecho varias veces mientras dormía. Me pregunté si sería un rasgo común de su especie. Habían pasado muchas horas desde el inicio de su ciclo de descanso.

¿Cuánto tiempo necesita para rejuvenecer?

El sol había salido hacía al menos tres horas. Los Extraños y su líder, Tarakheen, ya se habrían levantado, exigiendo que atendiéramos sus necesidades.

¿Esperará ella que yo atienda las suyas?

¿De dónde venía? ¿Por qué estaba aquí? ¿Estaba perdida o buscando algo? La había estado observando mientras deambulaba por nuestra ciudad, dispuesto a intervenir si amenazaba a mi

gente. Estuve a punto de atacarla cuando tocó a mis hermanos y hurgó en su envoltura del corapietra. Pero la delicadeza con la que los recorrió con una mirada que solo pude interpretar como de asombro me detuvo.

Miré la comida que había puesto en una mesa junto a la cama. A los Extraños les gustaba comer a primera hora de la mañana. Les levantaba el ánimo y aligeraba su humor. Unos Extraños contentos significaban días menos agotadores para los Valos. Sin embargo, la hembra no era una Extraña. No creí que pudiera usar la compulsión con nosotros como ellos.

¿Quizás es su hija?

La idea me inquietaba. Volví a mirar a la mujer. Definitivamente no era una Valo como yo ni ningún otro tipo de Valo construido por los Creadores en las otras ciudades. El color de su piel no coincidía con el de la gente de Tarakheen, pero eso no significaba que no hubiera Creadores de piel morena. Sus dos labios eran gruesos y carnosos, con un interesante hundimiento en el centro del superior. Los Extraños no tenían labios, una única hendidura les servía de abertura bucal. Me pasé el dedo índice por el labio superior. Era fino, casi inexistente, pero mi labio inferior era algo parecido al suyo.

La hembra era ajena a todo lo que yo conocía. El arco de sus cejas peludas, la suave inclinación del puente de la nariz, las orejas redondas, los montículos hinchados del pecho, el ensanchamiento de las caderas... Las curvas la definían. Un verdadero desafío. No podía decidir en qué material esculpiría su imagen. La piedra duraría más, pero podría resultar difícil.

Mientras esperaba a que la hembra despertara, reflexioné sobre la pose adecuada para la estatua. Quería darle a su rostro la misma expresión que había tenido cuando su cuerpo desnudo entró por primera vez en las aguas ardientes. Hacía siglos que no presenciaba a nadie expresar tales niveles de dicha. Sin mi corapietra, ya no sentía ese tipo de emociones... Apenas sentía algo.

Ella disfruta del calor.

Desde el cambio, mi gente ya no entraba en esas aguas. La Creadora convirtió nuestros cuerpos en templos de hielo y escarcha. Ya no podíamos soportar mucho calor, aunque nuestra memoria genética ansiaba ciertos niveles de calor. El estanque caliente no nos quemaba al contacto. Sin embargo, la exposición durante más de unos segundos provocaba una incomodidad extrema, y se formaban ampollas si permanecíamos en el agua más de unos minutos. Ella permaneció mucho tiempo, ilesa.

Como la Creadora...

¿Cuánto podría tolerar? ¿Podría soportar el infierno del magma? Mis dedos palparon el hueco de mi pecho. Esa extraña sensación volvió a asaltarme, como cada vez que pensaba en la corapietra que me faltaba. Como ya no sentía deseo de ningún tipo, solo podía atribuirlo al instinto, a esa *necesidad* de recuperarla. ¿Cómo sería volver a sentir?

Pasaron otros veinte minutos y la hembra seguía durmiendo. El deseo de estar aquí cuando se despertara me impidió subir a limpiar la nieve y el hielo de mis hermanos muertos que velaban

fuera. Los guardias habían sido de los primeros en perder las ganas de vivir y regresar a Sonhadra. En las últimas décadas les habían seguido algunos más, cuyos ojos se cerraron para siempre.

La mayoría de las muertes recientes pertenecían a la casta de los Mineros. Tras la marcha de los Extraños, continuaron despojando las minas, almacenando las gemas y metales que Tarakheen había exigido hasta que no quedó nada. Los Extraños nunca volvieron a por ellos, ni a por nosotros. Sin más recursos que desenterrar y sin una nueva tarea, perdieron su propósito. Tras permanecer durante unos siglos, uno a uno, entraron en hibernación, de la que muchos no volverían a levantarse. Siguieron los Constructores, luego los Cazadores y Recolectores y, por último, mi clase, los Artesanos.

De vez en cuando, alguno de mis hermanos se despertaba y me hacía compañía durante unas horas, días, semanas y, en raras ocasiones, meses, antes de volver a su nicho. Eso también me daba ese extraño tirón cada vez que se iban o moría uno de mis hermanos.

Antes de volver, algunos me preguntaban por qué no hibernaba yo también. A diferencia de los demás, yo aún tenía un propósito. Como artista, siempre había algo más que hacer, algo más que *mejorar y refinar*.

Levanté la cabeza cuando la hembra volvió a moverse. Sus párpados se agitaron y rodó sobre su espalda. Respiró hondo y, con los músculos en tensión, estiró las extremidades al máximo y las elevó ligeramente por encima de la cama. Sus facciones se tensaron y el largo gemido que escapó de sus labios sonó casi doloroso. Por un momento me pregunté si estaría sufriendo algún tipo de ataque. Luego, sus brazos y piernas volvieron a caer sobre la cubierta. Sus facciones se relajaron y sus músculos se aflojaron. Parecía deshuesada mientras suspiraba.

Qué criatura tan extraña.

Abrió los ojos, parpadeó mirando al techo y empezó a sentarse. Por fin, su mirada se posó en mí. Se quedó inmóvil, con los labios entreabiertos y los ojos desorbitados. El penetrante sonido de su grito me hizo daño en los oídos. Me estremecí mientras ella retrocedía hasta que su espalda chocó contra el cabecero de la cama. Con los ojos clavados en mi cara, sus manos tantearon a ciegas los pliegues de su manto hasta que sacó el cuchillo brillante de la noche anterior. Para mi sorpresa, no me amenazó con él, sino que se lo llevó al pecho como un escudo. No dudé ni un instante de que lo blandiría si me acercaba.

Me quedé quieto, a los pies de la cama, dándole tiempo para que se calmara. Su mirada me recorrió antes de posarse de nuevo en mi rostro.

Debería haber hecho una silla.

En comparación con ella, yo era bastante alto—al menos dos cabezas por encima de ella. Sentada en la cama, torcía el cuello para mirarme mientras yo sobresalía por encima de ella. Sentado también habría parecido menos amenazador. Con pasos lentos y medidos, me moví hacia el lado izquierdo de la cama. Su cuerpo se estremeció y ella retrocedió hasta el borde de la cama del lado opuesto. Manteniéndome cerca de la pared, me detuve cerca de la mesa cargada de

comida.

Ella la miró, fijándose en la mesa por primera vez. Su garganta trabajaba y una lengua rosada asomaba entre sus labios para humedecerlos. Las arrugas de su ceño se dibujaron en su frente y sus ojos me miraron a mí y a la mesa que no estaba allí la noche anterior.

Al observar su reacción, invoqué la escarcha—un regalo de la Creadora—para solidificar el agua en el aire. Ella emitió un sonido de sorpresa cuando se formó un bloque de hielo detrás de mí. A pesar del ardiente deseo de hacerlo, no lo refiné ni lo hice bonito. Era un arreglo temporal para tranquilizarla.

En cuestión de segundos, completé la tarea y me senté. Con la boca abierta, sus ojos azules como el hielo, que resaltaban sobre su piel oscura, miraron a su vez mi asiento y luego a mí.

—*¡Antokielo! ¡Kékool!* —ella dijo.

Parpadeé. Volvía a emitir esos extraños sonidos sin sentido. Sin embargo, la expresión de su rostro y el tono de su voz parecían expresar agradecimiento. Aunque recelosa y con el cuchillo luminoso aún pegado al pecho, ya no temblaba.

—No conozco tus palabras —dije.

Frunció el ceño y me miró brevemente la boca.

—*¿Quezzeso?* —preguntó ella.

Yo fruncí el ceño. Comunicarme iba a resultar difícil con su extraño idioma.

—*¿Cómo te llamas? ¿Qué eres?*

Frunció el ceño y se llevó dos dedos a la oreja.

—*¿Qué? ¿Poké no chunziona?*

Un par de sus palabras habían tenido sentido esta vez. Viniera de donde viniera, no hablaban la lengua de los Extraños ni la de los Valos del Norte.

Resopló, con una expresión de frustración en el rostro, y luego me dirigió una mirada de evaluación.

—*Minome e Liiidya.*— Se dio dos golpecitos en el pecho con la mano que empuñaba el cuchillo luminoso—. *Li-dya* —repitió, y luego me apuntó con el arma—. *¿Kúú?*

Frunció el ceño y clavé los ojos en su cuchillo luminoso. No había agresividad en su postura ni en su tono, pero eso no disminuía la amenaza potencial.

—*¡Mirda! ¡Dizcupa! ¡Dizcupa!*

Se llevó la mano que sujetaba el arma a la espalda y levantó la otra palma en un gesto apaciguador. El miedo tensó sus facciones. No era necesario. Había bajado el arma. Todo iba bien.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—No temas. No estoy enfadado.

Hizo una mueca, sin duda no había entendido mis palabras. Manteniendo el arma oculta, volvió a golpear el pecho dos veces.

—*Liiidya. Li-dya,*— repitió y me señaló con el dedo índice—. *¿Tú?*

Tres palabras. Estábamos llegando a algo. No sabría decir si Liiidya era como se llamaba o el nombre de su especie, pero supuse que era lo primero.

—Liiidya —dije, señalándola con el dedo.

Ella movió la cabeza arriba y abajo con gran energía, con una gran sonrisa en la cara.

—¡Sí! ¡Lydia!

—Lydia —repetí, corrigiendo mi pronunciación... eso espero.

Me puse la palma de la mano en el pecho.

—Qaezul'tek Var E'lek.

Su sonrisa se endureció y luego se desvaneció, una expresión de asombro se instaló en su rostro.

—¿Qué *digist*?

—Qaezul'tek Var E'lek —repetí.

Ella parpadeó, parecía angustiada. ¿No entendía lo que yo quería decir? Volví a asombrarme de su inteligencia.

—Lydia —dije, señalándola a ella y luego a mí mismo—, Qaezul'tek Var E'lek.

Volvió a mover la cabeza de arriba abajo, pero esta vez con menos entusiasmo. Sospeché que era una de las formas en que su gente expresaba su acuerdo.

—Karo —se aclaró la garganta—. *Kyzuk... Kyzeluk...*

¡Oh! Demasiado complejo para ella.

Nunca lo había considerado. Todos los Valos de E'lek poseían nombres largos, ya que conllevaban mucha información sobre el individuo. Qaezul'tek Var E'lek era la manera formal de presentarme. Mi verdadero nombre de pila era Qae, de la estirpe Zul, tercer varón de ese nombre en mi linaje—pronunciado tek en la lengua antigua—y Var, que significa primogénito. Como muchos de los míos solían llevar una vida nómada, especificábamos el nombre de nuestra tribu; en mi caso, el corazón de las tribus del norte de Valos, la ciudad de E'lek.

Mis hermanos solían llamarme Qaezul o Qae. Decidí poner fin a su miseria.

La señalé.

—Lydia —y luego a mí mismo—, Qae.

La tensión abandonó sus hombros y una expresión de gratitud se posó en sus facciones.

—Kai —dijo.

Su pronunciación no era del todo exacta. Sonaba algo como caí o pay cuando debería ser más bien kwy, pero se parecía bastante. De algún modo, sospeché que yo tampoco había pronunciado bien su nombre. Señalé la comida. Ella la miró y se lamió los labios.

—¿Eso *ezpar* í? —señaló la comida y luego se señaló a sí misma.

—Sí.

Sus ojos se dirigieron directamente a la fruta de río que yo ya había cortado en dos mitades y luego al filete de pescado que había a su lado. Dudando entre los dos, se preocupó por su labio inferior con dientes blancos y romos. Se acercó más, lanzándome miradas cautelosas, y luego

cogió con cuidado el cuadrado congelado de filete de pescado rojo. Los Extraños a veces chamuscaban el lado cubierto de especias en placas calientes, pero no teníamos ninguna en la ciudad baja y yo no sabía cómo funcionaban las de la ciudad alta.

Lydia lo miró, lo giró por todos lados antes de tocar con la lengua las especias de la parte inferior.

—*Mhmm, ké ico.*

Aunque se veía rara con todos esos sonidos extraños que hacía, lo tomé como una buena señal. Abrió la boca y mordió... o más bien lo intentó. Sus dientes romos no lograron hundirse en absoluto.

—*Ow. Nezecia um pok de coxiom.*

Frunció el ceño y miró a su vez a la fruta de río, a mí y luego de nuevo al pez. Lydia dudó un segundo y luego pareció tomar una decisión. Echó los hombros hacia atrás, levantó la barbilla y dejó el cuchillo luminoso sobre la cama. Luego colocó el pescado en el centro de la palma de la mano, con el lado especiado hacia arriba, y lo cubrió con la otra. Lydia no me quitó los ojos de encima, como si temiera mi reacción, y las palmas de las manos—que parecían casi blancas en comparación con el resto de su piel morena—se volvieron de color rosa y luego rojo oscuro. Ladeé la cabeza, intrigado, hasta que sentí la pequeña bola de calor que emanaba de ella.

¡*ESTÁ en sintonía con el fuego!*

¿Eran solo sus manos o podía controlar qué parte de ella se encendía como yo hacía con la escarcha?

Levantó una de sus manos y las palmas volvieron a su color pálido habitual. Aunque el pescado había mantenido su tono rojizo, se había desvanecido un poco cuando su superficie empezó a cocinarse. Me llegó el aroma picante del pescado que no había olido en siglos. Me produjo un conflicto. Me resultaba familiar y, sin embargo, me provocaba el malestar habitual cada vez que nos recordaban a la Creadora.

Me dedicó una sonrisa insegura, algo preocupada. No sabía qué necesitaba de mí, así que imité su gesto de asentimiento y moví la cabeza de arriba abajo. Soltó una risita, un sonido brillante y burbujeante que rebotó por toda la habitación.

—Eso es *terno* —dijo, sonriendo, desvaneciéndose su preocupación.

Lydia levantó el pescado con tres dedos y se llevó la palma que lo sostenía a los labios para sorber el jugo de descongelación que se había depositado en ella.

—*Mhmmm.*

Otra vez ese gemido, como cuando se comió la fruta de río la noche anterior. Se lamió la palma y mordió el pescado. Sus párpados se cerraron y echó la cabeza hacia atrás, con una expresión de felicidad en el rostro.

—¡*O ké zabrooozo!*

Repetí el proceso de descongelación un par de veces más antes de terminar de comerse el pescado. La próxima vez tendría que comprarle más.

¿Por qué estoy pensando ya en la próxima vez?

Se limpió las palmas de las manos con la lengua y luego se secó la boca con el dorso de la mano. Mirando la fruta con avidez, Lydia se acercó a la mesa, cogió una mitad y se alejó de mí. Como la noche anterior, utilizó los dedos para desenterrar la dulce pulpa y comérsela.

—*Aoro eta koza.*

—No conozco tus palabras.

Otra vez la mirada en blanco. Ella tampoco conocía las mías. Lydia se deshizo rápidamente de la primera mitad y se acercó para agarrar la segunda. Yo la cogí primero y ella retrocedió, apretando de nuevo el cuchillo luminoso contra su pecho.

—Tranquila, Lydia —le dije, como si le hablara a un animal asustado—. No te haré daño.

Ella no entendió lo que quería decir. Me llevé la mano a la cara y me señalé con el índice el ojo y luego la fruta de río.

—Lydia mira —dije.

Lydia siguió el gesto e hizo ese movimiento de cabeza.

—*Okay. E* observo.

Sujeté el caparazón endurecido en la palma de la mano y sentí oleadas de frío. El caparazón se escarchó y su color amarillento adquirió un tono más oscuro, ligeramente verdoso. Levanté el dedo índice de la otra mano, invocando de nuevo la escarcha para alargarlo y convertirlo en una púa helada. Con los ojos entornados, Lydia se tapó la boca con la mano. No parecía asustada, así que continué. Sumergí la púa en la pulpa blanca y dulce de la fruta, la removí mientras enviaba más ondas frías a través de ella, hasta que formó unos picos arremolinados y helados. Solté el pincho de hielo en la punta del dedo y lo utilicé para recoger parte de la pulpa congelada de la fruta. Le di la forma de una flor iwaki que crecía en primavera por la ciudad, con sus pétalos puntiagudos y sus largos pistilos en el centro.

—*Eres reealente ueno en ezko.*

Aunque no entendí ni la mitad de sus palabras, su tono y su expresión me dijeron que apreciaba mi trabajo. Eso me animó a continuar. Le di forma de cuchara al otro extremo del pincho de hielo y clavé la flor comestible en el remolino más grande del centro de la fruta de río. Pensé en decorar los bordes de su cáscara endurecida con intrincados nudos, pero me obligué a ceñirme a un simple ribete ondulado. Una vez que empezaba, podía seguir eternamente.

En lugar de dejarla sobre la mesa, me incliné hacia delante y le tendí la fruta a Lydia. Si no conseguía que confiara en mí, no me ayudaría a recuperar la corapietra.

La hembra se puso rígida y, tras una leve vacilación, se acercó y la cogió con cuidado de mi mano. Hizo ademán de volver a una distancia más segura de mí, pero pareció cambiar de idea y se quedó al alcance de mi mano. Con dedos delicados, cogió la flor y la llevó ante sus ojos, admirándola desde todos los ángulos.

—*¡Kééé onito! Eres telehenkoso.*

Lydia lamió uno de los pétalos un par de veces antes de morder un trozo. Sus pupilas se

dilataron y volvió a emitir aquel gemido mientras chupaba el pétalo que tenía dentro de la boca.

—*Abe ucho* mejor así.

Se comió la flor, sonriéndome entre pétalo y pétalo. Una pequeña capa de escarcha apareció sobre sus manos, como el calor anterior.

—*También está en sintonía con el hielo?*

Una vez que terminó con la flor, agarró el tallo con su mano escarchada y tomó un bocado de la golosina de fruta de río.

—*¡O uaooo! ¡Omo elako e flutaz!*

Significara lo que significara, le gustó, y apenas se detuvo a respirar mientras devoraba la fruta. Los Extraños nunca expresaban tanto aprecio. De hecho, no lo hacían en absoluto. Puesto que la perfección no podía alcanzarse, solo perseguirse, Tarakheen creía que los cumplidos y los elogios solo fomentaban la mediocridad.

Lydia terminó de comer y apiló la envoltura vacía de la fruta de río sobre la otra.

—Te lo *agadezko*.

Nos miramos fijamente en un silencio un tanto incómodo. No poder comunicarnos suponía un gran problema. Quería pedirle que me trajera la corapietra, pero no quería que pensara que era el pago por la comida.

Ella se movió, su mirada recorrió la habitación antes de posarse de nuevo en mi cara.

—*¿Agorra qué?* —preguntó.

—No conozco tus palabras.

Lydia hizo una mueca de frustración, con los hombros caídos. Aunque no podía sentirla, comprendí su enfado. Su rostro adoptó una expresión pensativa mientras se golpeaba el labio inferior con el dedo índice. Unos instantes después, su rostro se iluminó y me sonrió. Levantó el brazo izquierdo y una fina capa de escarcha se formó sobre él, volviéndolo blanco.

—Mira Kai —me dijo.

Emulando mi gesto anterior, Lydia se señaló los ojos con un dedo y luego el brazo.

Intrigado, ladeé la cabeza y obedecí.

Con la punta del dedo índice, se dibujó tres arcos en el brazo y luego hizo una representación primitiva de un personaje dentro de cada arco, como haría un niño.

Qué ingenioso. Debería haberlo pensado.

Señaló su dibujo y luego hacia la entrada del dormitorio.

Se pregunta por mis hermanos.

—Valos —le dije.

—*¿Valos?*

Moví la cabeza de arriba abajo e indiqué su brazo.

—Valos —luego me puse la palma de la mano en el pecho—. *Qae* también es Valo.

—Hmm —dijo ella, con aire inseguro. Juntó las palmas de las manos, presionó el dorso contra una mejilla y se inclinó hacia un lado, con los ojos cerrados—. Valos *dueme* —dijo, antes

de enderezarse, señalar el dibujo de su brazo y repetir el gesto.

Confundido al principio, comprendí al reconocer la postura de su ciclo de descanso. Sacudí la cabeza.

—Sí, los Valos duermen.

Sonrió.

—*Aora os etamoz etendieno...* —Lydia me señaló y luego repitió el proceso—. Kai no duerme.

Eso lo entendí.

Esta vez, sin embargo, había movido la cabeza de un lado a otro cuando dijo que no. Memorice que eso significaba no.

Moví la cabeza de arriba abajo.

—Sí —y luego de lado a lado al decir—: Qae no duerme.

Ella dio una palmada, sonriendo de oreja a oreja. Parpadeé ante el extraño comportamiento.

Mujer extraña.

Lydia levantó las manos delante de ella, con las palmas hacia arriba y se encogió de hombros en un movimiento exagerado.

—¿*Poké*? —preguntó—. ¿*Poké* Valos duermen *peo* Kai no duerme?

Levanté la mano y coloqué dos dedos en el hueco de mi pecho.

—No tengo corapietra.

—¿*Bateía mueta*? —frunció el ceño y negó con la cabeza—. No, no *mueta*. ¿*Bateía pelida*?

No sabía cómo responder.

Hizo ademán de meterse algo en el pecho y luego miró alrededor de la habitación como si buscara algo. De espaldas a mí, volvió a hacer ese exagerado encogimiento de hombros.

—¿*Onde*?

Esta era la apertura que necesitaba. Explicarlo con palabras sería demasiado complicado. Siguiendo su ejemplo, le indiqué que mirara a la pared a mi lado. Invocando la escarcha, dibujé cinco líneas horizontales de hielo, una sobre otra. En la línea superior, cerca del centro, hice una caja vacía.

—Lydia —dije, dibujando un primer punto dentro de la caja—. Qae —dije, poniendo un segundo punto junto al suyo.

Señalé a la habitación y luego señalé el cuadrado. Ella sonrió e hizo el gesto de sí con la cabeza. Me pregunté si le dolería el cuello de tanto hacerlo. Volviéndome hacia la pared, tracé tres arcos con las mismas figuras de palitos que ella había hecho cerca del borde de la línea superior.

—Valos durmiendo —dijo.

—Sí. Muy bien, Lydia.

En el extremo opuesto de la línea superior, tracé una línea diagonal que la conectaba con la segunda línea, y luego continué, en zigzag, para conectar la segunda con la tercera, la tercera con

la cuarta y la cuarta con la última línea. En el extremo de la línea inferior, hice una serie de círculos apilados.

—Corapiedra —dije, señalando la pila, y luego hice el ademán de coger la pila y metérmela en el pecho.

Para mi sorpresa, ella bajó de la cama y se acercó a mí para colocarse delante del dibujo. Me señaló con el dedo índice y luego lo levantó hacia mi dibujo. Sin tocarlo, Lydia trazó un camino desde el dormitorio del piso superior, bajando las escaleras que conectaban los pisos, hasta la cámara de la corapiedra, en el nivel inferior. Una vez allí, hizo como que cogía la corapiedra y se la metía en el pecho.

Moví la cabeza para indicarle que no. No podía ir a buscar la corapiedra.

—¿Por qué? —me preguntó.

Me señalé a los ojos, luego a ella y agité la mano en un gesto de sígueme.

Lydia retrocedió y luego se quedó quieta, dándose cuenta por fin de lo cerca que estaba de mí. Había estado demasiado concentrada en el dibujo como para pensar en temerme. Una buena señal de que las cosas iban por buen camino. Como no quería asustarla, retrocedí un par de pasos y volví a hacerle señas para que me siguiera. La tensión desapareció de sus hombros y una expresión avergonzada, casi de disculpa, cruzó sus facciones.

—Okay —dijo.

“Okay” tenía que ser otra de sus extrañas palabras para decir sí. Giré sobre mis talones, fingí no verla tanteando los pliegues de su manto para asegurar allí el cuchillo luminoso, y la guie fuera de la habitación. Cuando salimos a los pasillos principales, la miré por encima del hombro. Echaba miradas nerviosas a su alrededor, sobre todo hacia el vestíbulo donde hibernaban mis hermanos. Si mi sola presencia la inquietaba, era razonable suponer que temía verse rodeada por más de los otros.

—Tranquila, Lydia —dije en tono apaciguador—. Los otros Valos duermen.

Me miró avergonzada, con los dedos pequeños tirando del dobladillo de su manto. Su estado andrajoso y los bordes ásperos y quemados de la tela azul polvorienta me decían que había conocido tiempos mejores. No se parecía a ningún vestido que hubiera visto antes y me hizo preguntarme de nuevo de dónde había venido y qué la había traído hasta aquí.

—Epera —exclamó, mientras caminábamos frente a la piscina caliente.

Corrió hacia el borde del agua ardiente. Sumergió las manos, se las lavó y se echó un poco del líquido caliente en la cara. Como la noche anterior, su piel adquirió un ligero tono rojizo y la humedad que la cubría se evaporó. Lydia volvió a mi lado con una sonrisa de felicidad.

—Megor.

Crucé el corto trayecto hasta el borde de la cueva. Los pasos de Lydia vacilaron a medida que nos acercábamos al precipicio. De pie a una distancia prudencial, estiró el cuello para mirar la caída.

—No *ezkaleaz*.

Anoche Lydia buscó un camino para bajar durante un rato antes de darse por vencida. Estuve a punto de revelarme para decirle que había buscado en vano. Sin embargo, quise conocer mejor sus intenciones antes de hacerlo y permanecí oculto.

Antes de la partida de los Extraños, sus mascotas solían venir aquí a robar algunas bayas o raíces del campo; una molestia menor que los Recolectores solían manejar. Los problemas surgían cuando arrasaban los niveles inferiores de los Artesanos, dañando sus creaciones, y peor aún, cuando escondían sus presas en los niveles inferiores, en lugares inaccesibles para nosotros, y luego se olvidaban de ellas. El hedor de la carne en descomposición nos torturaba durante semanas. Para evitar otros sucesos semejantes, eliminamos las escaleras entre el primer y el segundo piso. De todos modos, los Valos tenían formas más rápidas y cómodas de subir.

Invoqué la escarcha y una gruesa plataforma helada tomó forma en la cara del acantilado. La pisé y tendí una mano a Lydia. Con los ojos desorbitados por el miedo, sacudió la cabeza con frenesí.

—*Ne azuzan laz alkulaz.*

Señaló la caída e imitó a una persona cayendo. ¿Creía que la empujaría o simplemente le daban miedo las alturas? Esperando lo segundo, amplié la plataforma y levanté unas barandillas que le llegaban al pecho.

Lydia miraba mi trabajo mordiéndose el labio inferior. La expresión de pánico en su rostro se atenuó y dio un par de pasos vacilantes hacia delante.

—Okay, eso está *ejorr*.

Arrastró los pies hasta la plataforma, se agarró al borde de la barandilla y la sacudió—o al menos lo intentó—como para comprobar su solidez.

Mujer extraña.

Inicié el descenso. Lydia chilló con el movimiento de la plataforma. Una de sus manos me rodeó la muñeca con fuerza mientras la otra se agarraba a la barandilla. El calor de su piel contra la mía se filtró en mis venas.

—Tranquila, Lydia. Estás a salvo conmigo.

Intentó saltar en cuanto llegamos al segundo nivel, pero la retuve hasta que llegamos al cuarto. Para entonces, ya no parecía a punto de desmayarse, pero no tardó en bajar de la plataforma en cuanto llegamos abajo. Sin embargo, nuestro destino final estaba un nivel más abajo. Teníamos que utilizar las escaleras que aún conectaban los niveles dos, tres, cuatro y cinco.

En nuestro camino hacia las escaleras, sus pasos vacilaron y luego se detuvieron cuando pasamos por delante de uno de los ocho almacenes de este nivel. Este contenía innumerables recipientes de piedra y madera llenos hasta los topes de las coloridas gemas que Tarakheen hacía cosechar a los Mineros. Las otras siete salas, el doble de grandes que esta, contenían el metal que extraían. Con los ojos muy abiertos y la boca abierta, parecía paralizada por la cantidad de gemas.

—*¡Anto zelo! ¡Son uchaz rrokas! ¡Tu jenke ebe err milonaia!*

—No conozco tus palabras.

Sacudió la cabeza como si luchara por creer lo que veían sus ojos.

—*Ovidalo. Igamoz.*

Hizo un gesto con la cabeza para que siguiéramos avanzando y dio dos pasos hacia delante. Una serie de nichos donde hibernaban mis hermanos Mineros enmarcaban las escaleras. Algunos más ocupaban la pared de enfrente. La mirada de Lydia pasaba frenéticamente de una a otra. Se había acercado más a mí, buscando inconscientemente mi protección. Tres de ellos—uno más que ayer—tenían los ojos cerrados. Los demás miraban al frente con ojos vacíos.

Les hice un gesto con la mano y luego imité la postura dormida que ella había hecho antes.

—No hay corapiedra —dije, señalando con dos dedos la cavidad de mi pecho.

Ella negó con la cabeza, pero se acercó a mí y nuestros brazos se rozaron cuando nos acercamos al par de gólems que había junto a la escalera.

Era la escalera más larga de la ciudad baja. A medida que descendíamos, la colorida y suave luz de las piedras resplandecientes pronto cedía ante la luz roja anaranjada del nivel inferior. Cuanto más bajábamos, más calor hacía.

—*Ké iedo* —susurró Lydia.

Me dirigió una mirada insegura, pero me siguió. Llegamos al final de las escaleras y giramos a la derecha en el corto pasillo que se extendía hacia el sendero.

—*Anto zelo...* ¿Eso es lava?

Ella decía mucho esa palabra. Empezaba a sospechar que expresaba asombro, sorpresa o conmoción.

Incluso desde donde estaba, el calor del río de rocas fundidas me torturaba. Sin embargo, más allá de la intensa incomodidad, mi corapiedra me llamaba. Muchas veces antes había intentado ir tras ella, pero el calor me había obligado a retroceder a los pocos pasos.

Lydia iba delante, con cara de asombro mientras examinaba la habitación. Su piel se encendió con un tono rojizo, como cuando había descongelado el pescado, excepto que esta vez todo su cuerpo.

—*Uao* —susurró cuando su mirada se posó en los racimos de corapiedras en la distancia—. ¿*Eas* son sus *bateíaz*? —preguntó señalando los racimos.

Se volvió para mirarme y por fin se dio cuenta de que no la había seguido por el sendero. Sorprendida, frunció el ceño, luego observó a su alrededor y comprendió.

—*Oh, sí, uy kalente pa ti.*

Volvió sobre sus pasos y regresó hacia mí. Retrocedí ante el calor que emanaba de su piel encendida.

—*¡Oh, dizcupa, dizcupa!* —dijo, con pesar, mientras su piel recuperaba su tono marrón habitual—. Lo *bukarre pa ti.*

Lydia se señaló a sí misma, luego a los racimos de corapiedras, hizo un gesto de agarre y

luego un movimiento de ofrecimiento hacia mí.

—Sí, por favor —dije moviendo la cabeza de arriba abajo.

—De acuerdo —dijo ella—. *¿Kual e toaz?*

Al darse cuenta de que no entendía su pregunta, movió la mano como si tocara varios objetos agrupados, cogiera uno y lo volviera a dejar en el suelo. Luego levanta las manos con las palmas hacia arriba y se encoge de hombros, con cara de interrogación.

Quiere saber cuál de todas.

Ese era el problema. Yo no sabía cuál y no tenía ninguna forma concreta de indicárselo. Había ciento sesenta corapiedras divididas en cinco grupos. Aunque podía sentir que me llamaba y la reconocería sin ninguna duda si la tuviera delante, no tenía ninguna forma concreta de identificársela.

Me encogí de hombros con las palmas hacia arriba y moví la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé.

Sus hombros se hundieron y por un momento me pregunté si diría que era imposible y se marcharía. Frunció los labios y volvió a mirar los racimos.

—Tendré *e tabajarr duo tonces* —dijo en tono desalentado—. *A velvo.*

Lydia giró sobre sus talones y se dirigió por el sendero hacia los racimos. Volví a sentir el tirón pero, esta vez, pude nombrar la emoción que se escondía detrás: esperanza.



CAPÍTULO 4

LYDIA

Justo cuando pensaba que mi vida no podía ser más rara, pues lo fue con una gran R mayúscula. Despertarme y encontrarme a Kai contemplándome a los pies de la cama casi me provoca un infarto. Quiero decir, en serio, ¿qué clase de tipo superalto, de color hielo, con un cuerpo musculoso que hace que se te caiga la baba, cubierto únicamente con un taparrabos y con un agujero enorme en el pecho se te quedaría mirando mientras duermes?

Un lindo y dulce Valo llamado Kai.

Le eché un vistazo por encima del hombro. Seguía de pie a la entrada de la sala de magma, con aspecto de estar muy indispuerto por el calor.

Seh, Kai es lindo.

A pesar de su aspecto alienígena, sus rasgos eran armoniosos y sus ojos azules, brillantes como el hielo, me hipnotizaban. Que hubiera hecho además de mantener una distancia prudencial había ayudado a aliviar mis temores. Que me hubiera dado de comer cuando estaba tan hambrienta le había hecho ganar muchos puntos. Pero ¿ese postre de helado y sorbete loco, delicioso y bellamente decorado que me preparó? Eso SÍ que me conquistó. ¿Una flor hecha de helado? Quiero decir, no se puede hacer algo tan bueno y tan bonito y ser un monstruo, ¿verdad?

Kai no se daba cuenta, pero mostrar su habilidad para manipular el hielo había calmado un dolor en mi corazón. Después de toda una vida siendo diferente, la Dra. Sobin me había convertido en un monstruo. Los humanos me veían congelarme y enloquecían o entraban en pánico. Kai no. Él lo aceptaba como algo normal e incluso parecía impresionado. Eso me había hecho sentir bien. Y ahora podría hacerle algún bien.

Sonreí a Kai y volví a mirar la habitación, aunque la palabra cueva podría ser una descripción más precisa. Piedras ásperas y más oscuras que las blancas que había visto antes por todas partes formaban las paredes de la cueva, desapareciendo en el río de lava que fluía por su base. Mirando hacia el techo, lo bastante alto como para alcanzar el nivel superior de la ciudad baja, muchos agujeros grandes asomaban por el exterior haciéndola parecer un colador gigante.

Caminé pegada a la pared por el sendero de seis metros de ancho que discurría paralelo al río de lava por su izquierda. Más adelante, en una pequeña isla, un gran altar de piedra brillaba con

unos cincuenta orbes luminosos de forma ovoide: las baterías de los Valos. El camino rodeaba la isla por la derecha. Contra su pared exterior, otros cuatro altares similares se alzaban igualmente espaciados en forma de arco. Cada uno contenía unos treinta orbes.

Desde la distancia, parecía como si una luz pulsante hubiera quedado atrapada dentro de una esfera de hielo. Pero, por supuesto, el calor lo hacía imposible. Los altares no eran formaciones naturales. Con forma de pirámides escalonadas invertidas, su material me resultaba extraño. A pesar de su aspecto pétreo, la textura bajo mis dedos me recordaba a algún tipo de Kevlar. Sospeché que algún tipo de tecnología también ayudaba a preservarlas.

La piedra oscurecida y llena de baches que había bajo mis pies descalzos me punzaba las plantas. Me acaloré para hacer soportable el doloroso calor. El camino discurría unos veinticinco metros antes de girar a la derecha, siguiendo la pared de la cueva, en un gran círculo alrededor de la isla. Al menos diez metros de lava se extendían entre la isla y el borde del sendero, impidiendo el acceso a ella. A pesar de mi habilidad con las llamaradas, no podía caminar sobre la lava. Me incineraría en segundos. Si la batería de Kai era uno de esos orbes, estábamos jodidos.

Rodeé el camino, seguido por el espeso y burbujeante sonido de la lava y el golpeteo de mis pies contra el suelo. El aire caliente dificultaba la respiración, pero afortunadamente no apestaba a azufre, como cabría esperar. Por otra parte, tampoco lo había hecho la fuente termal. Recordaba vagamente haber leído algo sobre bacterias responsables de ese olor. Quizá no existieran en este planeta ni en esta zona. En cualquier caso, me parecía bien.

Al acercarme al primer altar, la brisa fresca que emanaba de él confirmó mis sospechas de que algún tipo de mecanismo ayudaba a conservar los orbes. Al verlos de cerca, no parecían orbes. Parecían corazones estilizados hechos de un material similar al cristal y colocados en un pequeño hueco como huevos en su bandeja. En el interior de la mayoría de los corazones de cristal brillaba una luz azul de intensidad variable. Solo unos pocos no tenían ninguna. Sospeché que eso significaba que los Valos a los que pertenecían ya no funcionaban o habían muerto.

Los que tenían los ojos cerrados...

Una punzada de tristeza me recorrió el pecho. Aunque todavía me daban algo de miedo, una vida era una vida, por extraña que fuera su apariencia. No sabía cuál escoger, así que elegí una al azar. En cuanto la sostuve, la luz de su interior parpadeó como una llama moribunda y emitió el chisporroteo del agua al caer sobre una sartén recalentada.

¡Mierda! ¡Me estoy quemando!

Inmediatamente lo dejé caer de nuevo en su ranura. La luz vaciló como un corazón tartamudo antes de reanudar su lento y palpitante brillo.

¿Cómo puedo ser tan idiota?

Me había pasado los últimos cinco minutos pensando en el sistema de refrigeración y luego, como una imbécil, me adelanté y cogí uno con la piel casi encendida. Incluso mi toga se había oscurecido por el excesivo calor de mi cuerpo.

—Esto va a quemar a lo grande —murmuré.

Bajé mi temperatura hasta igualar la de los corazones y lo toqué. Ninguna reacción negativa. Habría sido una gran noticia, pero ahora el calor me estaba dando una paliza. Dejé los corazones en paz, volví a encenderme y me acerqué al siguiente altar. Un grupo de orbes similares a los del primer altar me dio la bienvenida, excepto uno que brillaba tanto que me hizo entrecerrar los ojos. Me entraron ganas de cogerlo, pero me contuve y decidí ir a ver los otros dos altares antes de tomar una decisión.

Los dos altares restantes no deparaban sorpresas: cada uno contenía unos treinta corazones de distintos brillos. Mientras reflexionaba sobre cuál coger, una serie de pensamientos inquietantes me hicieron dudar de la conveniencia de acceder a la petición de Kai. No sabía qué era Kai, pero creía que alguien lo había convertido a él y a los otros Valos en lo que eran ahora. Aquel agujero en el pecho parecía demasiado diseñado para ser natural. Mi instinto me decía que la mujer cuyo retrato cubría la ciudad tenía mucho que ver. Hasta ahora, Kai solo me había mostrado amabilidad, pero también tanta emoción como una piedra. Estaba congelado en todos los sentidos. ¿Pero en qué lo convertiría volver a poner su corazón, batería o lo que demonios fueran esos orbes dentro de él?

Viendo este montaje, alguien se había tomado muchas molestias para asegurarse de que los Valos nunca recuperarían su corazón sin ayuda externa. Un humano normal no sería capaz de recuperarlos sin un equipo especial y una unidad de refrigeración. Debe haber una buena razón para llegar a tales extremos.

¿Y si devolverles sus corazones los convierte en monstruos? ¿Y si se convierten en cyborgs dementes que pretenden asimilar o aniquilar el mundo?

Me moví sobre mis pies, no me gustaba nada la dirección que tomaban mis pensamientos. Uno de los corazones del altar que tenía ante mí se oscureció, pero no parpadeó como el que había visto en el tercer altar.

Afortunadamente...

A pesar de mis recelos y temores, no me cabía duda de que aquellos tipos morirían pronto si no les ayudaba a reunirse con sus corazones. No hacer nada significaba cometer un genocidio de estos extraños seres. Nunca podría vivir conmigo misma si eso ocurriera. No eliminaba el riesgo de que se convirtieran en bestias psicóticas, pero tenía que arriesgarme.

Aunque no podía jurar qué corazón pertenecía a Kai, la imagen del corazón más brillante del segundo altar bailaba ante mis ojos, atrayéndome. No obstante, cogería un corazón de cada altar y me lo llevaría de allí. Tardé menos de dos segundos en bajar la temperatura lo suficiente como para que se me helara la piel. El calor me martilleaba y mis rodillas se tambaleaban. El aire caliente, como un ente vivo, me aplastaba por todos lados, robándome el aliento y nublándome la vista. La escarcha de mi piel se derretía y se evaporaba en bocanadas de vapor. Bajé aún más mi temperatura para compensar. Esto me agotaba rápidamente y empeoraba el calor.

No podía perder el tiempo.

Alargué una mano hacia el altar, cogí el corazón apagado y lo acuné en mi brazo contra el

pecho para mantenerlo fresco. Volví sobre mis pasos, corrí hacia el tercer altar y cogí el corazón parpadeante. Lo coloqué junto al primero y corrí hacia el segundo altar, donde cogí el corazón más brillante.

Estas malditas cosas pesan mucho.

Y son grandes. Tuve que rodearlos con los dos brazos para abrazarlos fuerte, pero no demasiado. A pesar de su aspecto delicado, parecían robustos. Aun así, nunca se es demasiado precavido con el corazón de otra persona, literalmente. A estas alturas, no podía correr y apenas podía siquiera trotar. El peso de los corazones solo tenía una parte de culpa. El calor me quemaba los pulmones, me pesaban los miembros y me adormecía la cabeza. Al llegar por fin al primer altar, cogí otro corazón brillante antes de recorrer el camino de vuelta a la entrada.

Las piernas me pesaban una tonelada y los brazos me temblaban del esfuerzo. Descender a mi nivel más bajo de escarcha durante un periodo tan prolongado mientras luchaba contra el calor, agotaba mis reservas de energía a un ritmo exponencial. El tiempo que había pasado encendida mientras admiraba la cueva ya me había agotado parcialmente. Al doblar el recodo hacia la recta de veinticinco metros que conducía a la entrada, el miedo a no lograrlo me retorció las entrañas. Si colapsaba ahora, no moriría. Mi temperatura volvería a los niveles normales y me desmayaría, para volver en mí una vez que hubiera descansado lo suficiente. Sería incómodo debido al calor, pero soportable. Los corazones, sin embargo, no sobrevivirían al contacto prolongado con el suelo y el aire sobrecalentados.

Más adelante, Kai mostró los primeros signos de emoción. Con los ojos muy abiertos y las facciones tensas, se movió inquieto como si luchara contra el impulso de correr hacia delante y encontrarse conmigo a mitad de camino. No me miraba a mí, sino a los corazones que tenía en mis brazos. El resplandor del más brillante había aumentado de intensidad a medida que me acercaba a la entrada... a Kai.

Me apoyé en la áspera pared de piedra para apoyarme mientras arrastraba los pies hacia delante. La distancia se erosionaba a paso de tortuga. Kai pronunció palabras que no entendí; palabras de aliento, supuse. En cualquier caso, el sonido de su voz actuaba como un faro, el salvavidas al que me aferraba. A menos de tres metros de la entrada, Kai corrió hacia mí. Sus manos frías se deslizaron bajo mis rodillas y rodearon mi espalda. Me levantó y nos llevó hasta la entrada.

Me desplomé contra su pecho ancho y fresco, y liberé mi escarcha. Inmediatamente se detuvo la pérdida de energía que había estado saliendo de mí como la sangre de una arteria cortada. Con los corazones aún entre mis brazos, enterré la cara en el pliegue del hombro de Kai. Su suave voz me tranquilizó mientras subía las escaleras de vuelta al cuarto nivel. Inhalé su aroma único, como el aire fresco y vigorizante de una mañana de primavera. Su piel fría envolviendo la mía apagó el fuego que me consumía por dentro.

Cuando llegamos al final de la escalera, me había recuperado lo suficiente como para mantenerme en pie... pero a duras penas. Sin embargo, no quería que me bajara, y no era solo por

la debilidad que seguía atascando mis miembros hasta que hubiera reabastecido mis energías. Estar en sus brazos me hacía sentir... segura. Desde el comienzo de la pesadilla de mi encarcelamiento y los terribles experimentos que me habían hecho, nadie había mostrado el menor atisbo de protección o preocupación por mí.

En lugar de subir el resto de las escaleras de vuelta al nivel superior, Kai me llevó más allá de un par de habitaciones que contenían montañas de pepitas de metal extraídas a lo que parecía otro taller con un puñado de mesas sin sillas. Me sentó encima de la mesa más cercana y sus ojos inquisitivos miraron los míos antes de bajar a la preciosa carga que llevaba en los brazos.

Ya sabía cuál le pertenecía. Con cuidado de no dejar caer los otros tres, levanté una mano, cogí el corazón más brillante y se lo ofrecí. Aunque sutil, una emoción cruzó sus rasgos alienígenas cuando extendió ambas manos para recibirlo. Lo coloqué en sus palmas y el brillo del corazón aumentó aún más. Kai dio un paso atrás, alzó el corazón ante él y lo introdujo en la cavidad de su pecho. Una luz cegadora me clavó los ojos, obligándome a apartar la mirada.

Kai cayó de rodillas.

Lanzó un grito torturado y prolongado. Se agarró el pecho, doblado en el suelo. Su cuerpo tembló y echó la cabeza hacia atrás mientras otro grito de agonía brotaba de su garganta. Un escalofrío me recorrió la espalda mientras observaba, impotente, cómo su rostro se contorsionaba con un dolor atroz. Apreté los brazos en torno al corazón que aún acunaba contra mi pecho y me debatí entre correr o ponerme a cubierto. No entendía lo que estaba ocurriendo, pero Kai parecía estar transformándose en algo que no podía estar segura de que no quisiera comerme o aplastarme.

El corazón de su pecho palpitaba con una cegadora luz azul hielo que lo bañaba con un halo brillante. Por todo su cuerpo, fragmentos de hielo con forma de cristal de distintos tamaños sobresalían de su piel como una armadura. Su cuerpo pareció expandirse, ganando en masa y altura. El grito de Kai se desvaneció en un sonido retumbante que emanaba de lo más profundo de su pecho. Ya no temblaba y dejó de agarrarse el corazón. Sus manos bajaron a los costados y se cerraron en puños apoyados en el frío y duro suelo.

No es un ciborg. Es una especie de elemental de hielo o un gólem.

Al darme cuenta de ello, me entraron unas ganas irrefrenables de correr, que anularon el miedo que me había inmovilizado donde estaba sentada. Me levanté de la mesa de un salto y, antes de dar un solo paso, levantó la cabeza. Los ojos brillantes de Kai se clavaron en mí, congelándome donde estaba. Mi pulso se aceleró a la velocidad del rayo y olvidé cómo respirar.

—Calma, Lydia —su voz sonaba doble, como si se superpusieran dos diferentes.

¡Eso lo entendí!

Aunque me asustó su aspecto actual, sus ojos no encerraban ninguna amenaza, solo rastros del atroz dolor que había recorrido su cuerpo... y tristeza. Mi instinto de supervivencia me decía que me alejara lo más posible de él, pero mi instinto me decía que todo iría bien. Este era el mismo Kai que había esculpido una flor de helado para mí. Además, aún no se había abalanzado

sobre mí.

Kai se puso en pie lentamente, mientras la armadura de hielo que cubría su cuerpo retrocedía y su masa volvía a la normalidad. Eso alivió en gran medida algunos de mis temores. No se había vuelto loco y no parecía picarle el deseo de aplastar.

—¿Estás bien? —el temblor de mi voz me molestó.

—Sí, Lydia. Lo estoy. Me acuerdo.

Sentí que los ojos se me salían de las órbitas mientras la euforia me invadía.

—¡Te entiendo! ¿Tú también me entiendes?

—Yo te *berunate um det*.

—Uf, no importa.

Mis hombros cayeron cuando la decepción me golpeó más fuerte de lo que razonablemente debería. Estaba ansiosa por comunicarme con él de forma fluida. Aun así, en las pocas horas que habían pasado desde que nos conocimos, habíamos hecho progresos significativos. No entendía muy bien por qué mi traductor universal no funcionaba correctamente. Bueno... Vale, medianamente sí sabía. Por lo que yo entendía, Kai y yo habíamos hecho el primer contacto entre un humano y una especie alienígena. Así que, por supuesto, el traductor no conocía su idioma y estaba trabajando horas extras para descifrarlo. Solo necesitábamos hablar más para ayudarlo. Los dolores de cabeza que me daría este proceso alcanzarían proporciones épicas.

La mano de Kai me indicó que volviera a sentarme en la mesa. Con sumo cuidado, deposité sobre ella los tres corazones restantes, y luego me alcé junto a ellos, agradecida por ser capaz elevarme. La cabeza aún me daba vueltas por mi aventura en el pozo de lava. Hasta que no comiera algo para reponer fuerzas, seguiría sintiéndome un poco mareada.

—Okay —dije, una vez acomodada.

Kai sonrió.

¡Dios mío!

Me llevé la mano al pecho, sorprendida.

—¡Has sonreído!

Kai ladeó la cabeza, con el ceño fruncido por la confusión.

—Has sonreído —repetí.

Me señalé la boca, estirada en una sonrisa exagerada, y luego le señalé a él.

Lo comprendió. Volvió a sonreír y asintió con la cabeza de la forma torpe, pero simpática, en que lo había hecho desde el momento en que se dio cuenta de que ese gesto significaba sí. Kai inclinó demasiado la cabeza hacia atrás, como si quisiera mirar al cielo, y luego bajó la barbilla casi hasta el pecho. A este paso, se haría una contractura.

Pero maldita sea, ¡esa sonrisa es impresionante! Está buenísimo.

Le iluminaba toda la cara. Ver las emociones jugar en sus rasgos era una maravilla. Lo hacía mucho menos intimidante. Aunque no había sido más que amable conmigo, el ser frío y sin emociones que había sido antes me había asustado un poco.

Kai se puso una mano sobre el corazón. Ya no me cegaba, pero brillaba con un pulso lento.
—*Merun corapiedra me fati resnete* emociones —dijo.

Así que no son corazones, sino corapiedras.

Pero no solo le hizo sentir emociones, sino que pareció poner en marcha su traductor—o el mío. Fue una noticia increíble. Con muchos gestos, palabras que entendí parcialmente y algunos dibujos de hielo, intentó explicarme que necesitábamos encontrar a los tres gólems cuyos corazones había recuperado para despertarlos.

Incluso antes de que empezara con esas explicaciones, supe que íbamos a hacerlo, y mis temores resurgieron. No sabía cómo serían, y había montones de ellos. En cuanto despertara a los primeros, esperarían que yo recuperara a los demás. Tenía sentido. Con una mejor gestión de mi reserva de energía que esta vez, aunque desagradable, podría conseguirlo. Pero una vez que ya no necesitaran mis servicios, ¿qué sería de mí?

¿Me permitirían permanecer en su ciudad?

Nada en el comportamiento de Kai insinuaba que fueran del tipo desagradecido. Sin embargo, la experiencia me había enseñado que la gente no tenía reparos en utilizarte y luego desecharte en cuanto encontraban algo mejor o dejabas de beneficiarles. Dondequiera que estuviera este planeta, no habría vuelta a casa para mí con nuestra nave destruida. Como criminal convicta, la Tierra no me daría la bienvenida de todos modos. Por ahora, no obstante, tenía que volver a centrarme en la tarea que tenía entre manos. Ya habría tiempo de sobra para pensar en los momentos menos estelares de mi pasado.

La luz brillante de los corazones... las corapiedras se habían fortalecido mientras subíamos las escaleras para salir de la sala de magma, la más débil aún parpadeaba de forma alarmante. Fuera cual fuera el Valo al que perteneciera no duraría mucho más. Que muriera ahora, con la corapiedra a su alcance, sería horrible. Había confiado en Kai hasta ahora, bien podría continuar.

Me armé de valor y me levanté de un salto de la mesa. Con sumo cuidado, Kai recogió las corapiedras que aún quedaban junto a donde yo estaba sentada y se dirigió hacia las alcobas que bordeaban el pasillo principal de aquel nivel. Seguí su estela, observando su preciado cargamento para ver si reaccionaban ante sus dueños como lo había hecho el de Kai con él. Efectivamente, cuando nos acercamos a ellos, la corapiedra, algo apagada, se encendió y su brillo se intensificó.

Nos detuvimos frente a un Valo cerca de las escaleras que subían al tercer piso. Parecía un poco más alto que Kai, más ancho y musculoso. Pensándolo bien, todos los Valos de esta planta tenían cuerpos más corpulentos que Kai y los que había visto en la primera planta al entrar en la ciudad baja. Teniendo en cuenta la cantidad de metal en bruto y gemas que llenaban hasta el borde los múltiples almacenes de este nivel, solo podía suponer que eran Mineros o que al menos levantaban mucho peso.

Kai me entregó las otras dos corapiedras para que pudiera insertar la que ya no estaba tan desgastada y que parecía pertenecer a este Valo. Al recordar la violenta reacción de Kai cuando

volvió a conectar con la suya, retrocedí unos pasos por precaución. La corapietra se asentó en el pecho del Valo con un sonido de succión, seguido de una serie de pequeños chasquidos mientras unos ganchos con garras la rodeaban y la fijaban en su sitio. No había oído esos sonidos con Kai, pero entonces había empezado a gritar enseguida, tapándolos.

En el caso de este Valo, parecía más bien un motor acelerado. En cuanto la corapietra encajó en su sitio, se encendieron las luces cegadoras de su pecho y sus ojos. Un sonido retumbante resonó en su amplio pecho, aumentando en un lento crescendo. Su cuerpo se sacudió, una, dos veces, y luego echó la cabeza hacia atrás gritando. Las rodillas del alienígena se doblaron y Kai lo sujetó, bajándolo. Temblando, gruñendo y gritando de horrible dolor mientras hacía toda la transformación que yo había presenciado antes. Kai le habló en tono tranquilizador. No necesitaba entender sus palabras para leer entre líneas.

Cuando sus temblores remitieron, el Valo recién despertado levantó la cabeza para mirar a Kai, con una expresión de asombro en el rostro. Se llevó la mano al pecho, cubriendo la corapietra que latía en su interior.

—Yo *resnet*...— susurró—. Estoy completo *daju*.

Kai puso una mano en el hombro de su amigo y le dio un apretón.

—Sí, *Garathu*, lo estás. Nosotros estamos *yune*.

Allí de pie, mirándolos fijamente, me sentí conmovida e incómoda a la vez, como si me estuviera entrometiendo en algo personal. Me moví sobre mis pies, preguntándome si debía presentarme al chico nuevo o dejarles algo de espacio. Mi movimiento llamó su atención y levantó la cabeza para mirarme. Retrocedió y una expresión de horror se dibujó en su rostro.

Se me revolvió el estómago al ver crecer su masa corporal y su armadura de hielo con pinchos.

—¡*Rakheeja!* ¡*Rakheeja!*—su voz temblaba con una mezcla de miedo y rabia mientras repetía la palabra como quien susurra el nombre del coco.

Oh, mierda...

Significara lo que significara aquella palabra, el tipo parecía haber visto un monstruo y no saber si huir o romperle la cabeza—o más bien rompérmela a *mí*. Le recordaba a algo bastante malo, o más bien a alguien. Si se volvía loco conmigo, necesitaría una esponja y un cubo para recoger mis restos.

Se me aceleró el pulso y una sensación de terror me hizo sentir escalofríos. La magnitud de su angustia me tenía tan nerviosa que mis músculos estaban a punto de romperse. Retrocedí unos pasos y mi instinto de huida me gritó que corriera. La cabeza de Kai se inclinó hacia mí y levantó la palma en un gesto de detención.

—No, Lydia. Tranquila. *Zaktaul* es *Vureta*.

Zaktaul era *Vureta*, significara lo que significara. Dudé. Aunque confiaba en Kai, su amigo no solo era más grande que él, sino que también parecía más fuerte. Si decidía venir a por mí, dudaba que Kai fuera capaz de contenerlo. Sin embargo, huir podría desencadenar instintos

depredadores, así que, una vez más, acallé mi impulso. Obligándome a permanecer inmóvil, observé, impotente, cómo Kai intentaba acabar con los temores de su amigo.

Poniendo ambas manos sobre los hombros del Valo, Kai lo miró fijamente a los ojos.

—Tranquilo, Zaktaul —dijo Kai, con tono apaciguador—. *Ieru* no es una *Rakheeja*. *Ieru* es una *hoyna*.

—¿No? —Zaktaul preguntó antes de lanzar una mirada amenazadora en mi dirección.

—No. Lydia es *hoyna*.

Aunque seguía desconfiando, Zaktaul se relajó al escuchar a Kai hablarle de mi contribución a su despertar... al menos eso deduje de lo que oí.

—Entiendo —dijo Zaktaul, con la voz doble, como la de Kai en ese estado de transformación.

Se puso en pie, dos cabezas por encima de la forma humanoide de Kai, y me dirigió sus brillantes ojos azul hielo.

Oh, mierda.



CAPÍTULO 5

Qué estúpido fui al no haber previsto esto. Debería haber esperado su pánico y su ira. Hacía unos instantes, yo había experimentado la misma agonía al recordar los tiempos que viví antes de que me arrebataran la corapiedra. Todo lo que la Creadora nos había hecho se me vino encima. Nuestra libertad, nuestro libre albedrío, nuestra mortalidad e incluso nuestras emociones, robadas para crear los siervos perfectos... los esclavos perfectos.

Volvía a estar completo, y me dolía. La alegría y la tristeza me arañaban el alma, pero no podía detenerme en mis emociones recién recuperadas. El olor del miedo de Lydia impregnaba la habitación, despertando mis instintos protectores. Tenía que tranquilizarla. Zaktaul no le haría daño, ya no. Lo más probable era que yo hubiera reaccionado de forma similar si no hubiera hablado con ella antes de reunirme con mi corapiedra. Tendríamos que tener más cuidado al despertar a los demás.

Desde mi posición, mi agudo oído captó el aleteo de pánico de sus latidos. Sus pupilas, dilatadas por el miedo, ocultaban el hermoso color azul pálido de sus ojos, de un tono idéntico al de mi piel. Eran impresionantes y destacaban sobre su tez oscura, del mismo marrón cálido que la madera del árbol kumeri, muy codiciada, suave y flexible, pero increíblemente resistente. Ahora que podía apreciarlo plenamente, quería que sus ojos brillaran como lo habían hecho cuando disfrutó de la flor de la fruta de río congelada.

Di un par de pasos hacia ella. Los ojos de Lydia me miraron antes de volver a aferrarse a mi hermano. Sus brazos se tensaron alrededor de las dos corapiedras que aún tenía pegadas al pecho.

—Tranquila, Lydia —le dije con mi voz más suave—. Todo está bien.

Me acerqué más a ella y lo permitió, aunque su miedo no disminuyó.

—Lydia, te presento a mi amigo Zaktaul'dva Uur E'lek.

No pude evitar sonreír cuando sus ojos se pusieron vidriosos a medio camino de pronunciar su nombre. Sin ella, nunca me habría dado cuenta de lo desalentadores que podían parecer nuestros nombres a los desconocidos. Los Extraños no se habían encogido ante ellos. Por otra parte, nunca se preocupaban por nuestros nombres, sino solo por nuestras habilidades. La

mayoría de las otras especies Valo de Sonhadra no tenían nombres tan complejos como los nuestros. Bueno, complejos para los que no entendían su estructura.

—Zaktaul, te presento a nuestra salvadora, Lydia. Nuestros nombres son complejos para ella. ¿Le concederás el honor de llamarte Zak?

La miró con curiosidad.

—Me tiene miedo —dijo Zak, sonando sorprendido.

—Tu forma de batalla la intimida. Es pequeña y no tiene defensas naturales: ni garras, ni colmillos, ni sacos de veneno visibles.

—Ella realmente no es un Creador.

—No, no lo es —me volví hacia Lydia, que observaba nuestra conversación con creciente preocupación, y le dirigí una sonrisa tranquilizadora—. Ella tiene miedo. ¿No la apaciguarás?

—Sí —dijo Zak—. Ella nos ha devuelto la entereza a los dos. Tenemos una deuda. El honor es mío.

Sonreí a mi hermano y toqué con dos dedos mi corapiedra en señal de gratitud.

Dio un paso adelante. Lydia aspiró aire y se acercó a mí, buscando mi protección. Aunque no me gustaba que estuviera angustiada, de alguna extraña manera, me complacía que buscara mi seguridad.

Zak se detuvo y abandonó su forma de batalla, volviendo a su tamaño normal. El olor del miedo de Lydia se atenuó, y sus hombros se relajaron.

—Gracias, Lydia, por devolverme la corapiedra —dijo Zak, con voz retumbante a pesar de su tono amable—. Me honraría que me llamaras Zak.

Lydia me miró, con la incertidumbre grabada en el rostro.

Yo sonreí.

—Lydia, Qae —dije, señalándola a ella y luego a mí—. Lydia, Zak —añadí, señalándola a ella y luego a Zak.

Ella soltó un suspiro de alivio, me sonrió y luego le dedicó una tímida sonrisa a Zak.

—*Hoah, Zak. Ekantada e konoerte*

Zak parpadeó y me miró confuso. Tiré del lado derecho de la boca para expresar mi propia ignorancia de sus palabras. Señaló las corapiedras que aún acunaban los brazos de Lydia.

—Busquemos a sus dueños —dijo.

Me sorprendí a mí mismo casi haciendo el movimiento de cabeza de arriba abajo de Lydia y reprimí una sonrisa.

—Sí, procedamos.

Me volví hacia Lydia para decírselo, pero ya se había dado cuenta. Me entregó las corapiedras y, con Zak a la cabeza, avanzamos por las alcobas restantes.

Aunque su brillo se intensificaba, era evidente que sus dueños no estaban en esta planta. Si mis sospechas eran ciertas, cada uno de los altares exteriores correspondía a una clase específica de gólem y, por tanto, a una planta específica. Confirmando mi suposición, cuando llegamos a la

tercera planta, dedicada a los Artesanos como yo, ninguna de las corapiedras restantes se encendió. La de esta planta ya me había sido asignada. Sin embargo, el resplandor de la más brillante de las dos piedras aumentó sin cesar mientras nos dirigíamos a las escaleras del segundo piso.

Unos pasos pesados resonaron en la silenciosa habitación. Lydia se acercó más a mí y me rodeó el brazo con sus dedos cálidos y delicados. El agradable calor se filtró por mi piel, derritiendo el hielo de mi interior. Hacía demasiado tiempo que no sentía un calor que no me incomodara. Me pregunté qué sentiría al estar más en contacto con ella.

El alto y ancho cuerpo de Dukeeln entrando en el rellano me sacó de mis pensamientos errantes. El Constructor se detuvo al vernos. Su mirada nos recorrió, deteniéndose ligeramente en Lydia antes de fijarse en el precioso contenido que tenía en mis manos.

—Mi corapiedra me ha llamado —dijo Dukeeln con su voz grave, aún más profunda que la de Zak.

Mi corapiedra se hinchó de alegría al ver que otro de mis hermanos despertaba. Hasta ahora, no me había dado cuenta de la magnitud de la soledad que me aplastaba por todas partes. Cómo había echado de menos la compañía de los míos.

Hice ademán de avanzar hacia él, pero la mano de Lydia me apretó el brazo. Por supuesto, este recién llegado la asustaría. Tenía que ser aterrador para una criatura pequeña e indefensa como ella tener a tantos Valos enormes rodeándola. Peor aún, el hecho de no poder comunicarse adecuadamente con nosotros tenía que hacerla sentir aún más aislada. Como no quería angustiarla más, me quedé a su lado y le tendí la corapiedra a Zak para que se la pasara a nuestro hermano.

—Nuestra amiga Lydia recuperó para nosotros algunas de nuestras corapiedras —le dije.

Al informarle antes de volver a conectar con su corapiedra, esperaba limitar el riesgo de que entrara en pánico una vez que recuperara la memoria. Esta vez se quedó mirando a Lydia, examinándola de pies a cabeza. Por alguna razón que no podía explicar, la intensidad de su mirada me molestó. El impulso de empujarla detrás de mí para protegerla me sobrevino de la nada. Como si sintiera las emociones que me recorrían, Lydia se movió, acercándose aún más y se escondió parcialmente detrás de mí.

—¿Amiga? —preguntó Dukeeln, con un tono carente de emoción—. ¿No es hija de los Extraños? Se parece a ellos, pero no lo es.

—No, no lo es —respondí mientras Zak le entregaba a Dukeeln su corapiedra—. No estoy seguro de su especie, pero se enfrentó a grandes incomodidades a través de la sala de lava para recuperar nuestras corapiedras y protegerlas del calor.

—Muy bien —dijo Dukeeln antes de introducirse la corapiedra en el pecho.

Al igual que Zak y yo, sufrió el retorno de su memoria, el dolor de sus pérdidas y años de esclavitud bajo la Creadora y los Extraños. Zak sostenía a Dukeeln mientras yo susurraba palabras tranquilizadoras a Lydia, que ahora se aferraba a mi brazo con ambas manos. No sabía

cuántas de mis palabras entendía. Mi cerebro no funcionaba correctamente, abrumado por la embriagadora sensación del costado de su cuerpo apretado contra el mío.

Una vez recuperado, hice las presentaciones de rigor, y Dukeeln'vir Uur A'zuk consintió en que Lydia lo llamara Duke. Juntos, subimos al segundo piso y luego invocamos una plataforma de escarcha hasta el primer piso. Cuando Lydia nos vio a los tres sobre ella, se negó a subir, hablando a gran velocidad en tono de pánico. Con los ojos muy abiertos y el pecho agitado por una respiración frenética, sacudió con vehemencia la cabeza de un lado a otro cuando le tendí una mano invitándola a acercarse a nosotros.

Mis hermanos enarcaron las cejas, divertidos por su miedo a las alturas. Sin embargo, incluso después de añadir la barandilla, se negó a subir. Al principio, creí que la intimidante presencia de mis hermanos era la causa, pero luego me di cuenta de que no confiaba en que la plataforma soportara nuestro peso combinado. Me bajé, le di a Zak la corapietra y les dejé seguir antes de invocar otra plataforma para Lydia y para mí. Ella se acercó a mí de buen grado. El alivio y la gratitud en sus ojos despertaron de nuevo esa extraña emoción en mi interior. Velar por su bienestar me producía una inexplicable sensación de plenitud.

Aquella extraña hembra me fascinaba y despertaba en mí el deseo de saber más sobre ella.

Esta vez, mientras subíamos, no se aferró a la barandilla que yo había construido para tranquilizarla, sino que permaneció cerca de mí, con nuestros brazos desnudos rozándose.

Deseé que se aferrara a mí.

Cuando llegamos al primer piso, Duke y Zak ya estaban entrando en el vestíbulo circular donde hibernaban los Recolectores y los Cazadores. Momentos después, los gritos del hermano recién despertado rebotaron en las paredes y bajaron por el pasillo hasta nosotros. Los pasos de Lydia vacilaron. Sus piernas más cortas ya me obligaban a caminar más despacio, pero ahora era como si gateáramos.

No me importaba. En realidad, nos favorecía, ya que Duke y Zak tenían tiempo de poner al día a nuestro hermano sobre los últimos acontecimientos antes de que se encontrara cara a cara con Lydia. Llegamos a la entrada de la sala de recepción cuando los últimos gritos de agonía resonaban en la sala. Lydia y yo nos quedamos junto a la puerta, observando cómo Zak y Duke hablaban con Seibkal.

Seibkal alzó la voz, agitado. Se levantó en su forma de batalla y se puso en pie, dispuesto a atravesar a nuestros hermanos y salir corriendo. Zak y Duke levantaron las palmas en señal de apaciguamiento. Lancé una mirada a Lydia, tratando de mantener una expresión neutral en mi rostro.

—Quédate aquí, Lydia. Volveré.

Con los ojos muy abiertos, me rodeó el brazo con ambas manos para impedir que la abandonara. Mi corapietra se calentó al contacto. Aunque me dolía alejarme de ella, Seibkal me necesitaba. Los Cazadores eran los que más habían sufrido bajo el derrochador gobierno de la Creadora. Lideraron la rebelión contra los Extraños que provocó la pérdida de nuestras

corapiedras. Después de vivir durante siglos como esclavos insensibles, con nuestros pensamientos y acciones casi dictados por las compulsiones de nuestro supremo hacedor, este violento resurgimiento de las emociones fue traumático.

Le di unas palmaditas en el dorso de la mano y le sonreí para tranquilizarla.

—Tranquila, Lydia. Todo está bien. Volveré.

Ella vaciló y luego asintió con la cabeza.

—Okay —susurró.

Retiré suavemente mi brazo de sus manos y ella las dejó caer a su lado. Con una última sonrisa, corrí hacia mis hermanos.

—¡Ella ha vuelto! —gritó Seibkal, mientras su armadura se engrosaba a su alrededor—. ¡Nos someterá a su voluntad y volverá a convertirnos en monstruos!

—No, Seibkal —dijo Duke tan suavemente como le permitió su voz retumbante—. Tarakheen no ha regresado. La Creadora y los Extraños no han regresado.

—¿Por qué me despertaste entonces? —preguntó Seibkal, con su gran mano apoyada sobre la corapiedra—. ¿Por qué no dejarme en paz?

—Te estabas muriendo, hermano —dijo Zak—. Tu corapiedra no era más que un destello. Demasiados de nosotros hemos regresado a Sonhadra durante nuestro sueño.

Seibkal sacudió la cabeza, como si intentara asimilar lo que estaba oyendo.

—¿Pero cómo lo consiguieron? ¿Cómo cruzaron el lago de fuego?

—Tuvimos la ayuda de una amiga —dije, acortando la distancia con ellos—. Una amiga que nos ayudará a despertar a los demás para que podamos reconstruir nuestra amada ciudad de E'lek y reformar las tribus. Somos libres, hermano. Estamos completos de nuevo.

Seibkal giró la cabeza para mirarme, y el pánico de sus ojos dio paso a un atisbo de esperanza. La armadura de hielo que lo rodeaba retrocedió y su masa volvió a la normalidad. Sentí un gran alivio cuando me acerqué a él y le puse una mano en el hombro.

—¿Todos los demás? —exhaló—. ¿Las hembras?

Serían un gran problema, sobre el que aún no había tenido ocasión de reflexionar, pero encontraríamos una solución.

—Primero despertaremos a todos nuestros hermanos y luego, juntos, buscaremos la forma de llegar a la isla —puse en mi voz toda la convicción que pude reunir.

El asomo de una sonrisa estaba floreciendo en su rostro cuando algo llamó su atención por encima de mi hombro. Seibkal retrocedió, con los ojos abiertos de horror. Giré la cabeza para mirar por encima del hombro. Lydia, con los brazos alrededor del torso, parecía dispuesta a levantar el vuelo.

—Creadora —susurró Seibkal, con una voz llena de terror.

Giré la cabeza hacia él.

—No Seibkal. Es una amiga. No es una Creadora.

—¡Mentiste! —me espetó, resurgiendo su forma de batalla.

—Escucha...

—¡MENTISTE! —tronó.

Me empujó hacia atrás con su fuerza de batalla, enviándome a toda velocidad por la habitación.

—¡Kai! —gritó Lydia, con la voz llena de miedo.

Me estrellé contra el gran altar de piedra brillante del centro de la sala antes de que pudiera terminar de invocar mi propia forma de batalla. Mi armadura parcial absorbió la mayor parte del impacto, pero los dientes me crujieron en la cabeza. Aunque nuestros cuerpos “normales” eran más resistentes desde el cambio, no podíamos enfrentarnos a un Valo en forma de batalla sin quebrarnos.

Me puse en pie.

—¡No volveré a ser esclavizado! —gritó Seibkal—. ¡Ella no volverá a controlarme!

Intentó atravesar a Duke y Zak, ahora también en forma de batalla. Lo tiraron al suelo, pero él se defendió, gritando como una bestia herida. Aunque no era tan voluminoso como Duke o Zak, como Cazador, Seibkal era más rápido y estaba mejor versado en el combate. Se deslizó hasta librarse de ellos, retorciendo el brazo de Duke para obligarle a soltarse. Corrí hacia él y esquivé por muy poco el enorme puño que me lanzó. Duke y Zak volvieron a levantarse y me ayudaron a acorralarlo.

—¡Cálmate, Seibkal! —grité—. Ella no es una Creadora. Estás a salvo.

Pero incluso mientras pronunciaba esas palabras, sabía que el Cazador estaba demasiado lejos como para razonar con él. La locura en su rostro era un mal presagio. Si no encontrábamos una manera de someterlo rápidamente, podría dañarnos gravemente, o peor, a Lydia.

—¡MIENTES! ¡ELLA TE CONTROLA!

—Ella no puede controlarnos, hermano —dijo Zak—. Ella no es una Creadora. Recuerda que no se nos puede controlar una vez unidos a nuestras corapiedras.

Había dejado de escuchar. Su mirada oscilaba entre Lydia, Zak, Duke y yo. La lucha pareció agotarse en él y retrocedió dos torpes pasos. Sus ojos se desenfocaron y su brillo se apagó.

—No volveré. No volveré a ser esclavizado —murmuró en voz baja.

La armadura que cubría su pecho se abrió, dejando al descubierto la corapiedra.

—¿Seibkal? —grité, confuso.

La locura desapareció de sus facciones y en su lugar se instaló un inquietante aire de paz. Los cierres de la corapiedra se soltaron con un chasquido. Me invadió una sensación de presentimiento.

Los ojos de Seibkal se cruzaron con los míos.

—Nunca volveré a ser un esclavo —repitió, con tono de conversación.

Sabía lo que pasaría incluso antes de que lo hiciera. Sacó la corapiedra de su cavidad. Zak, Duke y yo corrimos a detenerlo. Nuestros movimientos parecían lentos, como si estuviéramos bajo el agua. Levantó la mano por encima de la cabeza y la bajó con todas sus fuerzas,

estampando la piedra contra el duro suelo de piedra helada. Estalló una luz cegadora que nos obligó a apartar la vista. El aire se cargó de energía que onduló sobre mi piel, y un dolor agudo me punzó el pecho. Seibkal cayó de rodillas antes de sentarse sobre sus ancas.

—Soy libre... —susurró mientras la luz se desvanecía de sus ojos.

Sus párpados se cerraron, sus hombros se hundieron y, con un último suspiro, dejó caer la barbilla sobre el pecho. Mientras observaba la muerte sin sentido de mi hermano, la sensación punzante de mi pecho se transformó en una llama abierta dentro de mi corapietra. El río de lava fluyó por mis venas, quemándome por dentro y por fuera mientras sentía la muerte de Seibkal.

Cediendo el control a mi forma de batalla, grité mi angustia. Duke y Zak, también transformados, unieron sus voces a la mía, rugiendo con la misma furia impotente. Incluso desaparecidos, esos dos veces malditos Creadores seguían destruyendo a mi pueblo. Quería correr hasta la parte alta de la ciudad y destruir las estatuas y las imágenes de Tarakheen hasta que no quedara nada de ella ni del dolor que nos había infligido. Lleno de rabia, levanté el puño, bramando mientras lo golpeaba contra el suelo, imaginando el rostro perfecto de Tarakheen bajo él.

Un chillido agudo me hizo girar la cabeza, atrayendo también la atención de Duke y Zak. A través de la bruma roja que me nublaba la vista, la esbelta silueta de una mujer se erguía en la puerta que conducía a la sala principal. Se llevó las manos a la cara, se tapó la boca con ellas y retrocedió temblorosamente, alejándose de nosotros.

Nos llegó el olor del miedo. Miedo y otro sutil aroma, delicado y fresco como la brisa de principios de invierno.

Lydia...

La niebla cayó de mis ojos.

Conteniendo mi dolor, me acerqué a ella, deseoso de asegurarle que todo iba bien. En lugar de eso, el pánico se apoderó de sus suaves facciones. Levantó las palmas de las manos hacia mí, suplicante, moviendo la cabeza de un lado a otro. El agua le goteaba de los ojos y le empapaba las mejillas.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —dijo con voz temblorosa.

Giró sobre sus talones y echó a correr.

—¡Lydia! —grité, y la perseguí.

El débil sonido de su corazón latiendo rápido y fuerte llegó a mis oídos. Me preocupaba que pudiera estallar. La necesidad de apaciguarla se apoderó de mí. El agrio aroma de su miedo me retorció las entrañas. Nunca debería tenerme miedo. Yo debería tranquilizarla. Con mi velocidad, la atrapé en un santiamén y la rodeé con mis brazos, con cuidado de no aplastarla. Lydia gritó, el tono agudo me punzó los oídos. Su cuerpo temblaba contra el mío.

Abrí la boca para calmarla, pero en su lugar se me escapó un grito de dolor. Una agonía abrasadora me recorrió el pecho y los brazos. El vapor me subió a la cara y me obligó a soltarla. Lydia echó a correr de nuevo, su piel palpitaba con un resplandor rojo como si la lava corriera

justo bajo la superficie. Incapaz de llegar al segundo piso sin mi ayuda, corrió hacia la sala de aguas termales, otro callejón sin salida.

Su llamarada no me había dañado, solo la capa exterior de mi armadura de hielo, que se curaría enseguida. No debería haberla perseguido en mi forma de batalla. Ya estaba bastante traumatizada por nuestra muestra de dolor. Pero si la hubiera atrapado en mi forma normal, estaría cubierto de ampollas.

Los pasos que se acercaban por detrás me hicieron darme la vuelta.

—No la culpamos de esta tragedia —dijo Duke.

Aunque no había pensado que lo harían, oír esas palabras alivió la preocupación que no me había dado cuenta de que acechaba en mi interior.

—Ella cree que sí. Es mejor que vaya con ella a solas. Está aterrorizada.

—Muy bien —dijo Zak—. Nos ocuparemos de nuestro hermano.

—Gracias —dije.

Sin otra palabra, me dirigí hacia el escondite de Lydia.



CAPÍTULO 6

LYDIA

No podía gritar más allá del miedo que me ahogaba. No podía pensar más allá del terror que nublaba mi mente. Un único pensamiento me impulsaba: *huir*. La única forma de salir de esta ciudad subterránea era corriendo a toda velocidad. Pero eran demasiado rápidos y me atraparían en un santiamén. Kai ya lo había hecho, una vez. Ese último arrebato para liberarme había agotado toda la energía que aún poseía. Solo la adrenalina me mantenía en pie. Su grito de dolor persistía en mis oídos. Tenía que haberle enfurecido aún más. Necesitaba alejarme, correr y esconderme de su furia.

El sonido de la corapiedra de aquel Valo haciéndose añicos sonaba en bucle en mi mente. Todavía se me erizaba la piel por el dolor, la angustia que había resonado en las voces de Kai, Duke y Zak mientras rugían de rabia. El odio y la violencia en sus ojos cuando se volvieron hacia mí prometían un castigo brutal. Algo en mí había llevado a su hermano a la locura.

Corrí hacia la sala de aguas termales. La temperatura no era tan alta como la de la sala de lava, pero me mantendría a salvo de ellos. Lo que daría por un acceso al nivel más bajo. Fuera cual fuese el daño que mi fuego había causado a Kai, este ya se había recuperado, y sus pesados pasos golpeaban el suelo detrás de mí mientras volvía a perseguirme.

Con el corazón y las piernas acelerados, golpeé la pared con la mano para mantener el centro de gravedad mientras entraba en la habitación. Sin aminorar la marcha, me zambullí en el manantial, con la esperanza de que fuera lo bastante profundo para no reventarme la cabeza en el fondo. El calor me envolvió. Casi me dejó hundir más. Mis pulmones, ya privados de oxígeno por mi frenética huida, tenían otras exigencias. Agotados y cansados, mis miembros luchaban contra mí, cada vez más pesados con cada brazada hacia la superficie. El aire frío acarició mi piel cuando mi cara se acercó a la superficie. Tragué aire con avidez y luego me atraganté con el agua que se coló en mi garganta y vías respiratorias al mismo tiempo.

—¡Lydia!

La voz de Kai me sobresaltó. En un movimiento de pánico para girarme hacia él, volví a hundirme y tragué más agua. Me ardía el pecho y me agitaba con movimientos lentos, incapaz de reunir fuerzas para mantener la cabeza fuera del agua.

¡Me ahogo!

El terrible pensamiento resonó en mi cabeza y mi sangre se volvió ácida por la falta de oxígeno. Mi visión se oscureció y mis brazos se convirtieron en plomo. A lo lejos, una voz gritó mi nombre.

Algo frío se aferró a mi muñeca y tiró de ella. Ingrávida, salí volando del agua antes de chocar contra una superficie fría y dura. Unos brazos fuertes me rodearon la espalda y me sostuvieron. Tosí y balbuceé, jadeando. Demasiado débil para moverme, luchar o incluso asustarme, yacía indefensa en los brazos de mi salvador. El calor de la habitación contra el frío de la piel de Kai me hizo estremecer.

—Tranquila, Lydia. Estás a salvo.

Su voz suave rezumaba preocupación. Cuando se me pasó la tos, Kai me apartó el pelo mojado de la cara con la punta de los dedos. Mirándole a través de una visión borrosa, abrí la boca para hablar, insegura de lo que quería decir, pero me faltaba la energía para formar palabras. Mi cabeza se inclinó mientras me recorría otro escalofrío. Apoyé la mejilla en su pecho y sus brazos me rodearon con fuerza. El corazón no me latía con regularidad. En cambio, de su corapietra emanaba un silbido con cada pulsación.

Su ritmo lento y constante me tranquilizó.

Kai me levantó en brazos y mi cuerpo se balanceó con cada uno de sus pasos fuera de la sala de aguas termales. Intenté protestar, pero de mi boca solo salió un murmullo medio coherente.

—Tranquila, Lydia —repitió Kai—. *Nesuur atu sier* a ti.

La tenue iluminación de la sala de aguas termales dio paso a la claridad del pasillo principal. Unas siluetas nebulosas entraron en mi campo de visión: Zak y Duke. La piel me hormigueaba con la sensación de ingravidez que suele preceder a la pérdida de conciencia. Tras haber agotado mi sistema, libré una batalla perdida contra él.

—¿Ella está *toreig*? —preguntó la voz apagada de Duke.

La respuesta de Kai se perdió en la oscuridad que me tragó.



Me desperté con el suave zumbido de la voz de Kai a mi derecha. Con los ojos cerrados, permanecí inmóvil, haciendo balance de mi situación actual. Debajo de mí, un pelaje mullido suavizaba la dura superficie sobre la que yacía de espaldas. La tela húmeda de mi toga improvisada se pegaba a mi piel. El hecho de que ya no estuviera empapada, a pesar de la temperatura más fresca de la habitación, indicaba que llevaba tiempo fuera de servicio. Mi temperatura corporal era mucho más baja de lo habitual. No me sorprendió, teniendo en cuenta que las aventuras de hoy me habían dejado exhausta.

Qué raro que me sintiera mareada estando tumbada. Moverme me parecía demasiado esfuerzo. Así que no lo hice y me concentré en las palabras de Kai.

—...te enseñaré dónde encontrarlos. El iwaki solo florece en primavera. Me encantaba su aroma antes del cambio, tan fresco y delicado. Simbolizan el renacimiento y los nuevos comienzos. Tú me los recuerdas. Por eso te he hecho una esta mañana.

Se me apretó el pecho al compararme con el símbolo de vida de los Valos, a pesar de lo que había pasado con su hermano. También me tocó la fibra sensible teniendo en cuenta que me habían acusado injustamente de causar cientos de muertes antes de condenarme a cadena perpetua en el *Concord*. Todo para que pudieran experimentar conmigo.

Por la nostalgia de su tono, pude imaginarme la mirada lejana que probablemente tenía Kai.

—Vienen en diferentes colores. Alimentamos con sus semillas a los paexi, los bichos brillantes que viste ayer en el jardín. Colorean la resina brillante que segregan y así es como ilumino los dibujos que esculpo en las paredes y en el hielo. Los Recolectores saben cómo hacer que los iwakis florezcan durante todo el año. Llevan tanto tiempo hibernando que durante los últimos siglos solo he podido conseguir resina coloreada durante dos ciclos lunares al año. Ahora, gracias a ti, nuestros jardines pueden prosperar de nuevo durante todas las estaciones.

Entonces me di cuenta de que había entendido cada una de sus palabras. Desde que me habló por primera vez esta mañana, mi traductor universal había estado trabajando horas extras para descifrar su lenguaje. Cuanto más hablábamos, más palabras identificaba. ¿Cuánto tiempo llevaba Kai así? ¿Era el mismo día?

Al abrir los ojos, reconocí el dibujo del techo como la habitación en la que había dormido antes. Levanté el hombro izquierdo para ponerme de lado, pero volví a caer. Sentía los miembros como gelatina y el vientre hundido. Las manos, frías y húmedas, me temblaban al mismo tiempo que mi corazón. Tenía que comer algo pronto o sufriría un shock hipoglucémico. Ya me había ocurrido dos veces durante los experimentos de la Dra. Sobin. Si entraba en coma, Kai probablemente no tendría a mano ni una pastilla de glucosa ni inyecciones de Glucagón para salvarme.

—¡Lydia! —Kai dijo.

En el borde de mi visión, su alto cuerpo se levantó del banco de hielo en el que había estado sentado antes de inclinarse sobre mí. La preocupación en su rostro borró cualquier temor persistente de que me culpara por la muerte de su hermano.

—C... Co... —murmuré, incapaz de formar la palabra.

—No entiendo tus palabras —lanzó una mirada escrutadora a mi cuerpo antes de volver a mirarme a la cara—. ¿Estás herida?

Se me revolvió el estómago con una punzada de hambre y luego gruñí. La cabeza de Kai se dirigió hacia mi vientre y su rostro se iluminó.

—Necesitas alimento. Te he traído algo —dijo, señalando la mesa junto a la cama.

Por fin percibí el dulce aroma que flotaba en la habitación. Se me hizo agua la boca al saber que la fruta de cáscara dura estaba tan cerca. El techo giró cuando levanté la cabeza. Cerré los ojos y volví a apoyarla en la almohada.

—Te ayudaré, Lydia.

Los fuertes brazos de Kai se deslizaron debajo de mí, levantándose como si no pesara nada. Se sentó en la cama y me acunó en su regazo. Con la mejilla apoyada en su hombro, volví a abrir los ojos para ver unas rodajas del pescado que había comido antes, la fruta dulce con la que Kai había hecho el helado y una pila de cubitos rojos.

—Empieza con los cubitos de gurahn —dijo Kai—. Zak los hizo para ti. No tienes que masticar. Deja que se derritan en tu lengua.

¡Bendito sea tu corazón!

Un zumo sobrecargado de azúcar habría sido ideal ahora mismo, pero aceptaría cualquier cosa. Kai cogió uno de los cubitos y me lo metió entre los labios separados. El dulce sabor de la manzana confitada explotó en mi boca. Chupé con avidez el cubito helado que se deshizo en una textura cremosa en mi lengua. La estruendosa risita de Kai contra mi costado me hizo darme cuenta de que había gemido de placer. Tragué y volví a abrir la boca para el siguiente cubito que me tenía preparado. Trozo a trozo, me dio las dos docenas de cubitos bajo los gemidos impacientes de mi estómago.

No habló mientras comía, solo tenía una sonrisa de satisfacción en los labios.

Cuando el último cubito desapareció por mi garganta, ya no temblaba ni me sentía mareada. Sin embargo, seguía cansada hasta los huesos. Por mucho que me atrajeran los filetes de pescado, no iba a arriesgarme a descongelarlos, aunque solo fuera con las manos. Cuando Kai extendió la mano hacia uno, negué con la cabeza.

—No. Tomaré la fruta en su lugar, por favor.

Con la mano aún sobre los filetes de pescado, se volvió para mirarme con una expresión interrogante en el rostro.

—¿No te gustan? —preguntó.

Me mordí el labio inferior. Aunque me había salvado de morir ahogada y me estaba cuidando, revelar el alcance de mis vulnerabilidades sonaba a mala idea.

—Sí, me gustan. Pero por ahora, prefiero la fruta.

Las líneas angulosas de su rostro se afilaron aún más cuando me miró fijamente, con las cejas cristalizadas fruncidas. Pude ver cómo le daba vueltas la cabeza, cómo le brillaban los ojos y cómo fruncía el labio inferior.

Entonces me di cuenta de que me rodeaba con cada parcela de su frío cuerpo y de que su cara estaba a un pelo de la mía. Como él solo llevaba un taparrabos y yo una toga que apenas me cubría, estábamos piel con piel en casi todo lo que tocábamos. Fue agradable. Muy agradable. El calor me subió por la mejilla ante la inesperada intimidad y las mariposas volaron por mi vientre.

—Estás demasiado débil para calentar el pescado —dijo Kai.

¿Qué?

Tardé un momento en volver a centrarme en el tema. La astuta deducción de Kai ahogó mis inoportunas cavilaciones.

—Sí —admití con reticencia—. Se necesita mucha energía para encenderme o congelarme. Tengo que usarla sabiamente.

Asintió con esa forma suya tan peculiar.

—Te vi flaquear abajo, debilitándote a cada paso. Si hubieras caído más lejos, no habría podido ayudarte.

La expresión angustiada de su rostro despertó en mí algo que había permanecido latente durante demasiado tiempo. Últimamente, muy poca gente se había preocupado por mí. Incluso antes de mi condena, amigos y familiares se habían distanciado de mí. No podía culparles e incluso animé a los pocos de mi familia que no me abandonaron a que lo hicieran cuando quedó claro que yo sería el chivo expiatorio. El estigma de la culpa por estar relacionados a mí les habría destrozado la vida.

Quinn, Preta y Zoya habían sido mi salvavidas una vez que aterricé en aquella desdichada penitenciaría, aunque nos separaron a todas demasiado pronto. Una vez más, me pregunté si alguna de ellas conseguiría salir y si volveríamos a vernos. Yo apostaba por Quinn. Su loca Dra. Craig había intentado hacerla inmortal o algo por el estilo haciéndola capaz de curarse a través de cualquier cosa. Mi propia científica me dijo que Craig por fin lo había conseguido. Por lo tanto, era justo suponer que Quinn habría sobrevivido al accidente o al menos sanado a través de él.

¿Me ayudaría Kai a buscarla?

Sonreí.

—Estoy bien. Me sacaste a tiempo.

Dos veces.

—No habría sido un problema si no hubiera gastado tanta energía antes secándome la toga y explorando la cueva.

Arrugó el ceño, pero no parecía del todo convencido. Kai cogió la mitad de la fruta de cáscara dura y la sostuvo con la mano izquierda, mientras me rodeaba con el brazo.

—¿Cómo se llama esa fruta? —pregunté, señalándola con la barbilla.

—Es una fruta de río.

Su pecho vibró contra mí cuando dijo esa palabra, haciéndome sentir un cosquilleo en la piel. La forma en que Kai pronunciaba las erres me recordaba al ronroneo de un gato. Era muy sexy.

—¿Cómo es que ahora nos entendemos tan bien? —pregunté para distraerme de aquellos pensamientos sensuales y por auténtica curiosidad.

Kai levantó la mano que tenía libre y me acarició la parte posterior de la oreja izquierda con dos dedos.

—He hablado con tu aparato.

Se me puso la piel de gallina mientras un enjambre de mariposas jugaba a atraparme en el estómago. No esperaba que su tacto fuera tan suave.

Los labios de Kai se entreabrieron, el brillo de sus ojos se intensificó cuando miró mi piel.

—No pasa nada —le dije—. A veces pasa con mi especie.

Sobre todo cuando estás sentada semidesnuda sobre un alienígena sexy aún más desnudo que me toca como tú acabas de hacerlo.

Su ceja derecha se crispó, y Kai parecía querer tocarme la piel para sentir las protuberancias. Se me hizo un nudo en la garganta de anticipación y las mariposas se dispararon. Levantó la mano, pero en lugar de tocarme, agitó los dedos y un remolino blanco de escarcha los nubló antes de consolidarse en una cuchara de hielo.

Carraspeé para ocultar mi decepción.

—¿Cómo... cómo sabías que tengo un aparato de traducción ahí? —pregunté.

Sonrió.

—Has pulsado ahí varias veces esta mañana después de que yo hablara y mis palabras te confundieran. Pero cuanto más hablábamos, más parecías entenderme. Como estuviste inconsciente mucho tiempo, decidí hablarle a tu aparato para que aprendiera mi idioma.

Dulce, sexy e inteligente. Este extraterrestre es un guardián.

Pero algo seguía sin cuadrar.

—¿Cuánto tiempo he estado ausente para que hayas puesto al día mi traductor?

Kai ladeó la cabeza, con las cejas fruncidas.

—¿Ausente? —preguntó.

—Inconsciente.

—Oh. Por lo menos cuatro horas.

Vaya ... bueno.

¿Pero medimos el tiempo de la misma manera? No es que realmente importara ahora, pero aun así...

—¿Y hablaste conmigo todo el tiempo?

—Sí. Te hablé de la creación de Sonhadra cuatro veces, te describí las muchas especies de Valos dos veces, te expliqué el proceso de esculpido en hielo, madera y piedra, las mejores prácticas para iluminar las tallas, así como el cuidado y la alimentación de los paexi. Fue entonces cuando despertaste.

Parpadeé.

—¿No te cansaste?

Parecía desconcertado por la pregunta.

—No. Podría haber seguido durante días. Hacía mucho que no hablaba con nadie, y fue útil.

Kai parecía tan inocente que una vez más luché contra el impulso de abrazarlo.

—Sí, lo fue. Me alegro de que tuvieras paciencia. Gracias.

Sonrió, y su corapietra brilló más.

¿Se está sonrojando?

Ese pensamiento me hizo entrar en calor.

—Pero ¿cómo me entiendes? Le enseñaste tu idioma a mi traductor, pero eso no te enseñó el

mío.

—No conozco el tuyo —dijo Kai, con naturalidad—. Estás hablando el mío, y tu acento es exquisito.

Me quedé boquiabierta y me ardieron los oídos. No lo sabía. En la Tierra, la mayoría de la gente tenía traductores. Siempre supuse que hablábamos en nuestros respectivos idiomas. Puede que lo hiciéramos, pero yo compensaba aquí, ya que él no hablaba el mío.

—Gracias —dije, sintiéndome cohibida.

Mi mirada se posó en la fruta de río que aún sostenía en la mano. Kai la había preparado de forma diferente a la de ayer. Había vuelto a remover la pulpa blanca y viscosa, pero esta vez había mezclado algunas bayas rojas—probablemente las mismas que se utilizaban en los cubitos congelados que yo comía—y algo más, más oscuro, parecido a los frutos secos. Al notar lo que había llamado mi atención, Kai cogió una cucharada y me la dio. Aunque había recuperado las fuerzas suficientes para hacerlo yo misma, no podía dejar pasar la oportunidad de que me mimara.

¿Que te mime o que te envuelva con su cuerpo musculoso?

Sinceramente, ambas cosas. El último año, entre mi juicio y mi encarcelamiento a bordo del *Concord*, me había enseñado a apreciar cada momento de felicidad o consuelo que se me presentaba. Hacía falta muy poco para que tu vida diera un vuelco o se extinguiera por completo. No podía ni imaginar lo que me deparaba el futuro. En los últimos días, habían experimentado conmigo, había aterrizado de emergencia en un planeta misterioso, había escapado del incendio que mató al equipo médico, había sido perseguida por una familia rabiosa de bichos gigantes que abrazaban árboles, había sobrevivido a una intoxicación alimentaria aguda y a una caída por una cascada enorme, y había evitado por los pelos ahogarme, dos veces. Así que sí, tenía la intención de aprovechar *al máximo* cada momento.

El primer bocado me devolvió al aquí y ahora. Mis ojos se abrieron de par en par cuando el sabor a mango, papaya y miel floreció en mi lengua, aderezado con manzana confitada y crujientes nueces tostadas. Era orgásmico.

—¡Esto está taaaaan bueno! —gemí con la boca llena.

Kai sonrió, mostrando unos dientes blancos y afilados como perlas en los que no me había fijado antes. Tragué sin terminar de masticar. La comida se atascó en mi garganta antes de reanudar dolorosamente su camino hacia mi estómago. La absurda idea de que me estaba engordando para comerme después no me abandonaba ahora que había entrado en mi mente.

Su sonrisa se desvaneció y ladeó la cabeza ante mi repentino cambio de humor.

—No me vas a comer con esas, ¿verdad? —pregunté, con los dedos jugueteando con el borde raído de mi toga.

Parpadeó.

—¿Esas qué? —preguntó Kai—. Y no, los Valos ya no comemos desde el cambio. Y antes de eso, no comíamos gente. ¿Por qué piensas eso?

Me removí en su regazo, preguntándome hasta qué punto debía ser sincera.

—Es que... tienes los dientes muy afilados —dije en voz baja.

Se rio entre dientes, abriendo los ojos con incredulidad.

—Y tú tienes dientes muy romos, como los comedores de plantas. Sin embargo, ¿no te gusta el pescado y quizá tampoco la carne?

Asentí, con las orejas ardiendo de vergüenza.

—¿Debo temer que intentes comernos a mis hermanos y a mí?

Le hice una mueca, su tono suave y burlón me aseguró que estaba bromeando.

—Quizá algún día. Por ahora, me quedaré con el pescado y la fruta de río —dije en el mismo tono, esperando que entendiera que era una broma.

La sonrisa de Kai se ensanchó. Me provocó cosas raras y deliciosas.

—Pero... ¿cómo sobrevives si no comes? —pregunté—. No pareces una máquina.

¿Puedo meter más la pata?

Los rasgos afilados de Kai se suavizaron y su ceja derecha volvió a crisparse. Me pregunté si sería una señal de diversión. Mientras cogía más de la mezcla de frutas y me la llevaba a los labios, me di cuenta por primera vez de que sus dedos, aunque parecidos a los míos, no tenían uñas. Ansiosa por no volver a hablar fuera de turno, di la bienvenida a la cucharada, disfrutando del crujiente de los frutos secos.

—Antes del cambio, mi pueblo comía frutas, carne, pescado, verduras, cereales y mucho más preparados de todas las formas más maravillosas —dijo con voz melancólica—. Como Valos, ya no necesitamos el sustento tradicional. A nosotros, los Valos del Norte, el sol nos proporciona nuestra mayor fuente de energía. En su ausencia, absorbemos los nutrientes y la humedad directamente del aire. Pero podemos sobrevivir durante largos periodos sin el sol.

Mientras hablaba, Kai seguía alimentándome.

—Mis hermanos, en sus alcobas, han entrado en hibernación. En ese estado, nuestros cuerpos necesitan un mínimo de recursos para funcionar. Así que el aire nos proporciona más que suficiente para mantenernos durante décadas, incluso siglos.

Abrí la boca para hacer una pregunta, pero me lo pensé mejor.

Kai entrecerró los ojos. No le había engañado.

—Entonces querías preguntarme por qué han muerto algunos de ellos, ¿me equivoco?

Mis mejillas se encendieron y asentí, incómoda. Me parecía un tema demasiado delicado después de lo que había pasado antes.

—Murieron porque perdieron las ganas de vivir —dijo Kai, con dolor en la voz.

El brillo de sus ojos se intensificó cuando se clavaron en los míos. Su expresión, grave y solemne, contenía una pena infinita.

—Lo que le pasó a Seibkal no es culpa tuya.

Se me escapó el aire. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de cuánto había necesitado oírle decir esas palabras. No me creía responsable, pero algo en mí había llevado a ese

pobre Valo al límite, y quería entender qué fue.

—Come, Lydia. Todo está bien.

Abrí la boca para recibir otro bocado.

—La Creadora destruyó todo lo que éramos —dijo Kai con una mezcla de ira y tristeza—. Bajo su mando, los Extraños nos cambiaron, nos convirtieron en Valos y nos esclavizaron. No respetaban la vida ni el equilibrio de la naturaleza. Vinieron y tomaron sin importarles las consecuencias.

Un gruñido apareció en su voz mientras su rostro se endurecía.

—Nos rebelamos, luchamos, pero tenían poderes que no podíamos combatir. Nos arrancaron las corapiedras, robándonos nuestro libre albedrío, nuestras emociones, nuestro orgullo. Nos convirtieron en marionetas obedientes.

Kai casi escupió las últimas palabras. Se me estrujó el corazón cuando unas afiladas púas de hielo asomaron por sus brazos y hombros en respuesta a sus emociones.

—Un día, se marcharon sin decir palabra. Nos quedamos sin sentimientos, siguiendo la rutina que nos habían encomendado hasta que ya no hubo gemas ni mineral que extraer, y las cosechas sin comer se pudrieron en el almacén. Sin un propósito, mis hermanos estaban perdiendo la cabeza, así que se fueron a dormir, esperando a que volviera la Creadora. Pero nunca lo hizo.

Eso explicaba tantas cosas y, sin embargo, planteaba tantas preguntas. Qué horrible debió de ser durante todos esos años observar, impotente, cómo uno a uno sus hermanos abandonaban la espera y sus luces se apagaban. En cierto modo, no tener su corapiedra había sido una bendición para que no sintiera el dolor de su pérdida. Quería abrazar a Kai y consolarlo, pero no sabía si acogería bien el gesto.

—La Creadora y los Extraños... ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? —pregunté.

—No lo sabemos. Un día vinieron del cielo. Los acogimos como huéspedes, les abrimos nuestras casas, alimentamos y dimos cobijo al puñado de ellos que decidió no dormir en sus naves.

Su ceño se arrugó y un nervio le hormigueó en la sien, junto a la aleta en abanico de su oreja.

—Durante días, habitaron entre nosotros, estudiándolo todo, incluso a nosotros. Decían que era una investigación científica para llevar a su pueblo las maravillas de Sonhadra cuando se marcharan. Y entonces, un día, nuestra gente no volvió de cazar. Enviamos partidas de rescate y tampoco regresaron.

Kai lanzó un suspiro, con la mandíbula apretada mientras rememoraba los acontecimientos. Me acercó otra cuchara a la boca y me recordó que debía comer. El maltrato al que se habían enfrentado me había quitado mi legendario apetito. La suave textura del helado se me hizo viscosa en la garganta, pero me obligué a tragar. Mi cuerpo necesitaba combustible para recuperarse del sobreesfuerzo.

—A la mañana siguiente, se suponía que todos iríamos en un solo grupo en lugar de los pequeños grupos que seguían desapareciendo. Pero nos despertamos y nos encontramos atados a

las naves de los Extraños mientras realizaban horribles experimentos con nosotros. Aún puedo oír los gritos de mi gente. No nos habíamos dado cuenta de que ya habían empezado a experimentar con las tribus Valos del Norte nómadas.

—¿Nómadas? —pregunté.

—Mi pueblo está dividido en cinco tribus —explicó Kai—. Esta es nuestra ciudad principal, E'lek, que nos une a todos. Las otras cuatro tribus, O'Tuk, I'Xol, A'zuk, a la que pertenece Duke, y U'Gar, a la que pertenece Seibkal, eran nómadas. Proporcionaban a E'lek los recursos que de otro modo no estarían disponibles cerca de la ciudad. Nosotros los transformábamos en productos refinados para comerciar con otras ciudades de Valos. Podían pasar de dos a tres ciclos lunares sin que los viéramos, así que no cuestionábamos su ausencia.

Eso tenía sentido. Comportamiento depredador estándar; apuntar primero a la presa aislada para adelgazar la manada.

—Cuando terminaron, nos habían concedido el don de la escarcha y la inmortalidad, pero nos habían quitado la libertad y, más tarde, el libre albedrío.

—¿Conservaron su libre albedrío al principio? —pregunté, mientras me daba la última cucharada de la primera mitad de la fruta.

—Sí. Éramos como yo soy ahora, con sentimientos, recuerdos de nuestro pasado y pensamientos independientes. Los Extraños podían someternos a su voluntad con un dispositivo que llevaban en las muñecas. Causaba un dolor terrible cuando les desobedecíamos o les desafiábamos —me miró, como si quisiera hacerme comprender el alcance de su sufrimiento—. Sentíamos como si nuestra corapietra fuera a arder en nuestro pecho. Sin embargo, Tarakheen, la Creadora, no utilizaba un dispositivo que pudiéramos ver. Pero, con una mirada, ella podía ponernos a todos de rodillas.

Kai puso la concha vacía sobre la mesa, pero esta vez señalé al pez. Me miró confuso.

Sí, cariño, una chica puede cambiar de opinión.

No era tanto que hubiera cambiado de opinión, sino que entre los cubitos que se derretían y la primera mitad de la fruta, había recuperado fuerzas suficientes para descongelar los filetes de pescado sin hacerme daño. También me vendrían bien las proteínas y el hierro. Y, maldita sea, ¡esas cosas estaban súper sabrosas! En todas las tragedias que me habían ocurrido, mi alto metabolismo era mi mayor bendición. Con lo que me gustaba la comida, necesitarían una grúa para transportarme.

O un gran elemental de hielo...

Kai me dio uno de los filetes de pescado, que casi le arranqué de las manos en mi codicia.

—Continúa, por favor —le dije, descongelando el primer trozo.

Sus labios se estiraron en una sonrisa divertida.

—Tarakheen quería los recursos encontrados en esta cueva, principalmente el mineral xorkeb, que creía que tenía propiedades especiales, y nuestras gemas arwal, aunque solo las verdes. Así que los Extraños nos echaron de la ciudad alta, que tuvimos que adaptar a sus

necesidades, y esta cueva se convirtió en nuestro hogar. Se expandió a medida que la minábamos para ellos. Cada dos lunas, llegaba una de sus naves y la cargábamos con un nuevo cargamento.

Después de engullir el primer filete de pescado, miré la pila de cuatro que quedaba. Antes de que pudiera preguntar, Kai extendió su largo brazo y me dio otro trozo.

—Entonces, ¿por qué se fueron? Si el mineral y las gemas eran tan valiosos como para sacrificar a toda una población, ¿por qué dejar todo eso atrás? —pregunté.

No sabía si el mineral tendría valor en la Tierra, pero apostaba a que las gemas sí. Con la cantidad que tenían escondida abajo, probablemente podría comprar todos los países del mundo.

—Eso tampoco lo sabemos —dijo Kai, con una expresión sombría en el rostro—. Quizá les habíamos proporcionado las cantidades que necesitaban. Quizá encontraron algo mejor en otra parte. Antes de que llegaras, una parte de mí quería que regresaran para que mis hermanos despertaran en lugar de morir mientras dormían. Sin embargo, otra parte de mí pensaba que tal vez la muerte era mejor que la esclavitud.

Se me contrajo el pecho ante la cruda emoción que cruzó sus facciones. Me miró con asombro, como si no pudiera creer que yo fuera real.

—Ahora, espero que nunca vuelvan —susurró, con su corapietra brillando ferozmente—. Tú eres nuestro iwaki, nuestro renacimiento, la promesa de una nueva vida.



Con el estómago hinchado por el exceso de comida, caminé junto a Kai de camino a la parte alta de la ciudad. Después de comer, y con mucha vergüenza, le expresé mi urgente necesidad de ir al baño. Él parecía aún más avergonzado, no por el tema, sino por no haberlo pensado antes. Nada justificaba su culpabilidad. Después de siglos de depender exclusivamente del sol y la humedad del aire para sobrevivir, las funciones corporales básicas estaban a años luz de su mente.

En la ciudad baja no había baños, cocinas ni zonas de recreo. Al no necesitarlos, los Valos no se habían molestado en construirlos a medida que disponían de más espacio gracias a sus esfuerzos mineros. Como no comían ni dormían, me preguntaba por qué tenían dormitorios, pero decidí evitar ese tema tan delicado. Kai creía que las viviendas de los Extraños en la parte alta de la ciudad me proporcionarían todo lo que necesitaba, excepto comida. Salimos al pasillo principal desde el serpenteante corredor que conducía a los dormitorios y casi chocamos con Duke. Él también había doblado la esquina, viniendo desde la dirección opuesta, con las manos cargadas con un gran cajón de madera.

Por instinto, salté un par de pasos hacia atrás, dispuesta a correr.

A pesar de haber recuperado su forma normal y de la ausencia de agresividad en sus rasgos, los anchos hombros, los voluminosos brazos y la imponente altura de Duke me intimidaron. Los cristales de su ceja derecha se crisparon, como lo había hecho antes la de Kai.

¿Se está riendo de mí?

—La hembra es aún más asustadiza que un sekubu salvaje —dijo Duke, sonando divertido—. Debes decirle que no me tema. No le deseo ningún mal. De hecho, vengo con regalos.

Eso llamó mi atención.

—¿Regalos? —pregunté, antes de que Kai pudiera responder—. ¿Me has traído regalos?

Con los ojos clavados en el recipiente que Duke tenía en las manos, me incliné hacia delante, medio escondida detrás del hombro derecho de Kai. Como todo lo demás en E'Lek, remolinos florecientes adornaban el cofre, con algunos de los patrones iluminados con la resina brillante que Kai había mencionado antes. Parecía tenue en comparación con las iluminaciones de aquí. Solo podía suponer que había sido construido hacía mucho tiempo.

Duke retrocedió sorprendido y sus grandes ojos se abrieron aún más.

—¡Dices nuestras palabras!

El pecho de Kai se hinchó y una mirada de suficiencia se dibujó en sus rasgos afilados. Era simpático, como un niño que presume orgulloso de su logro ante un hermano.

—Le enseñé nuestro idioma al aparato del habla de Lydia mientras descansaba.

—Bien hecho, Qaezul —dijo Duke, dejando su carga en el suelo.

Inquieta por la curiosidad, di un paso adelante. Duke presionó con el pulgar uno de los remolinos de la tapa. Se hundió y reveló el mecanismo de apertura oculto. La tapa se abrió en dos, deslizándose, y luego cada mitad se dobló contra los lados. Estiré el cuello para mirar dentro. Dos montones de telas de colores cuidadosamente dobladas llenaban el baúl hasta el borde.

¡Ay, Dios! ¿Podría ser?

Duke cogió una tela azul hielo con dibujos lineales blancos y brillantes. La levantó ante mí y dejó que se desenredara. Chillé al ver la túnica fluida de manga larga y cuello redondo. Me puse en pie de un salto y aplaudí emocionada. Los jirones que quedaban de mi *toga* estaban a un par de días de desintegrarse en mi espalda. Nunca se había pensado que una manta quirúrgica sirviera como ropa de supervivencia.

Olvidados todos mis temores, corrí hacia Duke, que me tendió la túnica. La cogí y la estiré contra mi pecho para comprobar cómo me quedaba. La persona a la que había pertenecido debía de ser muy alta. El dobladillo casi me llegaba a las rodillas y las mangas parecían demasiado largas, al menos por dos manos.

Me daba igual.

¡Ropa limpia!

Y la tela... Me llevé la manga a la cara y la froté contra la mejilla. La suavidad de la cachemira acariciaba mi piel, incluso donde la resina coloreaba la túnica. Aunque lujoso, el material no parecía endeble ni delicado, sino tan resistente como el ante.

Abrumada por la gratitud, miré la cara de desconcierto de Duke y le di un beso en la mejilla.

—¡Gracias!

Di vueltas, con la túnica aún apretada contra mí. Mi vejiga frenó en seco mi entusiasmo. El repentino movimiento me recordó que la presa estallaría en cualquier momento, con o sin mi consentimiento. Apreté la túnica con el puño y cerré las piernas de golpe por miedo a ensuciarlas. Lancé una mirada de pánico a Kai, que me devolvió la mirada con la mandíbula apretada y el labio inferior, normalmente grueso, contraído en una fina línea. Su reacción me confundió.

—¿Pasa algo? —preguntó Duke.

—¡Tengo que hacer pis! —dije entre dientes.

Sin inmutarse, Duke ladeó la cabeza.

—¿Qué tienes que hacer?

—Tiene que orinar —dijo Kai en tono cortante—. La estaba llevando a las instalaciones de higiene.

Oh, Dios...

¿Por qué el término apropiado lo hacía mucho más embarazoso?

—Ya veo —dijo Duke. Cerró la tapa del cofre y lo empujó contra la pared, luego sacudió la cabeza hacia la entrada—. Por aquí.

Ardiendo las mejillas y las orejas, le seguí, contoneándome como un pato. A medida que caminaba, la presión disminuía, dándome un respiro temporal, y aceleré el paso. Un par de veces, un retortijón en el estómago me obligó a detenerme, con los ojos y las piernas cerrados mientras luchaba contra el impulso de dejarme llevar. Cuando entramos en el vestíbulo circular, no pude evitar echar un vistazo a la alcoba donde los chicos habían despertado a Seibkal. Estaba vacía. Desvié la mirada y no pregunté qué habían hecho con él.

El aire fresco y limpio besó mi piel cuando salimos de la ciudad baja y nos acercamos a las escaleras. El primer escalón me hizo darme cuenta de la tarea imposible que tenía ante mí. Levantar el pie para subir el primero me hizo doblarme, segura de que esta vez me haría un lío. Con los dientes apretados y las manos empuñando la túnica que aún sostenía, luché contra el ardor de mi vejiga desbordada.

Duke, que iba unos pasos por delante, se dio la vuelta y me miró, enarcando la ceja derecha. Me entraron ganas de darle un puñetazo a aquel cabrón engreído.

—Te ayudaré —dijo, bajando de nuevo.

La risa en su voz me irritó, pero mantuve la boca cerrada, demasiado agradecida por su ayuda.

—La tengo —espetó Kai, sobresaltándonos a Duke y a mí.

Duke dejó caer los brazos que había extendido hacia mí mientras los de Kai se deslizaban por detrás de mis rodillas y mi espalda, levantándose como a una novia. No me miró ni a mí ni a Duke y subió las escaleras como si quisiera aplastarlas bajo sus pies.

¡Mierda! ¡Está celoso!

Me mordí el interior de las mejillas para no sonreír e inmediatamente me sentí fatal por ello.

Su posesividad me hizo sonreír. ¿A quién no le gusta sentirse deseada, sobre todo por alguien tan atractivo y dulce? Sin embargo, no quería ser la causa del drama entre ellos. Aquel beso en la mejilla de Duke había sido inocente y un impulso del momento. Pero Kai tenía razones para estar molesto. En los últimos dos días, me había alimentado, salvado dos veces, enseñado su idioma y cuidado de mí. Ni siquiera recordaba haberle dicho “gracias” más de una vez. Entonces llega su hermano, me enseña una bonita prenda de ropa y me le echo encima. Aunque no lo había dicho con esa intención, podía ver cómo las percepciones podían ser engañosas.

Duke lanzó una mirada de evaluación a Kai y le siguió sin decir palabra. No había percibido ningún interés romántico en Duke. A pesar de su aspecto de tipo duro, me parecía un osito de peluche con un gran sentido del humor escondido bajo la superficie. El típico hermano mayor que disfrutaba tirándole de las coletas a su hermanita, pero que le llevaba un helado como disculpa si alguna de sus bromas iba demasiado lejos.

Cuando llegamos al rellano, los rayos del sol encontraron mi piel expuesta a pesar de la luz mortecina del final de la tarde. Kai no me bajó como yo esperaba, sino que siguió caminando hacia la parte alta de la ciudad.

Queriendo romper el incómodo silencio, señalé la alta estatua femenina que había a la entrada de la ciudad.

—¿Es esa Tara...? Hmm... Lo siento, olvidé su nombre.

—Sí —dijo Kai—. Esa es Tarakheen, nuestra Creadora. Como puedes ver —dijo, moviendo la barbilla hacia la ciudad—, ella se quería mucho.

Incluso en la oscuridad de la noche, al entrar por primera vez en la ciudad, me había fijado en las numerosas tallas que la representaban. A la luz del día, el estado de abandono de la parte alta de la ciudad era aún más evidente. Las sombras habían ocultado la cantidad de nieve acumulada, carámbanos y escombros arrastrados por el viento. Sin embargo, alguien—probablemente Duke—había abierto un camino hasta una de las grandes mansiones y había limpiado parcialmente su fachada del hielo y la escarcha que cubrían sus tallas. Un rostro masculino de raza similar a la de Tarakheen adornaba un cameo sobre la entrada principal.

Había llegado a la conclusión de que Tarakheen había sido una especie de líder de expedición y los Extraños su tripulación o personal. Por lo que parecía, varios equipos de este tipo habían aterrizado en toda Sonhadra, y sus respectivos líderes se habían convertido en el *Creador* de las demás tribus o razas que habitaban el planeta. Si había entendido bien, los de Kai eran los únicos con poderes de escarcha. Otros Valos se habían transformado para manipular un elemento diferente, como el fuego, el aire, el agua, etc.

—¿Tú tallaste todo esto? —pregunté, señalando los adornos.

—Sí —dijo Kai, con una pizca de orgullo en la voz—. En todos estos edificios y también en el interior.

—Es impresionante —dije.

Sonrió, la tensión abandonó por fin sus rasgos, y me abrazó con más fuerza.

Aquella confesión se debió a un auténtico asombro, no al deseo de apaciguarle. La delicadeza y precisión de cada línea en una superficie de piedra tan grande y dura me dejó sin palabras. Esto no era como el trabajo en yeso, en el que si rompías un poco de más podías añadir más yeso y arreglarlo. Una vez que rompías la piedra, no se podía hacer más nada.

Duke tomó la delantera. Aunque se trataba claramente de la entrada, la puerta no tenía picaporte ni cerradura o mecanismo de apertura visibles. El Constructor Valo se acercó a la puerta y presionó con los dedos el patrón sin juntas de la pared junto al marco de la puerta. Al igual que con el cofre, una sección de la pared, del tamaño de un ladrillo pequeño, se deprimió y la gran puerta se deslizó abriéndose con un sutil sonido. Por alguna razón, había esperado el gruñido pesado y rechinante de roca contra roca.

Mientras Kai me llevaba al otro lado del umbral, eché un vistazo a la pared donde Duke había activado el mecanismo de apertura. Había vuelto a su estado predeterminado. Si no le hubiera visto hacerlo, no creería que hubiera un interruptor oculto en algún lugar del patrón.

La puerta se cerró tras nosotros. Una gran sala, similar a la de la ciudad baja, nos recibió. En el centro había una versión más pequeña del altar de piedra cubierta de elaboradas tallas. Aquí no había alcobas de gólems en las paredes. Más allá, una zona de estar cuadrada se ramificaba en dos pasillos a cada lado. Más adelante, un estrado elevado parecía ocultar otra sección. La casa estaba toda hecha de aquella piedra blanca, incluso el suelo, aunque parecía haber sido tratado y pulido para que pareciera cuarzo.

No tuve tiempo de fijarme en todos los detalles mientras Kai me guiaba por la decoración minimalista con un fuerte aire zen. A diferencia de la zona baja de la ciudad, los asientos de piedra y madera estaban cubiertos de cojines de felpa con estampados de colores. Limpia en su diseño, la sala de estar era elegante, despojada de baratijas innecesarias, pero hipnotizante con las sutiles tallas brillantes.

Seguimos a Duke por el pasillo de la izquierda, con los pasos pesados de ambos hombres resonando en la habitación. Se detuvo frente a la pared y atrajo mi atención hacia la talla. Dos árboles, inclinados el uno hacia el otro como dos amantes, entrelazaban sus ramas formando un arco perfecto. Casi podía sentir el anhelo de una mayor cercanía entre los árboles. Mi mirada se desvió hacia Kai. ¿Los había hecho él? ¿Estaban dedicados a alguien que había sido muy querido para él?

Una vez más, Duke tocó una parte aparentemente discreta de la pared y se abrió una puerta arqueada. Una pequeña piedra luminosa sobre un pedestal en la entrada bañaba la habitación con una luz tenue. Duke pasó la mano por encima y el resplandor se intensificó hasta un nivel más agradable.

Kai me bajó. Confundida, miré alrededor de la sala rectangular vacía y le lancé una mirada interrogante. Él, a su vez, frunció el ceño hacia Duke.

Él tampoco lo sabe.

Por supuesto, eso tenía sentido. Como Constructor, Duke conocería los entresijos del

funcionamiento interno de las casas. Como artista, Kai no tendría esos conocimientos, sobre todo para cosas que no le eran útiles.

Duke tocó otro patrón en la pared. Un panel se abrió y un lavabo redondeado salió de la pared a una altura extraña. Tenía que encorvarse un poco para lavarse las manos en el agua que empezaba a caer. Junto al lavabo había una pila de toallas finas en un estante y, debajo, un agujero. Supuse que era una especie de papelera.

Duke se acercó a la pared lateral y pulsó otro interruptor oculto. Un panel más grande reveló un espejo y, bajo él, un lavabo rectangular más ancho salió a la altura de mis pechos. Se me desencajó la mandíbula al darme cuenta de que el pequeño lavabo era en realidad el retrete.

¿Cómo de altos eran esos Extraños?

—Pulsa aquí cuando termines —dijo Duke, indicando una sección de pared que por lo demás no tenía nada de especial, por encima de la piedra resplandeciente junto a la entrada—. Esperaremos fuera.

Ambos salieron. La puerta se cerró, formando una vez más un patrón continuo. Si no me hubiera indicado dónde pulsar para volver a abrirla, ahora mismo estaría hiperventilando.

Coloqué la túnica en la encimera junto al lavabo. En cuanto me volví hacia el *retrete*, mi vejiga rugió con fuerza. Con mucho esfuerzo y rechinando los dientes, conseguí aliviarme sin hacer un desastre. Cuando terminé, había dejado en vergüenza a las cataratas del Niágara. Me limpié con una de las toallitas de la estantería y la tiré a la papelera. Por suerte, el váter tenía descarga automática. Habría sido incómodo tener que volver a llamar a Duke para que me enseñara cómo hacerlo. Me acerqué al lavabo y me puse de puntillas para lavarme las manos.

La chica del espejo me dio escalofríos. Mi cara parecía demacrada, mis labios agrietados y mi largo y rizado pelo afro hinchado como si hubieran estallado hongos nucleares gigantes dondequiera que escapara de mi única trenza francesa. Y pensar que esa era la imagen que Kai tenía de mí.

Por un segundo, me planteé utilizar una de las toallas más grandes que había junto al lavabo para lavarme y ponerme la túnica, pero lo pensé mejor. Si tenían este retrete de última generación, seguro que tenían algún baño loco en alguna parte. En el peor de los casos, podría bañarme en las aguas termales de la ciudad baja.

Pulsé la baldosa que Duke había indicado y la puerta se abrió, revelando a los dos Valos que me esperaban.

—¿Mejor? —preguntó Kai.

—*Mucho* mejor —dije, con una enorme sonrisa—. Gracias a los dos.

—No es nada —dijo Duke.

Su mirada se posó en la túnica que aún sostenía en mi mano y sus cejas cristalinas se fruncieron ligeramente.

—Me gustaría bañarme antes de ponérmela —dije en respuesta a su pregunta no formulada—. ¿Hay una bañera por aquí?

—Por supuesto —dijo Duke.

Se dio la vuelta y se dirigió al pasillo. Pasamos junto a un par de árboles más que, supuse, ocultaban otras habitaciones. Al acercarse al final del pasillo, toda la pared del fondo se abrió sin que él hiciera nada.

Me quedé boquiabierta al ver la casa de baños romana que se extendía ante mí.

A diferencia de las aguas termales de la ciudad baja, estas eran de piedra blanca y líneas perfectamente rectas. Columnas cinceladas se alzaban hasta el techo a cada lado de la piscina de quince metros. Piedras incandescentes incrustadas en el centro de estilizados dibujos florales en las paredes proporcionaban una luz ambiental blanca y azul mezclada. El iwaki gigante tallado en el techo sobre la piscina atrajo mis ojos. Las mismas piedras brillantes formaban sus pistilos, mientras que la resina dorada delineaba los pétalos dentados.

Duke tocó una flor en el primer pilar de la piscina. Un panel se deslizó y reveló diferentes tarros de esferas de colores del tamaño de perlas gigantes. Estaban divididos por colores en el estante superior. En el estante inferior había toallas y paños bien doblados. Cogió un conjunto de perlas blancas y azules y las dejó caer en el agua. Nos llegó una fragancia fresca y afrutada.

Colándose detrás de Duke, Kai cogió una toalla y una bata y me los acercó. Volví a morderme el interior de las mejillas para reprimir una sonrisa. No necesitaba esforzarse tanto para serme útil. Duke seguía sin mostrar indicios de querer entrar en ningún tipo de competición por mí, y aunque lo hiciera, Kai seguiría siendo mi favorito.

—Gracias, Kai —le sonreí mientras aceptaba las toallas—. Gracias a ti también, Duke —le dije mirando a Kai por encima del hombro.

Me acerqué a uno de los largos bancos de piedra que había junto a la piscina y coloqué la túnica y las toallas encima. Levantando la cabeza, me quedé mirando a los dos Valos que estaban uno al lado del otro en la cabecera de la piscina, observándome. Me removí, sintiéndome incómoda.

—Bueno, hmmm, no tardaré mucho.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Lydia —dijo Kai, sonriendo—. Yo te esperaré.

Ninguno de los dos se movió. Parpadeé, mi mensaje subyacente les había eludido. Cuando seguí sin meterme en el agua, Duke ladeó la cabeza, el movimiento me recordó al de un pájaro.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Duke.

Mis dedos jugaron con la tela de mi toga improvisada y carraspeé.

—No, gracias. No necesito nada más —dije, con voz vacilante—. Pueden dedicarse a sus otras tareas. Iré a buscarlos cuando termine.

La corapiedra de Kai se encendió, como siempre que sentía emociones fuertes.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

No sabía decir si sonaba más sorprendido o dolido.

—¿Y si necesitas ayuda durante el baño? —continuó—. ¿Y si te encuentras indispuesta?

—Estaré bien —dije, suavizando el rechazo con una sonrisa—. Ahora mismo estoy bien

alimentada y descansada, gracias a ti.

Aunque le sangraba algo de tensión por los hombros, el ceño fruncido que marcaba su calva frente indicaba que no quería dejar el tema.

—En mi cultura no es apropiado desnudarse ante los demás —dije, con la piel caliente por la vergüenza.

Las cejas cristalinas de Kai y Duke se alzaron y sus ojos brillaron. Si no me hubiera sentido tan cohibida, probablemente me habría echado a reír.

—¿Por qué? —preguntó Duke.

Me encogí de hombros y retorcí el dobladillo de la toga con tanta fuerza que se desgarró un trozo.

—Es nuestra forma de ser. Solo te desnudas delante de tu compañero de vida.

Kai y Duke intercambiaron una mirada, sus cejas derechas estaban crispadas. No necesitaba leer la mente para saber que me consideraban rara.

—Ustedes también se cubren las partes íntimas —dije, con tono defensivo mientras señalaba su taparrabos.

—Los llevamos por adorno y comodidad —dijo Duke, metiendo los dedos en bolsillos ocultos de los que no me había dado cuenta antes—. Entonces, esperaremos fuera.

Su tono burlón me puso los dientes de punta, pero respondí con una sonrisa agradecida.

—Gracias. Seré rápida.

Kai apretó los labios y siguió a su hermano con evidente desgana. Teniendo en cuenta que llevaba meses exhibiéndome delante de la Dra. Sobin, del personal médico y de los guardias del *Concord*, mi comportamiento mojigato parecía ahora un poco artificioso. Lo curioso es que no me habría importado si Duke o Zak hubieran estado en la habitación. Kai me hacía sentir cohibida. Si alguna vez me viera desnuda—y yo esperaba que lo hiciera algún día—no sería conmigo tan harapienta.

Me metí en el agua divinamente caliente y perfumada y me puse a frotarme la piel y a deshacerme el nido de pájaros que tenía en la cabeza.



CAPÍTULO 7

¿Qué me pasaba? Reconectar con mi corapietra me había convertido en un desastre emocional. Los Valos eran un pueblo pacífico. No luchábamos entre nosotros y manteníamos las rivalidades en desafíos amistosos. La mirada de Duke hacia Lydia no era codiciosa. Su amabilidad hacia ella seguía nuestras costumbres de hospitalidad. Sin embargo, las atenciones que ella le dispensaba me molestaban sobremanera. Una agresión irracional me había robado el pensamiento coherente en el momento en que los labios de Lydia habían tocado su mejilla. Lo había reconocido como una mera muestra de gratitud, pero aun así me hizo arder mi corapietra. Sus actuales coberturas parecían lamentables. Debería haberlo pensado antes.

Los músculos ondulantes de Duke jugaban bajo la piel azul hielo de su fuerte espalda mientras marchaba hacia la sala de estar. Casi tan voluminosos como los Mineros, los Constructores como Duke desarrollaban cuerpos musculosos. Recordaba muy bien cómo los ojos de Lydia habían escrutado a mi hermano. Por primera vez en mi existencia, me sentí inadecuado. Como artista, podía hacer cosas bonitas para ella, pero los Constructores eran más adecuados para proporcionar a la exótica hembra comodidad y confort. Los Recolectores y Cazadores podían proporcionarle una mayor diversidad de alimentos y preparaciones culinarias. Y no había duda de que a Lydia le encantaba la comida.

El recuerdo de su cálida piel contra la mía mientras la alimentaba despertó sensaciones bajo mi taparrabos que hacía tiempo que había olvidado. ¿Quién podía imaginar que volvería a dar la bienvenida a algo que no fuera la escarcha? Sin embargo, el calor de su cuerpo se había filtrado en el mío, derritiendo el hielo que corría por mis venas. Su suavidad hacía que me picaran los dedos de necesidad, especialmente aquellas ridículas protuberancias que habían surgido por toda ella. Las curvas flexibles de Lydia se acurrucaban perfectamente con las mías. Deseé que aquella comida no acabara nunca para que ella se quedara en mi regazo, en mi abrazo, para siempre. Recordar los sonidos de placer que emitía mientras comía avivó el fuego de mi vientre.

¿Qué sentiría si ella también apretara sus labios contra mi mejilla? ¿Cómo sería tenerla completamente desnuda, apretada contra mi propia carne desnuda?

¿Qué aspecto tendría bajo esos harapos?

Su timidez al exponerse me hace fruncir las cejas. ¿Por qué esconderse? Mostrar las piernas, los brazos y la cara no parecía molestarla. ¿Qué podían tener de especial su torso y su ingle para permanecer cubiertos?

Una idea desagradable se me pasó por la cabeza. Sus pechos eran grandes y se hinchaban bajo el manto. Los pechos de nuestras hembras solo se inflaban cuando estaban embarazadas o durante la lactancia. Por su tamaño, y teniendo en cuenta el vientre plano de Lydia, ningún bebé crecía dentro de ella. ¿Tenía crías en algún lugar desesperadas por el regreso de su madre?

Duke se detuvo en medio del salón y se volvió hacia mí. Su expresión seria echó por tierra mis pensamientos.

—La hembra es extraña, pero está claro que no es una Creadora. ¿Te ha dicho de dónde viene y qué la trajo aquí?

Me pasé una mano por la trenza de la nuca, con la corapietra ardiendo de vergüenza. Lydia y yo habíamos hablado varias veces, pero había aprendido muy poco sobre ella. Deseoso de complacerla, yo había sido el que más había hablado, soltando muchas cosas sobre nosotros.

Me aclaré la garganta.

—No. No podíamos comunicarnos lo bastante bien para eso. Le expliqué lo que había hecho la Creadora y solo parte de la razón por la que nos quitó las corapiedras.

Entrecerró los ojos mirándome.

—¿Parte?

—No sabe nada de nuestras hembras.

Duke frunció los labios y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Crees que puede ser una amenaza para ellas?

Retrocedí y sacudí la cabeza de un lado a otro.

—No. Estoy seguro de que no haría daño a nuestras hembras. Pero hasta que no encontremos la forma de acceder a la isla, no tiene sentido cargarla con ese conocimiento.

Dukeladeó la cabeza y se tragó el labio inferior con su típica expresión de desconcierto.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Qué te pasa en el cuello?

Parpadeé.

—No me pasa nada. ¿Por qué?

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Duke, moviendo la cabeza de lado a lado.

¿En serio?

Mi corapietra volvió a calentarse. Nunca me había imaginado tan fácil de influenciar.

—Es una costumbre que he adquirido de Lydia. Su gente expresa la negación con ese gesto y el acuerdo moviendo la cabeza arriba y abajo así —dije, asintiendo con la cabeza como ella.

Duke enarcó una ceja. La mía hizo lo mismo. Hacía demasiado tiempo que no teníamos motivos para estar alegres.

—Tu hembra es extraña. Muy extraña.

Mi hembra.

No era mía, pero me gustaba cómo sonaba eso, y en particular que él la percibiera como tal. No le corregí. Su sonrisa cómplice indicaba que no se dejaba engañar.

—Sí, lo es. Es refrescante.

La diversión desapareció de la cara de Duke y me preparé para lo que vendría a continuación.

—Después del baño, Lydia debe ir a buscar más corapiedras —dijo.

La firmeza de su tono me puso los pelos de punta.

—No es nuestra esclava para que le demos órdenes —dije, con la voz entrecortada—. El primer viaje la agotó.

Las líneas de su mandíbula cuadrada se endurecieron, al igual que su mirada.

—Esto no tiene nada que ver con esclavizarla. Puede que el primer viaje la cansara, pero ahora parece bastante descansada.

—Estará aún mejor descansada por la mañana.

—Nuestros hermanos no tienen hasta mañana —espetó Duke—. Volví a bajar mientras Lydia dormía. Incluso desde la entrada, puedo ver muchas corapiedras parpadeando, más que antes de su ciclo de descanso. Para el próximo amanecer, estarán muertas. Ella *debe* volver, aun a riesgo de su incomodidad.

Con mi mano marcando el puño, me aparté de él y miré a través de las ventanas laterales esmeriladas a la plaza desierta del exterior. Sus palabras encerraban una verdad innegable. Lo había visto con mis propios ojos cuando recuperó nuestras corapiedras. Pero también había visto cómo había tropezado en el último tramo, agotada hasta el punto del colapso. Incluso sin mi corapiedra, había sentido una pizca de miedo... por ella. Ahora que había recuperado la plenitud de mis emociones, el pavor retorció mis entrañas ante la posibilidad de que ocurriera algo malo.

Aun así, no podía dejar que mis hermanos murieran. Lydia dijo que no sería tan malo si no gastaba energía de antemano.

Solté un suspiro y le miré por encima del hombro.

—Tienes razón. Hay que recuperar los que están parpadeando a toda prisa. Hablaré con ella, pero debemos tener cuidado. Si la presionamos demasiado, podría negarse a recuperar las otras. Hay ciento cincuenta de los nuestros atrapados ahí abajo.

—Debes convencerla, Qaezul.

Me giré hacia él y me enfurecí.

—Dije que hablaría con ella.

Duke apretó los labios, pero guardó silencio. Volví a pasarme la mano por la trenza. Ya no me reconfortaba como antes. Desde el cambio, la textura de mi piel y mi pelo ya no eran las mismas.

—Zaktaul está evaluando el estado del jardín —dijo Duke, rompiendo el incómodo silencio que reinaba entre nosotros.

Agradecido por el cambio de tema, me animé. Después de que los Mineros agotaran los

recursos de la cueva, varios de ellos se habían unido a los Cazadores y Recolectores para tener un nuevo propósito tras la marcha de la Creadora. Aunque no tenía tantos conocimientos como los Valos de esa clase, Zak podía ayudar a que las cosas volvieran a funcionar.

—El sistema de espejos necesita reparaciones tras siglos de desuso. No se están realineando correctamente con el movimiento del sol. Los cultivos reciben muy poca luz durante el día. Una vez funcional de nuevo, podrá proporcionar a Lydia más variedad para sus comidas.

Me sorprendí a mí mismo casi negando con la cabeza de nuevo ante el comentario de Duke, pero esta vez, en señal de acuerdo. Mi Lydia tenía buen apetito y parecía dispuesta a probar cosas nuevas. Dada la forma en que su habilidad la agotaba constantemente, agradecería la diversidad en lo que comía para reponer fuerzas.

—Seguro que lo agradecerá —dije con gratitud.

—La ciudad baja no está adaptada a las necesidades de Lydia. Debería quedarse aquí o puedo despejar otro...

—No —interrumpí, erizándome ante la sugerencia—. Se queda con nosotros. No la vamos a aislar.

Desvié la mirada y me ajusté la cintura del taparrabos que no necesitaba ajustarse. Duke me ahorró la humillación de señalar mi lapsus.

—Debería ser ella quien decidiera —replicó. Abrí la boca para discutir, pero no me dio la oportunidad de hablar—. Si *ella* desea quedarse en la ciudad baja, le construiré una habitación de higiene y una cocina. Recuerda tus propias palabras, Qaezul; no es nuestra esclava para recibir órdenes.

Bajé la cabeza, consternado por mi comportamiento irracional. Un sabor agrio me llenó la boca.

¿Y si prefiere vivir sola en la ciudad alta?

Los pesados pasos de Duke se acercaron. Se detuvo frente a mí, levantó una mano y la apoyó en mi hombro. Una expresión de simpatía suavizó las afiladas líneas de sus altos pómulos e hizo que sus grandes ojos parecieran un poco más pequeños.

—Lydia es una mujer intrigante. Parece tener buen corazón y te mira con ojos amables. No te envidio las emociones que sientes. Ella ha despertado tus instintos protectores. No me corresponde cuestionarlo o desafiarlo. La naturaleza seguirá su curso como mejor le parezca.

Duke me puso la segunda mano en el otro hombro, con sus brillantes ojos azules, un tono más oscuros que los míos, fijos en mí.

—Sin embargo, recuerda bien, hermano mío, que es una extraña. No sabes nada de ella, salvo que también vino del cielo.

Eso me dolió. Me encogí de hombros para zafarme de su agarre, pero sus manos me apretaron los hombros.

—Los Extraños nos abandonaron sin decir palabra, dejando la desesperación a su paso. Hasta que sepamos por qué está aquí, protege bien tu corapiedra para que no te destruya a ti... y a

nosotros.

—Ella no lo hará.

—Eso no lo sabes, Qaezul.

—¡ELLA NO LO HARÁ!

—¿Ella no hará qué? —la suave voz de Lydia gritó detrás de mí.

La cabeza de Duke se movió hacia la izquierda para mirarla, y yo me giré. Mi cerebro dejó de funcionar. La lava ardía en mi pecho, mi corapiedra brillaba tanto que casi me cegaba.

Tan hermosa...

Aunque le quedaba grande, la túnica fluía sin esfuerzo por su esbelto cuerpo. La longitud de la prenda no ocultaba nada de sus largas y esbeltas piernas, a pesar de caerle casi hasta las rodillas. La tela azul claro, que combinaba perfectamente con el color de sus ojos almendrados, los hacía resaltar. Había conseguido domar su cabello, atándolo en una larga trenza que le caía por encima del hombro hasta los pechos.

Me di cuenta de que mis pies me habían llevado hasta ella cuando estiré la mano para tocar su trenza. Me acarició la palma al deslizar la mano por ella. El subir y bajar de su pecho se aceleró y el pulso de su cuello se disparó. Mis ojos se clavaron en los suyos y mi corapiedra se encendió, difundiendo su calor por mi pecho hasta el vientre. Sus pupilas se dilataron y sus labios se entreabrieron.

—Estás impresionante —susurré.

La mirada de Lydia bajó hasta mis labios. Por alguna razón, mi cuerpo respondió con un endurecimiento en mi entrepierna. El fuego en mi vientre me hizo doler.

Duke se aclaró la garganta, arruinando el momento. Lydia parpadeó y retrocedió un par de pasos, con una expresión de culpabilidad en el rostro. Las puntas de sus extrañas y redondeadas orejas adquirieron un tono rojizo.

—Gracias —dijo, jugueteando con una de las mangas demasiado largas de su túnica.

Tardé un segundo en comprender por qué me daba las gracias.

—Espero que hayas disfrutado del baño —dijo Duke detrás de mí.

Di un paso atrás y me puse de lado para poder verlos a los dos y le lancé una mirada de advertencia. Me ignoró.

—Sí, gracias, Duke.

Le sonrió y entró en la sala de estar.

—Y gracias por la fabulosa ropa.

—El placer es mío, Lydia.

Duke hizo un gesto hacia el interior de la casa.

—Estas viviendas tienen muchas comodidades de las que carece la ciudad baja, ya que los Valos no tienen las mismas necesidades que tú y los Extraños.

Me llevé las manos a la espalda para ocultar que las apretaba con rabia yforcé una expresión neutra en mi rostro.

—Sí, son bastante impresionantes —dijo Lydia, con voz vacilante.

A pesar de mis esfuerzos, notaba que algo no iba bien.

—¿Te gustaría instalarte aquí o en alguna de las otras mansiones? Puedo limpiar el camino para ti —le ofreció Duke.

Lydia me dirigió una mirada preocupada.

—¿De eso hablaban cuando llegué? —preguntó.

—Hablamos de muchos temas —respondió Duke sin comprometerse—. Incluido ese, sí.

—¿Quieres que me quede aquí? —preguntó con la mirada clavada en mí.

—Quiero que te quedes donde te sientas más feliz —le dije.

—Entonces prefiero quedarme contigo —dijo sin dudar.

No pude contener una sonrisa y una mirada triunfante dirigida a Duke. Él resopló, enarcando una ceja.

—Muy bien. Entonces te construiré una habitación de higiene y una cocina en la ciudad baja.

Lydia se llevó la mano al pecho y abrió los ojos.

—¡Oh, no! ¡No hace falta que hagas eso! —dijo sacudiendo la cabeza.

Duke me dirigió una mirada furtiva, con una sonrisa burlona en los labios, tras reconocer el gesto que yo había hecho antes.

—No me importa volver aquí arriba cuando necesite usar las instalaciones —añadió Lydia.

—No es molestia, Lydia —dijo Duke—. Construir es mi propósito. Tardaré unos días en terminarlo. Mientras tanto, déjame enseñarte a manejar la cocina de aquí cuando quieras comida caliente.

—De acuerdo. Gracias.

Sus ojos brillaron de gratitud mientras le veíamos caminar hacia el estrado situado al final de la sala de estar. Subió los tres escalones e indicó otro interruptor oculto para abrir las puertas invisibles de la zona del comedor y la cocina. Nunca había sabido si los Extraños lo ocultaban todo por secreto o por orden. Por lo que se contaba, se habían comportado de forma similar en otras ciudades.

Duke le dio una rápida vuelta por la cocina, mostrándole cómo acceder y manejar la parrilla, el horno y las placas calientes. También le indicó dónde se encontraban los platos de piedra pulida que habían fabricado nuestros Artesanos y los utensilios de metal adquiridos a través del comercio con la Ciudad de la Luz. Antes de despedirse, le mostró los dormitorios y armarios de los Extraños, diciéndole que pusiera sobre la cama todo lo que quisiera que le bajaran.

Con una última mirada significativa hacia mí, Duke dio media vuelta y se marchó. En cuanto salió del dormitorio, el peso de la mirada de Lydia se posó en mí.

—¿Qué pasa, Kai? —preguntó, con voz suspicaz—. ¿Por qué discutían sobre mí?

Suspiré y le indiqué que me siguiera a la sala de estar. Demasiados pensamientos me distraían como para quedarnos en la intimidad del dormitorio. Lydia se sentó en uno de los largos bancos de piedra cubiertos con un grueso cojín rojo. Me acomodé a su lado y giré la

cabeza para mirarla, deseando poder haberla subido a mi regazo de nuevo.

Estudió mi rostro como si pudiera encontrar la respuesta en mis rasgos.

Elegí mis palabras con cuidado y le expliqué el motivo de nuestra preocupación, recalcando que, aunque su bienestar seguía siendo primordial, el tiempo corría en nuestra contra.

—Por supuesto que ayudaré —dijo Lydia, sonando un poco ofendida—. Dejar morir a tus hermanos sería un asesinato. ¿Por qué dudan siquiera de mi voluntad de ayudar?

—No dudamos de ti, Lydia —dije con convicción—. Pero esta mañana te desplomaste en mis brazos. Temo por tu seguridad. Pensar que podrías caer de agotamiento demasiado lejos para que pueda rescatarte hace que me duela mi corapiedra.

Sus párpados se agitaron y sus dientes blancos y romos rozaron su labio inferior. Extendió la mano hacia mí y la posó sobre la mía en un gesto reconfortante que me produjo una agradable sacudida.

—Estoy bien, Kai. Me excedí esta mañana, pero ahora sé que no debo hacerlo.

Miró hacia arriba y a un lado, y su rostro adoptó una expresión pensativa.

—Había bastantes corapiedras con luces débiles o parpadeantes —volvió a centrarse en mí, con una sombría determinación en sus facciones—. Tengo que recuperarlas lo antes posible. Si voy a mi ritmo y solo uso la congelación cuando lleve las piedras, podré hacer dos o tres viajes esta noche.

Mi pecho se hinchó con algo más que respeto y gratitud. Me vino a la mente el orgullo. Lydia no era mía para estar orgulloso, y sin embargo un vínculo había echado raíces entre nosotros. Un vínculo que tenía la intención de alimentar hasta que floreciera.

—Gracias, Lydia.

Tomé su mano entre las mías, la apreté suavemente y nuestros ojos se cruzaron. En ese instante, no quería nada más que ahogarme en las profundidades heladas de sus ojos. La embriagadora presencia de Lydia hizo que mi corapiedra palpitar y mi mente se hiciera añicos. El roce de sus labios con los míos me confirmó que no la había imaginado inclinándose hacia delante. Mis músculos abdominales se contrajeron, el deseo desplegó sus alas en la boca de mi estómago. El contacto de su boca, suave y cálida contra la mía, despertó un hambre voraz en lo más profundo de mi ser. Le solté la mano y levanté la mía para sujetarle la nuca y mantenerla en su sitio. Apreté más los labios contra los suyos. Ella lo permitió un instante antes de apartarse. Luché contra el instinto de apretarla y soltarla.

La delicada punta de su lengua rosada se lamió los labios y sonrió.

—Me gustas, Kai —susurró—. Eres un buen tipo.

Con la cabeza en blanco, me aferré al único pensamiento coherente del que me sentía capaz.

—¿Tipo? —pregunté.

Ella soltó una risita, arrugando los ojos.

—Hombre, aunque tú probablemente digas macho. Eres un buen macho.

—Tú eres una hembra agradable —dije, sonriéndole.

Mi sonrisa se desvaneció cuando su mirada se posó en mis dientes. Su filo la había asustado antes. No quería que volviera a temerme y, sobre todo, no quería que no volviera a acercarse a la mía. Me hacía sentir cosas maravillosas.

—No temas a mis dientes, Lydia. Prometo no comerte nunca.

Volvió a reír. Me encantaba el sonido de su risa, como el murmullo tintineante del agua corriendo por el río, fluyendo sobre mí en una suave caricia.

—No temo a tus dientes. Forman parte de ti. Sé que no quieres hacerme daño, así que ellos tampoco.

Se me hizo un nudo en la garganta y me ardía el pecho por el calor de mi corapiedra. Ella no era de mi especie, pero nunca había sentido una atracción tan fuerte por una hembra. Duke dijo que la naturaleza seguiría su curso como mejor le pareciera, pero yo pretendía darle un empujón en una dirección concreta.



Ansiosa por empezar a recuperar las corapiedras, Lydia pospuso el registro del dormitorio y el armario del Extraño para otro momento. Se tomó un momento para mirar su calzado, pero pasó de él porque era demasiado grande para sus pequeños pies. Durante su ciclo de descanso, intentaría adaptarle un par hasta que mis hermanos Artesanos, una vez despiertos, pudieran hacerle unos a medida.

Zak y Duke estaban a mi lado en la entrada del nivel inferior, siendo testigos de los esfuerzos de Lydia. Soportando el calor ambiental en su forma natural, Lydia se dirigió al altar de los Mineros, el más alejado del camino. Una vez allí, su piel morena se cubrió de escarcha, haciendo que casi se fundiera con el tejido azul hielo de su túnica.

Moviéndose con rapidez, recogió varias corapiedras. No podía contar cuántas desde la distancia. Las colocó en una fina bolsa de cuero que Duke había recuperado de una de las viviendas de los Extraños. Sin detenerse, corrió de vuelta a la entrada, con los brazos rodeando la bolsa apretada contra su pecho. Soltó su escarcha en cuanto dobló la acera en el último tramo hacia nosotros. A pesar del calor, la bolsa helada mantenía frescas las corapiedras.

Zak la liberó de la carga, con un profundo respeto brillando en sus ojos. Aunque solo contenía ocho corapiedras, Lydia sacudió los brazos y giró los hombros para liberarse de la tensión. Este rescate le había exigido un esfuerzo mucho mayor del que cualquiera de nosotros se había dado cuenta. Zak giró sobre sus talones y subió corriendo las escaleras para empezar a buscar a los dueños de su preciado paquete.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté, con los ojos fijos en los suyos.

Ella sonrió.

—Estoy bien. Aunque esas cosas pesan mucho. Probablemente me limite a cinco o seis por viaje. Al menos, tengo todas las más débiles del último altar. Tendré que usar mi escarcha en una

distancia más corta para poder hacer más viajes.

No me molesté en ocultar la preocupación en mi rostro.

—Por favor, ten cuidado, Lydia.

—No te preocupes, lo tendré.

Apretó sus labios contra los míos. Antes de que pudiera reaccionar, se apartó y se volvió hacia Duke, que nos miraba con los ojos desorbitados. Lydia le arrebató una segunda bolsa de cuero de la mano y se dirigió hacia el sendero. La brillante mirada de Duke se clavó en mí. Lo miré de reojo y me encogí de hombros como hacía Lydia a menudo para indicar que no lo sabía o que no importaba.

—Le gusto.

—Te estás volviendo tan extraño como tu hembra, Qaezul.

Incapaz de resistir el impulso, moví la cabeza de arriba abajo. Se rio y volví a mirar a *mi* hembra.



CAPÍTULO 8

LYDIA

Hicieron falta tres viajes más para recuperar las corapiedras que corrían más peligro. Quería salir a dar otra vuelta, pero sentía los brazos como si tuvieran un bloque de hormigón pegado a ellos. Mis piernas, que parecían de algodón, se resentían a cada paso. No tenía sentido exagerar. Técnicamente, podía esperar unos días y las corapiedras restantes estarían bien.

Kai me llevó de vuelta a la parte alta de la ciudad, protegiéndome lo mejor que pudo de la vista de sus hermanos. Sus gritos al reunirse con su alma—al menos así lo percibí yo—eran desgarradores. No pregunté por qué me llevó directamente a la mansión del Extraño. Con tantos Valos que habían estado a punto de rendirse, mi presencia entrañaba un riesgo demasiado grande de hacerles caer al abismo, como al pobre Seibkal.

Cuando entramos en la casa, había un gran festín sobre la mesa del salón. Las sillas de la mesa de comedor de la cocina eran demasiado altas e incómodas para mí. Duke había subido a preparármelo mientras yo recuperaba las otras corapiedras.

Kai me sentó en el largo banco con el cojín rojo y se acomodó a mi lado. A pesar de su reticencia a dejarme y de lo mucho que lo quería cerca, lo persuadí para que volviera a bajar y ayudara a sus hermanos. Veintitrés Valos recién despertados, asustados y desorientados serían demasiado para Zak y Duke solos. Suspiró, luego me lanzó una mirada esperanzada a los labios antes de clavarme los ojos. Sonreí y lo besé.

Su corapiedra se encendió y su calor irradió contra mi pecho. Se me erizaron los pezones. Por mucho que quisiera abandonarme a su comodidad, me aparté y le pasé el pulgar por el regordete labio inferior. Los ojos de Kai brillaron con un tono azul más oscuro.

—Me gusta cuando presionas tu boca contra la mía —dijo, con una voz más grave de lo normal.

Me reí entre dientes. Era tan lindo.

—Se llama beso. A mí también me gusta besarte.

—Un beso... —repitió, alargando la palabra, casi hasta convertirla en un siseo—. Puedes besarme cuando quieras. Tan a menudo como quieras.

Volví a reírme y sus cejas hicieron ese adorable movimiento.

—Puede que te arrepientas de haber dicho eso cuando empiece a hacerlo demasiado a menudo —dije, burlona.

Sacudió la cabeza con tanta energía que temí que se le cayera del cuello.

—Nunca será suficiente. Puedes hacerme lo que quieras, cuando quieras. Me gustan tus extrañas maneras.

Una bola de fuego estalló en la boca de mi estómago y mi piel se calentó. Había muchas cosas que me gustaría hacerle.

—Okay —exhalé, sujetando el dobladillo de mi túnica con los puños apretados.

—Ahora debo atender a mis hermanos. Volveré cuando se hayan instalado —dijo Kai, poniéndose en pie—. Come, mi Lydia. Necesitas recuperar tus fuerzas.

Mi Lydia.

Su posesividad... la forma en que acababa de reclamarme me hizo sentir cálida y confusa.

Con las piernas cerradas, traté de ignorar el latido sordo mientras se alejaba. El cuerpo de Kai era perfecto; alto y delgado, justo en el lado correcto de la musculatura sin entrar en el territorio de la carne. Y su trasero... El taparrabos no ocultaba el bulto redondeado que tenía debajo. Quería explorar cada centímetro de su cuerpo, sobre todo para confirmar hasta qué punto éramos compatibles. Podía ser un Valo de Hielo, pero había un fuego latente bajo su fría apariencia.

Una oleada de cansancio me invadió cuando Kai salió de la casa. Me volví hacia la aromática comida que había ante mí. Para mi sorpresa, los filetes de pescado ya estaban hechos y colocados en un plato caliente. Esperaba que Duke no hubiera sufrido demasiado preparándolos. Engullí los seis trozos, apenas masticando entre bocado y bocado. A continuación, cogí lo que parecía una barrita energética. Aunque podía ver las bayas de gurahn en su interior, su sabor era más salado que dulce. Los cereales tostados y los frutos secos crujían bajo mis dientes. Aunque un poco seca, era otra buena adición al menú.

Vertí un poco del zumo rosa de una jarra de cristal en una taza gigante. Demasiado grande para envolverlo con los dedos, sujeté el vaso con ambas manos como si fuera un biberón y engullí su contenido. Sabía a limonada rosa con un toque de manzana confitada. Llegué a la mitad de una simple fruta de río antes de que mi barriga pidiera clemencia.

Los párpados se me cayeron. Eché un vistazo a la puerta de la habitación y vi que estaba cerca, pero demasiado lejos. Si me levantaba a la fuerza, llegaría en diez segundos. Pero si me quedaba aquí, podría echarme una siesta en este banco y oíría a Kai cuando volviera. La cama sería mucho más cómoda, pero también podría quedarme dormida. Después de cinco minutos de tira y afloja mental, quería darme una patada. Si hubiera levantado mi perezoso culo en cuanto me entraron ganas de dormir, ahora estaría acurrucada en la cama en vez de estar cabeceando.

A la mierda, me echaré la siesta aquí.

Me tumbé en el mullido cojín del banco. Era lo bastante largo como para estirarme y lo bastante ancho como para no caerme rodando. Un suspiro de satisfacción se escapó de mi garganta mientras el sueño me reclamaba.

Un volcán estalló en mi interior, incendiando mi sangre y quemando mi piel hasta dejarla crujiente. No podía respirar. Cada bocanada de aire avivaba el fuego que me abrasaba. Mi cerebro hervía, atrapado en los confines de mi cráneo. Luché contra las ataduras que me sujetaban.

¿Por qué me hacían esto? ¿Por qué a mí?

Una voz frenética dirigió palabras incomprensibles a mi cerebro moribundo. La Dra. Sobin, supuse. Si no me calmaba, me quemaría. Haciendo acopio de la voluntad que me quedaba, bajé la temperatura todo lo que pude. En lugar del alivio que esperaba, me invadió un fuego líquido.

Grité.

Mi cuerpo se sacudió con violentos temblores, sin duda los espasmos de la agonía. Lo agradecería. Cualquier cosa menos esta tortura interminable.

—Déjame morir. Por favor, déjame morir.

—¡NO! —la voz de Kai gritó.

Mis ojos se abrieron de golpe. Emergiendo del horrendo sueño, me encontré enredada en un horno ardiente.

—¡Quítamelo! ¡QUÍTAMELO! —grité, luchando por quitarme el pesado edredón rojo que me sujetaba a la enorme cama.

Con un movimiento fluido, Kai me lo arrancó y lo lanzó por la habitación. Chocó contra la pared y se desplomó en el suelo en una maraña de tela. El aire frío me golpeó la piel quemada y me arrojé a los brazos de Kai, sollozando. Siseó y su cuerpo se puso rígido al contacto, pero no me apartó.

—Mi Lydia —susurró, abrazándome con fuerza—. No puedes morir. No dejaré que mueras.

Una capa de hielo se formó a su alrededor, enfriándome aún más. Lo agradecí y me apreté más contra él.

—Me estaba quemando viva.

Se me saltaron las lágrimas. Había vuelto a estar en aquella temida mesa de operaciones, a merced de aquella monstruosa mujer desalmada que se atrevía a llamarse científica.

—Lo siento mucho, mi Lydia —dijo Kai, con la voz quebrada por la vergüenza—. Nunca quise hacerte daño.

Levanté la cara para mirarle a través de las lágrimas. El dolor contorsionó sus rasgos.

—No es culpa tuya. Tuve una pesadilla —dije entre mocos.

Kai negó con la cabeza y se sentó al borde de la cama, acunándose en su regazo.

—Te quedaste dormida en el banco. Te traje aquí para que estuvieras más cómoda. Temblaste un par de veces, así que te puse esa manta —dijo señalando la manta del suelo—. Los Extraños siempre las usaban.

Fruncí el ceño al ver la manta blanca en el suelo. A pesar de mi conmoción, habría jurado que era de otro color cuando me desperté.

—Pensé que era roja... —susurré, confusa.

—Lo era —confirmó Kai, con la culpa ardiendo en sus ojos—. En cuanto te la puse, cambió de color. Duke dijo que la manta se ajustaba para mantener tu temperatura corporal al nivel adecuado. Al principio estabas bien, pero luego empezaste a dar vueltas en la cama. Entonces la manta se volvió de un tono rojo más oscuro. Al principio pensé que era el problema, así que estuve a punto de quitártela, pero entonces empezaste a hablar en sueños. Suplicabas a alguien que parara, preguntando por qué te hacían esto. ¿Quién te ha hecho daño, mi Lydia?

Por supuesto, eso tenía sentido. La manta se habría regulado a la temperatura de los Extraños. Considerando su mayor altura, probablemente también tenían una temperatura corporal más alta que la mía. Si la manta intentaba regular mi temperatura a lo que consideraba estándar, yo habría bajado la mía para mantener lo que mi propio cuerpo sabía que era correcto. La manta se habría calentado aún más para compensar, y así sucesivamente en un círculo vicioso hasta que casi me hubiera cocinado cuando llegué a mi nivel más bajo de congelación.

Me estremecí, preguntándome hasta dónde habrían llegado las cosas si Kai no me hubiera despertado.

Sus brazos me rodearon con fuerza.

—Estás a salvo. No dejaré que nadie te haga daño.

—Lo sé —me acurruqué contra él y apoyé la cabeza en su hombro—. Algunas personas muy malas me hicieron daño, experimentaron conmigo para cambiarme.

El duro cuerpo de Kai se puso rígido.

—¿Los Creadores también te atraparon?

La extraña suavidad de su piel me rozó la mejilla mientras negaba con la cabeza.

—No, los Creadores no. Otros humanos como yo.

—¿Yoomanz? —preguntó Kai.

—Mi especie. Tú eres Valo, yo soy humana.

—Entiendo. ¿Por qué tu propia gente te haría daño?

Levanté la cabeza para mirarle, su piel azul polvorienta parecía casi blanca a la tenue luz del dormitorio.

—Los humanos no son malos, pero algunos pueden llegar a ser muy crueles y despiadados cuando se dejan llevar por la codicia o la sed de poder. Y cuando eso ocurre, harán daño a cualquiera, incluso a inocentes para conseguir sus objetivos.

—Antes del cambio, a veces teníamos personas disfuncionales que no podían o no querían redimirse. Se les expulsaba de las tribus para buscar la misericordia de Sonhadra.

—Los humanos tenemos algo parecido, pero no expulsamos a la gente, la metemos en la cárcel. Dependiendo de la gravedad del delito, la persona puede permanecer allí durante un corto periodo de tiempo o el resto de su vida. A mí me metieron en una prisión así, en el espacio, donde iba a estar hasta que muriera.

—¿Qué es una prisión?

Fruncí los labios, reflexionando.

—¿Sabes lo que es una jaula? —pregunté.

—Una trampa con barrotes que usan los Cazadores para atrapar depredadores o presas.

Sonreí.

—Sí, exactamente. Una prisión es una vivienda con muchas jaulas donde metes a la gente para castigarla.

Kai retrocedió y se echó hacia atrás para mirarme a la cara, el brillo de sus ojos proyectaba una sombra sobre los bordes afilados de sus pómulos.

—¡Eso es muy cruel! ¿Te habían metido en una jaula para el resto de tu vida? ¿Por qué?

Aunque no me gustaba causarle angustia, la consternación y la agitación de Kai me hacían sentir confusa por dentro. Me encantaba que se preocupara tanto por mi bienestar como para mostrar indignación por mí. Se sentía bien ser querida y protegida, sobre todo por alguien tan dulce como mi Valo.

—En la Tierra, mi mundo natal, trabajaba para una empresa farmacéutica. Creábamos medicinas para curar a la gente, o al menos ese era el mandato. Los científicos hacían todo tipo de experimentos para descubrir la cura de enfermedades graves. A veces, esos experimentos salían mal y se producían tragedias. Hace poco más de un año, ocurrió un accidente de ese tipo, y un virus se filtró, matando a casi todo el mundo en mi pequeña ciudad.

Se me revolvió el estómago al recordar el incidente que había destrozado mi vida y la había encauzado por este rumbo tan improbable.

—Pero a ti no te mató. ¿Estabas lejos?

—No, estaba en medio de todo. Todo el mundo enfermó rápidamente. La mayoría murió en dos o tres días. Los demás duraron una semana. Habían puesto en cuarentena nuestra ciudad. Bloquearon el acceso exterior a la ciudad e impidieron que la gente saliera para contener la epidemia —especifiqué cuando Kai me dirigió una mirada confusa—. Todos murieron excepto los que habían llegado a tiempo a los refugios, y yo. Pero yo no había llegado a los refugios. Mi cuerpo se negó a dejar que el virus venciera. Según el informe médico, mis funciones vitales bajaron mucho, como si mi cuerpo hibernara mientras hacía frente a la amenaza. Luego mi temperatura subía a niveles anormalmente altos que deberían haberme matado, pero en su lugar mataban al virus, poco a poco. Tardé tres semanas, pero mi cuerpo acabó ganando la batalla y me desperté, débil, pero curada.

—Mi Lydia es fuerte —dijo Kai, su voz goteando orgullo.

Me encantó la forma posesiva en que me reclamaba, y mis labios se estiraron de satisfacción. Me acurruqué más contra él y tracé el contorno de su corapietra con las yemas de los dedos. Su brillo se intensificó y se calentó bajo mi contacto.

—La mayor parte de mi familia estaba fuera de la ciudad, así que, por suerte, se salvaron. Al despertar, quise ir a verlos y llorar las terribles pérdidas antes de decidir qué hacer con mi vida. En lugar de eso, me metieron en la cárcel y me acusaron de formar parte de un grupo de rebeldes y radicales que causaron deliberadamente la tragedia.

La fría palma de la mano de Kai acarició la mía en un gesto reconfortante, templando la rabia que se colaba en mi voz.

—¿Por qué te acusaron falsamente?

—Porque necesitaban a alguien a quien culpar, y me querían a su merced. No debería haber sobrevivido a la epidemia. Algo en mi genética me hacía diferente, y querían tener pleno acceso a ella. La empresa farmacéutica para la que trabajaba formaba parte de un grupo mayor de empresas, entre ellas The Orchid Company, especializada en encontrar personas con rasgos genéticos únicos, como yo, y hacerlas desaparecer.

Me moví sobre el regazo de Kai. Su mano bajó hasta mi muslo desnudo y se posó justo encima de mi rodilla. Sentí un cosquilleo en la piel.

—El juicio fue una farsa. Fabricaron suficientes pruebas contra mí para condenarme a cadena perpetua sin posibilidad de indulto. En cuanto llegué al *Concord*, una prisión espacial donde encierran a los peores criminales, perdí todos mis derechos y privilegios como ser humano.

Le expliqué el horror de la vida a bordo de la nave y cómo un agujero de gusano—probablemente—arrastró la nave hacia la atracción gravitatoria de Sonhadra y nos estrelló aquí. Se alteró tanto que tuve que hacer varias pausas para calmarle. Cuando le hablé de las criaturas que me cazaban y de cómo el envenenamiento por setas casi me hizo ahogarme, se asustó.

—Aquí también tenemos setas, pero no de las moradas —dijo Kai, todavía agitado—. Nunca he oído que ninguna seta enferme a la gente, ni siquiera las que tú has comido. Aquí no comerás ninguna de ellas sin antes hacer una pequeña prueba de muestra. De hecho, no te daremos comida nueva sin hacer una prueba para asegurarnos de que no te hará daño.

Me erizó la piel la firmeza de su tono y estuve a punto de discutir. Aunque mi naturaleza glotona se rebelaba ante la idea, su preocupación seguía siendo válida. Tal y como me había sobrecargado los últimos días, otra crisis de intoxicación alimentaria podría acabar conmigo. A diferencia de Quinn, mi científica no me había diseñado para ser inmortal. No sobreviviría a una dosis suficientemente alta de veneno ni a un corte en la garganta.

—Está bien —murmuré.

Kai soltó una risita y levantó la mano de mi muslo para pellizcarme el labio. Eso me hizo sonreír. Todo en él me hacía sonreír. Bueno... quizá no esos dientes de tiburón que tenía, pero me estaban gustando cada vez más. Un futuro en Sonhadra ya no sonaba tan terrible. Pero ¿llegarían los otros Valos a aceptarme como lo hizo Kai?

—¿Cómo están tus hermanos?

—Están bien. Esta vez no hemos sufrido ninguna baja.

El aire salió disparado de mí, y un peso que no me había dado cuenta de que llevaba se levantó un poco de mis hombros. La visión de Seibkal rompiendo su corapietra aún me atormentaba.

—Están un poco confusos, pero agradecidos por ti —me acarició el pelo y su mano se detuvo en mi mejilla—. Yo también.

Giré la cara para besarle la palma y volví a mirarle. Sus ojos estaban clavados en mis labios. Me incliné hacia delante y rocé con la nariz su pequeño bulto antes de besarle los labios. Un gemido retumbó en su pecho cuando le chupé el grueso labio inferior. Le di un pequeño mordisco antes de soltarlo. Su lengua, de un tono azul hielo más pálido, asomó para lamerle el labio.

—Me gusta mucho esto de besar —refunfuñó.

Me eché a reír y abrí la boca para contestar, pero casi me disloqué la mandíbula con un bostezo repentino. Kai me miró con los ojos desorbitados y la boca abierta. No me extraña, teniendo en cuenta que le había enseñado las amígdalas antes de que consiguiera ponerme la mano delante de la boca. Se me calentaron las orejas y las mejillas.

—Lo siento —dije, arrugando la cara—. A veces nos pasa a los humanos como señal de que estamos cansados. No tenemos control sobre ello.

Kai parpadeó y sus cejas volvieron a bailar.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunté con falsa indignación.

—Tal vez —dijo sonriendo—. Los humanos son extraños.

—No tienes ni idea —murmuré.

—Duerme, mi Lydia. Yo vigilaré.

Se puso en pie, aun sosteniéndome contra su pecho, y se dio la vuelta para tumbarme en la cama. Le cogí la mano cuando se enderezó.

—¿No te aburrirás? —le pregunté.

—No, no me aburriré.

Me mordí el labio, no quería insinuarme demasiado.

A la mierda. En el peor de los casos dirá que no.

—Si vas a vigilar, ¿te tumbarías a mi lado?

Se le encendió su corapietra y abrió y cerró la boca varias veces antes de decir, “Me encantaría”.

Sonréi y me hice a un lado para hacerle sitio. A pesar de su tamaño, la cama era enorme, lo bastante grande como para acomodar cómodamente a cuatro Valos. Kai se tumbó boca arriba. Le pasé un brazo por la cintura y hundí la cara en el pliegue de su cuello. Su propio brazo me rodeó la espalda, estrechándome contra él.

—Duerme bien, mi Lydia —dijo Kai—. Te mantendré a salvo.

Le besé el cuello y cerré los ojos, sonriendo ante el ronroneo de su pecho.



A la mañana siguiente, Kai me obligó a detener mis esfuerzos de rescate tras el segundo viaje. Me estaba cansando demasiado rápido y la urgencia había pasado. Las corapiedras restantes brillaban con suficiente fuerza como para que pudiera ir a mi ritmo. Acordamos que

realizaría dos rondas cada mañana, para un total de doce nuevos Valos despertados al día. A este ritmo, tardaría seis días más en recuperar todas las corapiedras de los altares del camino principal. El enorme racimo de la isla central seguía siendo el problema.

Tanto la ciudad baja como la alta bullían de actividad. Los Valos seguían nerviosos en mi presencia, sobre todo los de la clase de los Cazadores. Cuando le pregunté a Kai por qué, me explicó que los Tarakheen pisoteaban sus creencias morales y espirituales. Aunque omnívoras, sus tribus sentían un gran respeto por la vida. No se cazaba por placer o con fines frívolos. No se mataba a una madre lactante solo porque su pelaje tuviera un color único y fuera el más suave justo después del parto. No se cazaba una especie hasta el borde de la extinción solo para extraer una pequeña glándula de su cadáver para utilizarla en un laboratorio y desechar el resto.

Las tribus solo mataban para proteger y proveer. Utilizaban y consumían todo lo que mataban, hasta fabricar herramientas y utensilios con los dientes y los huesos. Los Cazadores habían sido de los primeros en sembrar la semilla de la rebelión. Cuando les devolvieron sus corapiedras, el recuerdo de todo lo que habían hecho bajo la compulsión de la Creadora se abatió sobre ellos. Era una tremenda cantidad de culpa que debían superar, aunque no hubiera sido por su propia voluntad. No confiaban en otro extraño del cielo que se parecía demasiado a un Creador, aunque sabían que yo no lo era.

Por lo tanto, aparte de mis misiones de rescate, desaparecí de la ciudad baja. Era un asco sentirse aislada, pero Kai se desvivió por entretenerme y me dio una vuelta por la parte alta de la ciudad. A la Creadora y a sus Extraños les gustaban los interruptores y las habitaciones ocultas. Nos pusimos a jugar a descubrir el mayor número de ellas por nuestra cuenta, sin que Duke nos desvelara nada.

Esta mañana, al completar mi segundo viaje, cuando quedaban menos de dos docenas de corapiedras a lo largo de las paredes exteriores, caí en la cuenta de que no sabía a quién pertenecían las situadas en la isla. La mayoría de las alcobas estaban vacías. Quedaban muchas más corapiedras que Valos durmientes. ¿Dónde estaban los demás?

Tras entregar la segunda bolsa a Duke, le pregunté a Kai por ella. Me miró preocupado durante un momento y luego pareció tomar una decisión. Cogiéndome de la mano, me llevó escaleras arriba, y luego hizo una plataforma de hielo para llevarnos al nivel de los Constructores, en el segundo piso. Bajo las miradas desconfiadas de sus hermanos, nos dirigimos hacia la parte trasera. Se me hizo un nudo en el estómago cuando nos acercamos a una puerta—la primera que había visto en la ciudad baja—hecha de hielo grueso y opaco. Kai tocó con una mano la superficie helada y esta se despegó, plegándose sobre el marco de piedra blanca de la puerta como una cortina brillante.

Se me cortó la respiración.

Con las rodillas temblando, entré en la habitación circular. Aunque idéntica en forma y tamaño a la sala de recepción de la planta superior, esta me pareció claustrofóbica. La luz del sol, reflejada en el sistema de espejos, me calentaba la piel, mientras que el aire helado que entraba

por las rejillas de ventilación perforadas en las paredes ornamentadas me helaba hasta los huesos.

Unas cuarenta alcobas se alineaban a lo largo de toda la pared. En ellas, las Valos femeninas miraban a lo lejos, atrapadas en su sueño eterno. Una docena más de alcobas, divididas en dos grupos de seis, enmarcaban un altar de piedra en el centro. Detrás del altar, una única alcoba lo vigilaba.

Con voluntad propia, mis piernas me llevaron hasta el altar, con la bilis subiendo por mi garganta. Me llevé la mano a la boca, conteniendo mi grito de dolor.

No es un altar.

Tragué el amargo sabor de mi boca mientras miraba la cuna. Manos diminutas a medio retorcer a cada lado del pequeño cuerpo de un bebé. Tenía los pies descalzos metidos hacia dentro, tumbado boca arriba, con los ojos vacíos y azules como el hielo mirando al techo. Su pequeño y huesudo pecho palpitaba con una parpadeante corapiedra cubierta por una capa translúcida de piel.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me agarré al borde de la cuna de piedra para apoyarme y dirigí mi mirada incrédula hacia Kai.

—¿Bebés? ¿La Creadora también ha hecho esto a los bebés?

Kai apartó los ojos del niño y me miró fijamente. Con los hombros tensos, un nervio le vibraba en la sien. En el borde de mi visión, observé al grupo de Valos que se había reunido detrás de él. Me observaban atentamente, emitiendo fuertes oleadas de recelo y agresividad. Estaba demasiado angustiada para sentir miedo de ellos.

—La Creadora no hizo al niño. Nació después del cambio —dijo Kai, con la voz llena de odio.

Se acercó a la cuna y acarició la cabeza calva del bebé.

—Su llegada fue el detonante final que hizo que Tarakheen nos quitara las corapiedras.

Apreté los dientes. ¿Qué clase de zorra haría daño a un niño?

—Pero tiene su corapiedra —argumenté, mirando la forma desnuda del niño—. ¿Por qué hiberna?

—No estamos seguros. Dejé de responder el día que Tarakheen le quitó la corapiedra a su madre. Fue el primero en entrar en este estado —Kai levantó la cabeza para mirar a la única hembra que observaba la cuna—. Esta es su madre, Riaxan'dak Var O'Tuk. Era una gran Cazadora antes de su embarazo, y una Recolectora asombrosa. Nadie podía capturar liexor como ella. Es un tipo de marisco —especificó ante mi mirada interrogante.

Kai se acercó a Riaxan y le ajustó el collar de varias hileras de gemas y cuentas que colgaba sobre sus pequeños pechos desnudos.

—En los días previos al parto, cuando sus pechos se hincharon para amamantar, el olor del pescado empezó a provocarle náuseas, así que dejó de pescarlo.

Aquel comentario me hizo reflexionar. Al mirar a las otras hembras, me di cuenta de que todas tenían el pecho plano, como los machos. Pero su estructura ósea, sus rasgos faciales más

refinados y sus cuerpos más curvilíneos gritaban hembra—al menos para los estándares humanos.

—Otras dos Recolectoras se encargaron de la tarea, pero no tuvieron ni de lejos el mismo éxito. Tarakheen era codiciosa cuando se trataba de comer liexor. Cuando no pudimos satisfacer la demanda, envió a algunos Extraños a investigar.

Me abracé el torso, intuyendo a dónde quería llegar.

—Habíamos mantenido en secreto la existencia del bebé. Había sido fácil, ya que los Extraños nunca venían por aquí y no nos prestaban mucha atención. Estaba por debajo de ellos. Pero con el viento de rebelión que ya se agitaba entre los Cazadores, la gente de Tarakheen estaba más alerta. Oyeron los llantos del bebé y le informaron.

Kai se pasó una mano por la trenza, con una mirada torturada mientras relataba los hechos. Algunos de los otros hombres murmuraron en voz baja, con la ira grabada en sus rostros.

—Exigió ver al bebé. Cuando nos negamos, los Extraños utilizaron los dispositivos de sus muñecas para controlarnos. El dolor era terrible, como si unas manos con garras nos aplastaran las corapiedras y nos arrancaran el alma del cuerpo.

La mano de Kai cubrió su corapiedra como si aún pudiera sentir el dolor.

—Tarakheen estaba furiosa. Gritó a Riaxan por faltarle al respeto dando vida. Esta ciudad solo tenía una madre: ella. Ninguna otra tendría descendencia hasta que ella diera a luz a la suya. Se enfureció aún más cuando se dio cuenta de que la corapiedra del bebé no podía extraerse ni controlarse. En su ira, arrancó la corapiedra de Riaxan y ordenó a su gente que se las quitara a todas las hembras.

—¡Me quitó a mi pareja, a mi hijo y a todas nuestras hembras por despecho! —espetó un Valo grande y fornido que se encontraba entre los que nos observaban—. Y luego nos quitó la mente para que no pudiéramos defendernos.

Sus manos, empuñadas a los lados, temblaban de rabia apenas reprimida. Pero fueron el dolor y el anhelo que se dibujaban en sus facciones los que me desgarraron el corazón. Las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos ante la crueldad egoísta de aquella mujer.

—Esto está tan mal... Tenemos que sacarlas, Kai —mi voz temblaba de emoción—. Necesito una forma de entrar en la isla.

Se acercó a mí y ahuecó mi cara entre sus frías manos.

—Estamos buscando una manera y la encontraremos.

Kai me estrechó en su abrazo y yo se lo devolví, con el corazón roto al pensar en ese pequeño cuerpo atrapado en un sueño interminable antes de que su vida hubiera empezado.

Girando la cabeza hacia un lado, hice contacto visual con el compañero de Riaxan.

—La recuperaré. Te lo prometo. Las recuperaré a todas.



CAPÍTULO 9

Mis dedos peinaron los apretados rizos negros de Lydia. Me maravillé una vez más de su textura suave y flexible. Me había costado mucho convencerla de que se los dejara sueltos por la noche para que yo pudiera jugar con ellos. Decía que se le quedaban demasiado grandes e hinchados, como un sol negro gigante alrededor de la cabeza cuando no los tenía bien recogidos en una trenza.

Tonterías.

Mi Lydia era preciosa, sobre todo con su melena rebelde.

La abracé con más fuerza, ronroneando de satisfacción. Pasar las noches con el cálido cuerpo de Lydia envuelto en el mío resultaba ser el tormento más placentero. Durante los últimos cuatro días, se había convertido en nuestro nuevo ritual. Ya no podía imaginar pasar un día entero sin esas horas especiales los dos solos. Su aliento me abanicaba el pecho, mi corapietra acompañaba su pulso al de ella y su piel acariciaba la mía con cada uno de sus movimientos.

Lydia se movía mucho.

No daba vueltas en la cama, sino que se movía inquieta, frotando la cara contra mi cuello, pasando la mano por mi pecho y rodeándome con su pierna. A veces creía que intentaba subirse encima de mí.

Me encantaba.

Otras veces, como ahora, su túnica se subía y dejaba al descubierto la curva de su trasero. Eso encendía mi fuego y endurecía mi vara. Sabía que ella tampoco tenía vara porque a menudo se frotaba contra mí y yo no sentía nada entre sus piernas. Bueno, humedad una vez y el embriagador aroma de su almizcle durante una noche agitada. El sueño de Lydia había sido intenso. Había estado inquieta y había dicho mi nombre varias veces. Mi imaginación se había disparado en cuanto a lo que podría haber soñado. No me había atrevido a preguntárselo por la mañana.

Lydia se agitó y su mano se deslizó por mi hombro hasta abrazar mi corapietra. Inspiró profundamente antes de lanzar un suspiro. Se me aceleró el pulso; se estaba despertando. Apretándose contra mí, Lydia giró la cabeza y me besó el pecho. Eso no hizo nada para

disminuir mi excitación. Me debatí entre salir de la cama para ocultar mi estado o quedarme quieto. En cuanto a la desnudez y la sexualidad, no sabía muy bien a qué atenerme.

Aún recordaba su vergüenza al desnudarse ante nosotros la primera vez que le enseñamos el baño. Sin embargo, no tuvo ningún problema en entrar en contacto físico conmigo, tocarme y besarme. De hecho, parecía disfrutarlo y aprovechaba cualquier oportunidad para hacerlo. Eso me complacía. Quería hacer más cosas con ella, pero temía que se ofendiera.

La desnudez y la sexualidad eran naturales en mi pueblo. Mientras la unión se produjera entre personas suficientemente maduras y ambas dieran libremente su consentimiento, todo iba bien. Cualquier descendencia resultante sería bienvenida como motivo de regocijo dentro de la tribu, tanto si la pareja decidía convertirse en compañeros de por vida como si no. Imaginar el vientre de Lydia hinchado con mi descendencia encendió mi corapiedra.

—Alguien se está encendiendo —susurró Lydia contra mi pecho—. ¿En qué estabas pensando?

Las yemas de sus dedos dibujaron pequeños círculos en mi corapiedra. Me besó el pezón y levantó la cabeza para mirarme.

—En ti —le dije.

Enarcó una ceja.

—¿Qué pasa conmigo?

Sus dedos se desviaron hacia el otro pezón y reanudaron el movimiento circular a su alrededor. Apreté los dientes y me tragué el gemido que me salía de la garganta.

—S... se te ha subido... la túnica mientras dormías.

Se miró el trasero al descubierto y luego volvió a mirarme, con los ojos azul pálido oscureciéndose.

—¿Te molesta?

Su voz se convirtió en un susurro ronco. Mi pene palpitó en respuesta. No sabía qué responder. Frunció el ceño cuando tardé en contestar.

—La desnudez no me molesta ni a mí ni a mi pueblo. Es natural.

—¿Pero? —insistió.

—La tuya me hace sentir cosas —dije, mirándola con recelo.

—Cosas buenas, espero.

Su pierna desnuda subió por encima de la mía, su muslo rozó mi saco.

—Sí —dije con voz estrangulada—. Pero sé que ofende a tu gente.

Se rio y negó con la cabeza.

—La desnudez no ofende a mi gente. Simplemente no nos gusta mostrarnos desnudos en público. Pero no me importa estar desnuda delante de ti.

Mis músculos abdominales se contrajeron cuando su palma se deslizó por mi estómago hasta descansar justo debajo de mi ombligo.

—Solo tú —susurró antes de estirar el cuello para besarme los labios.

Incapaz de resistirme más, deslicé la mano por su espalda para agarrar la carne desnuda de su redondeado trasero.

Tan suave y cálido...

Lydia se subió encima de mí y sus pechos rozaron mi pecho. Su peso y su calor me envolvieron, abrasándome las entrañas de deseo. Deslizó las manos por detrás de mi cabeza y me mordió el labio inferior antes de chupárselo. Me encantaba cuando hacía eso, o cualquier otra cosa que implicara que me tocara.

—Alguien se alegra de verme —dijo, con su aliento acariciándome los labios.

Moviendo las caderas de un lado a otro, frotó su entrepierna contra mi erección. El calor se extendió aún más y un gemido de placer retumbó en mi pecho. Agarré su otra mejilla inferior con la mano izquierda y la apreté contra mí, sin ocultar nada de mi deseo.

Lydia rompió el beso y su boca recorrió mi mandíbula hasta llegar a mi oreja. La cálida humedad de su lengua recorrió su contorno, avivando mi fuego interior. Deslicé una mano bajo su túnica, por la curva arqueada de su espalda. Un calor abrasador tocó mi palma. Ella era mi sol, me daba vida, encendía mi corapietra y derretía el hielo de mis venas.

Ella se estremeció y su piel se llenó de esas extrañas protuberancias provocadas por el frescor de mi tacto. Me hacían cosquillas en las palmas al pasar las manos por el intrigante fenómeno. Levantándose y alejándose de mí, Lydia se sentó sobre sus ancas, con nuestros sexos alineados. Con los ojos clavados en los míos, agarró el dobladillo de la túnica amarilla que se había puesto la noche anterior y se la subió por la cabeza. Con un movimiento de muñeca, la tiró al suelo. Mi mirada la recorrió, hipnotizado por el cálido color moreno de su piel y el círculo más oscuro alrededor de sus generosos pechos. Nunca había visto unos tan grandes. Redondos y turgentes, sus duros capullos apuntaban hacia mí, provocándome.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Lydia agarró mis manos que descansaban sobre sus caderas y las llevó a su pecho. Las cerré alrededor de los perfectos orbes. Un suave gemido se deslizó entre los carnosos labios de Lydia. Tembló y se inclinó hacia mi tacto. Después de conocer a nuestras hembras, me había dicho que los pechos de las hembras humanas no se aplanaban entre embarazos. Aunque me aliviaba saber que en su mundo natal no había ningún bebé añorándola, me seguía pareciendo extraño. Sin embargo, ahora apreciaba esta peculiaridad de mi hembra.

Sentada, la arqueé hacia atrás y le cubrí el cuello y el pecho de besos. Froté mi cara contra su piel, inhalando su fresco aroma. Respondiendo a la llamada de sus tentadores pezones, me los metí en la boca. Con cuidado de no hacerle daño, los mordisqueé antes de aliviarlos con la lengua. La dulzura salada de su piel me hizo desear más.

Volvió a estremecerse y susurró mi nombre.

Nos di la vuelta para que se tumbara boca arriba. Su pecho se agitó más deprisa, al ritmo de su respiración. Mi mano acarició su cuerpo hasta la pequeña mata de vello entre sus piernas. El misterio de lo que allí se escondía había alimentado mi imaginación durante incontables horas

mientras ella dormía contra mí, o cuando la esperaba fuera mientras se bañaba. La idea de que pudiéramos no ser compatibles anudó mi interior.

Arrastrándome hacia atrás, separé sus piernas y me acomodé entre ellas. Me miró con los ojos encapuchados y los labios entreabiertos. El delicioso aroma de su almizcle me cosquilleó la nariz, haciendo que mi vara se sacudiera bajo el taparrabos. Las yemas de mis dedos giraron alrededor de los suaves rizos y el vientre de Lydia se estremeció. Al bajar la mano, me sorprendió el pequeño bulto que me recibió. Pasé el pulgar por encima y Lydia se estremeció, su gemido resonó en mis oídos. Intrigado, lo froté más rápido, más fuerte. Más gemidos guturales respondieron a mis acciones. Con las piernas temblorosas, apretó la manta que cubría la cama.

La esencia de Lydia goteaba por la abertura entre sus pliegues morados y oscuros. Sin dejar de masturbarla, introduje dos dedos en su interior, aliviado de encontrarla tan parecida a nuestras hembras. Su canal se contrajo alrededor de mis dedos. Aunque apretado, debería poder aceptarme sin demasiada dificultad. Sentí un nudo en el estómago por el deseo ardiente de enterrarme en su interior. Envolví la base de mi vara con la mano, apretándola con fuerza para acallarla.

La cabeza de Lydia se balanceaba a derecha e izquierda sobre la almohada, con sus suaves rizos húmedos de sudor. Sus dientes romos mordían su labio inferior. Yo la vería llegar al orgasmo primero. Más esencia salía de ella. Incapaz de resistirme, saqué los dedos y los sustituí por mi boca. Su espalda se arqueó.

—¡Kai! —gritó, con voz estrangulada.

Su sabor me hacía girar la cabeza. Ácida y algo salada, no podía saciarme. Cuando envolví sus labios alrededor de su protuberancia y la chupé, la mano de Lydia se cerró en un apretón apretado alrededor de la trenza en la parte posterior de mi cabeza, presionando mi cara a su núcleo. No necesitaba palabras para entender lo que necesitaba. No me detuve hasta que su cuerpo se agarró y luego se desplomó, temblando con los espasmos del éxtasis.

Estaba tan hermosa en su estado de abandono, con la piel morena brillando como piedras de cera pulida. Arrodoillado, me quité el taparrabos. La sensación de la tela rozando mi piel era casi abrasiva en mi necesidad. Lydia me recorrió con la mirada medio aturdida, fijándose en mi vara. La forma en que se relamió y sonrió debió de resultarle familiar. Abrió más las piernas y los brazos.

Mi hembra...

Una tierna emoción se apoderó de mí. La corapietra me quemaba el pecho y el calor se extendía por mis miembros en una oleada de placer y dolor. Volví a arrastrarme y me tumbé sobre ella. Siseé al contacto con su piel ardiente. Me dolía y a la vez me sentía tan bien. Lydia me rodeó con los brazos y yo aspiré aire entre los dientes al sentir el tacto abrasador. Sus ojos se abrieron de par en par, comprendiendo la causa, y bajó la temperatura.

—¡No lo hagas! —susurré contra sus labios—. Te quiero tal como eres.

Frunció el ceño, preocupada.

—No quiero hacerte daño.

Sonreí.

—No te preocupes. Quiero tu calor. Quiero tu llama. Quiero todo de ti.

Me metí dentro de ella. El infierno húmedo de su estrecho canal me envolvió. Con lentos empujones al principio, empecé a entrar y salir de ella. Cada brazada amenazaba con prenderme fuego mientras sus palmas dibujaban un rastro ardiente por mi espalda. Tenía el sol entre mis brazos y no quería soltarlo nunca. ¿Qué importaba que me quemara? Me perdí en sus llamas, sus gemidos ásperos me llenaron los oídos y un placer casi insoportable me consumió. En ese instante, ella era mía y yo era suyo.

El grito de su liberación y las convulsiones de su canal me llevaron al límite. Me sacudí dentro y fuera de ella mientras mi semilla fluía dentro de ella a chorros de felicidad, enfriando la caldera que se apoderaba de mí.

Me puse boca arriba y tiré de ella hacia mí. El corazón acelerado de Lydia golpeaba mi pecho, su respiración caliente y agitada soplaba en mi cuello. La abracé, observando las columnas de vapor que surgían de su piel donde nos tocábamos.

Mi sol... Mi iwaki... Mi compañera...

En ese instante, algo cambió. No sabía qué, pero lo sentí en mi corapietra.



Lydia recuperó doce corapiedras más en sus dos viajes del día. Mañana, el último de mis hermanos sería rescatado, dejando a las hembras todavía varadas fuera de su alcance. Tras despertar al grupo de hoy y darles la oportunidad de orientarse, nos reunimos en la sala principal para tratar este asunto. Durante la última semana, habíamos mantenido muchas discusiones sobre cómo llevar a Lydia a la isla y volver, ilesa.

El calor nos impedía acercarnos lo suficiente como para construir un puente en condiciones, y Lydia no tenía la fuerza necesaria para cargar losas de piedra. Aunque combináramos nuestros esfuerzos, un puente de hielo no duraría—lo intentamos—y la cantidad de vapor creada por el hielo deritiéndose sobre la lava dañaría gravemente a Lydia, por no hablar de las corapiedras.

Tras muchas deliberaciones, acordamos apilar tantas losas de piedra como fuera posible en un mismo lugar y esperar que el lago de lava no fuera demasiado profundo. Sería complicado. A decir verdad, no teníamos muchas esperanzas de que funcionara, pero sin más opciones, al menos teníamos que intentarlo. Con todos de acuerdo, nos dirigimos a la cantera. A pie, representaba un largo viaje, pero no para los Valos del Norte.

Me moría de ganas de llevar a Lydia a deslizarse.

Mientras marchábamos hacia la salida, mi corapietra palpitaba de emoción al verme rodeado de mis hermanos. Ochenta y tres de nosotros, fuertes, enteros, y una vez más impulsados por el propósito y la esperanza, gracias a la hermosa hembra a mi lado.

Mi hembra.

Me sonrió y mi mano se estrechó en torno a la suya.

Aunque no habían bajado del todo la guardia, mis hermanos se estaban relajando con ella. Podían sentir el cambio en mi relación con Lydia y no sabían cómo manejarlo. Para ser justos, yo tampoco sabía a qué atenerme. Le gustaba lo suficiente como para querer unirse a mí, pero ¿eso era todo? ¿Me había elegido porque era la primera vez que interactuaba con ella? ¿Se cansaría de mí y buscaría a otro?

No quería pensar en eso. Me hacía arder mi corapietra de un modo muy desagradable.

Subimos las escaleras hasta la superficie y nos alineamos en la llanura abierta que se extendía ante la ciudad. Lydia me miró expectante, preguntándose qué pasaría. Yo sonreí, ya no preocupado por mostrar mis afilados dientes desde que ella me había enseñado a besarnos con la lengua. Esta era otra de sus extrañas maneras humanas que realmente yo disfrutaba.

Planté los pies firmemente en el suelo, el izquierdo hacia delante y el derecho hacia un lado. Dejando un espacio entre ellos para mantener el equilibrio, invoqué la escarcha y construí una tabla de hielo bajo mis pies, lo bastante ancha y gruesa para que Lydia pudiera montarse conmigo. Sus ojos se abrieron de par en par y lanzó miradas furtivas a los demás, que también habían construido versiones más pequeñas de la tabla de hielo bajo sus pies. La subí a mi tabla, le rodeé la cintura con un brazo y la estreché contra mí.

—Agárrate fuerte —dije contra sus labios antes de plantarle un suave beso en la boca.

Ella me abrazó y apretó su pecho contra mi corapietra. Por un momento me pregunté si las botas que Zak había fabricado para ella con el viejo calzado de los Extraños serían demasiado resbaladizas para la tabla de hielo. Por precaución, tejí una fina capa de hielo alrededor de sus pies, lo bastante fuerte como para evitar que resbalara, pero lo bastante endeble como para que se rompiera si se caía y no se hiciera daño en los tobillos.

Lydia chilló sorprendida y se agarró con más fuerza a mí cuando lancé una ráfaga de escarcha contra la humedad del aire, impulsándonos hacia delante. Con cada ráfaga, aumentaba nuestra velocidad y la tabla se deslizaba sobre la superficie casi plana de la llanura helada. Pronto, el viento crujió a nuestro alrededor. La risa de Lydia resonó en mis oídos.

—¡Esto es increíble! —gritaba entre carcajadas—. ¡Más rápido! ¡Más rápido!

El orgullo y la felicidad llenaron mi corapietra mientras la obedecía. Una fina capa de escarcha cubría su piel, haciéndola tan blanca como la nieve compacta que cubría el suelo. La había visto así antes, pero nunca había sentido su cuerpo contra el mío en ese estado. Por mucho que me gustara el ardor de su calor, esto me dejó sin palabras. El frío le daba a su piel un toque ligeramente más duro, haciéndola sentir como un Valo. ¿También tendría frío por dentro?

Mi vara se puso rígida al pensarlo. Casi deseé haberle permitido hacerlo esta mañana, cuando ella había querido. Pero no podía arrepentirme de lo que habíamos compartido y de su calor abrasador. Habría otras ocasiones... esperaba.

—¡Rebásalo! —gritó Lydia, señalando a Neixor ligeramente por delante de nosotros.

Con solo su propio peso que llevar, los demás iban por delante, algunos a una distancia notable. Ansioso por complacer a mi hembra, aumenté la velocidad. En cuestión de segundos, lo alcanzamos y luego lo rebasamos. Lydia chilló en señal de victoria y apuntó al siguiente objetivo. Al cuarto Valo que rebasamos, yo ya estaba metido de lleno, disfrutando del juego. Los demás se dieron cuenta enseguida y contraatacaron, compitiendo contra nosotros y entre ellos. Cuando llegamos a la cantera, todos nos reíamos y estábamos animados. Hacía demasiado tiempo que no estábamos tan despreocupados.

Otro regalo de mi hembra.

Solté sus pies de la capa de hielo y desenredé la tabla de hielo. Aunque lejos de E'Lek, esta sección del acantilado era profunda y ancha. Recoger piedras de ella no pondría en peligro la estabilidad del suelo más allá y las innumerables formas de vida que moraban en la meseta.

Acaricié la espalda de Lydia a través de la túnica roja que llevaba hoy, ya que había rechazado los abrigo más cálidos que llevaban los Extraños cuando viajaban por la tierra. Con los ojos brillantes de emoción, observó a mis hermanos dirigirse hacia el acantilado de piedra. Sus cuerpos se hinchaban, se hacían más altos y voluminosos a medida que adoptaban su forma de batalla.

—No tengas miedo, mi Lydia.

No lo tenía.

Sus labios regordetes se entreabrieron con asombro y su mirada se dirigió a un lado y a otro, observando las formas corpulentas de mis hermanos.

—*Jodidamente rudos...* —susurró.

No conocía el significado de esa palabra, pero por su tono, supuse que expresaba admiración. Volvió sus ojos luminosos hacia mí, con una mirada expectante. Un repentino ataque de timidez me hizo un nudo en el estómago. Me pasé la mano por la trenza, sintiéndome tonto. Lydia ya había visto mi forma de batalla, aunque en circunstancias trágicas. ¿Y si no le gustaba o le parecía fea? ¿Y si volvía a asustarla?

Su cuerpo puede ser frágil, pero mi Lydia es fuerte.

Ella realmente era fuerte, inteligente y valiente. Una persona débil no podría haber sobrevivido a todo lo que había pasado desde la traición de su gente y después de estrellarse en Sonhadra.

Retrocedí un par de pasos e invoqué mi forma de batalla. La banda elástica de mi taparrabos se estiró para adaptarse a mi cintura cada vez más ancha. Lydia pareció encoger de tamaño mientras yo crecía dos cabezas más por encima de ella. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarme. El sonido crepitante y chasqueante del hielo que me expandía y remodelaba cesó cuando la última placa de hielo se posó en mi hombro.

Me quedé inmóvil, con mi corapiedra palpitando mientras esperaba su reacción. Sin miedo, Lydia dio un paso adelante y me puso las palmas de las manos sobre el pecho. Tras despojarse de su escarcha, contemplé fascinado su hermosa piel oscura que se extendía sobre mi placa azul

pálido. Ojalá mi armadura de combate no bloquease la calidez y suavidad de su tacto. Solo me permitía percibir dónde hacían contacto sus manos y con cuánta fuerza, pero nada más.

Levantó el brazo, me acunó la cara entre las manos y se puso de puntillas. Me incliné y ella apretó sus labios contra los míos. Mi corapietra se encendió bajo la gruesa capa de hielo que la protegía. Con cuidado de no herirla con los pinchos helados de mis brazos y hombros, la atraje hacia mí y le devolví el beso.

—Mi Lydia —susurré cuando se apartó.

—Mi Kai —respondió ella, con una mirada tierna en los ojos.

Una bola de fuego estalló en mi pecho, extendiendo ese agradable calor por mis extremidades, hasta los huesos. Le sonreí por haberme reclamado.

Ella se sobresaltó.

—¡Será mejor que *no* me comas con esos!

Solté una carcajada, y los brillantes gritos de ella se unieron a los míos. En esta forma, todo era más grande, más aterrador. Solo podía imaginar cómo le parecerían mis dientes puntiagudos, teniendo en cuenta que con ellos podía cortar la columna vertebral de criaturas tres veces más grandes que ella.

—No temas, mi Lydia. Me importas demasiado como para comerte.

A pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, mis hermanos nos lanzaron miradas confusas. No podía culparles. En su lugar, yo también me habría preguntado por qué un Valo pondría así su boca contra otra persona.

Construí un ancho bloque de hielo para que Lydia se sentara si se cansaba y, con mucha reticencia, la dejé para ir a ayudar a mis hermanos. Como Valos del Norte, todos poseíamos una gran afinidad con el agua. Podíamos sentirla, incluso como mera humedad en el aire, manipularla y controlar su temperatura. Usándola, cortar bloques de piedra no requería fuerza, sino delicadeza y precisión.

Me coloqué frente a la pared rocosa de la cantera, junto al pliegue donde cavaría. Empujando la humedad hacia ella, congelé justo la cantidad necesaria hasta que el hielo hinchado fracturó la piedra. Deshice el hielo y repetí el proceso, cortando más profundamente en el pliegue para tallar un bloque de dimensiones apropiadas.

Mientras trabajaba, no perdía de vista a Lydia, no solo para asegurarme de que no sufriera ningún daño, sino porque no podía resistir el impulso de contemplarla. Qué criaturas tan extrañas, estos humanos.

Había apilado tres bolas de nieve, una encima de otra. La de abajo era la más grande y la de arriba la más pequeña. Con trozos de piedra que encontró en el suelo, hizo lo que supuse que eran ojos, nariz y boca en la bola pequeña. No entendí el significado de los ojos que hizo en línea recta en la bola del medio. Un rato después buscó algo en la cantera. Cuando se lo pedí, preguntó si había algún árbol muerto cerca. Necesitaba dos ramas para los brazos de Frosty. Al parecer, aquel montón de nieve era macho y famoso entre los humanos. Le hice dos ramas finas de hielo

que ella pegó alegremente a los lados de la bola central para que sirvieran de brazos a Frosty.

¿Quién le pone nombre a un montón de nieve?

Gente extraña.

Con tantos de nosotros, y especialmente casi dos docenas de Mineros y Constructores, no tardamos nada en reunir la carga de bloques y losas de piedra que habíamos acordado. Dado que varias criaturas excavaban bajo tierra, no queríamos arriesgarnos a provocar derrumbamientos cargando con un peso mucho mayor del que realmente podríamos tener.

Cuando nos dispusimos a regresar, encontré a Lydia de espaldas, agitando los brazos y las piernas en la nieve. Antes de que pudiera preguntarle, se levantó y me preguntó si me había gustado su ángel de nieve, señalando la marca que había dejado en el suelo. El brillo de sus ojos me dijo que intentaba confundirme a propósito. Aun así, juró que era algo común que los humanos hacían en la nieve.

Gente muy extraña.

Para la vuelta a casa, colocamos nuestras losas y bloques de piedra sobre una tabla de hielo más gruesa. Nos dispersamos, partiendo en oleadas separadas, para evitar concentrar el gran peso de nuestras piedras y formas de batalla. Al ser más fuertes en esa forma, sería más fácil llevar las piedras a casa. Eso también significaba que esta vez no habría carrera ni competiciones. Por las expresiones de decepción en los rostros de mis hermanos, sabía que las carreras se convertirían en una actividad habitual entre nosotros. Ya se me ocurrían variaciones con equipos y objetivos. Xinral me dio la idea antes, cuando formó equipo con Hyezev para frenar el ímpetu de Duke cuando intentaba adelantarles. ¡Esto sería divertido!

Divertido. Una palabra que habíamos olvidado durante siglos. Solíamos ser un pueblo juguetón. Los Valos del Norte volverían a serlo.

Senté a Lydia en la parte superior de mi pila de bloques de piedra e hice asas para subir el lado de piedra de la tabla de hielo para que ella se agarrara si era necesario. Viendo que no nos moveríamos tan rápido, ella probablemente no las necesitaría.

Ni siquiera habíamos llegado a la mitad del trayecto cuando los Valos que iban en cabeza se desviaron. Nos hicieron señas, pero no entendí su señal. Los Cazadores más cercanos a mí fueron los primeros en separarse, indicando a los demás que les siguieran. Obedecí. Segundos después, oí un golpe sordo y la primera vibración.

Orzarix.

Miré a Lydia, sentada sobre las piedras. Con los ojos cerrados y una sonrisa de satisfacción en los labios, ofrecía su rostro a la caricia de los rayos del sol y a la fresca brisa que nos azotaba. Se me revolvió el estómago de miedo. Era demasiado frágil e indefensa. Si la bestia venía a por ella, no tendría ninguna oportunidad. Espoleado por el miedo, apresuré el paso, haciendo que la tabla de hielo se tambalease hacia delante.

Sorprendida por el repentino movimiento, Lydia abrió los ojos y me dirigió una mirada inquisitiva. Agarró las manijas de hielo y se sobresaltó al oír el golpe más fuerte y la vibración

más intensa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, moviendo la cabeza a derecha e izquierda, buscando—. ¿Por qué se dispersa todo el mundo?

—Te mantendré a salvo —juré.

Como si desafiara esa afirmación, el hielo y la nieve estallaron a poca distancia, acompañados por el estruendoso rugido de un orzarix. Los seis enormes y mortíferos cuernos blancos de la cabeza de pesadilla que salió del cráter marcaban a la bestia como un macho alfa. Sus dos patas delanteras emergieron del agujero, clavando sus feroces garras en el suelo helado. La criatura se levantó en una lluvia de hielo y nieve y volvió a rugir tan fuerte que hacía doler los oídos. Lydia se tapó los oídos con las manos y gritó de dolor.

El rugido cesó y la bestia giró la cabeza para mirar en nuestra dirección. La supervivencia en Sonhadra dependía en gran medida del camuflaje. Mis hermanos y yo, e incluso las piedras blancas sobre las que estaba sentada mi hembra, nos confundíamos con este páramo helado. Lydia, con su piel oscura y su túnica roja, no podía ser un blanco más fácil. Los ojos amarillos del orzarix se clavaron en ella. Su boca se estiró en una sonrisa mortal mientras mostraba dos filas de dientes letales y un par de colmillos gigantes.



CAPÍTULO 10

LYDIA

Se me paró el corazón al ver a aquella criatura infernal. De cinco o seis metros de largo, la bestia parecía un cruce entre un gorila y un tigre dientes de sable, con la boca llena de dientes de daga. Incluso desde la distancia, el oro líquido de sus ojos me hipnotizó. El hielo y la nieve que se aferraban a su largo y desgredado pelaje blanco salieron volando cuando se sacudió como un perro mojado. Se me revolvió el estómago de terror y el sabor agrio del miedo me llenó la boca cuando bajó su cabeza de simio cubierta de escamas. Seis cuernos gigantes me apuntaban, dos en la parte superior de la cabeza y los cuatro restantes divididos en dos pares a cada lado de las sienes, como un toro.

Cargó contra nosotros.

Grité cuando unos brazos fuertes y fríos me apartaron de los bloques de piedra y mi protector echó a correr. Los pinchos y los salientes cristalinos de la armadura de combate de Kai se clavaron en mi espalda y detrás de mis piernas, donde me sujetaba. Me importaba una mierda. Solo quería que nos alejáramos del monstruo. Kai corría a la velocidad del rayo, el viento silbaba en mis oídos. A pesar de eso, el golpeteo de los pies de la criatura sonaba más cerca. El corazón me martilleaba la garganta y los dientes me castañeteaban con tanta fuerza que creí que se me romperían. No sabía si la causa era el miedo o el brutal traqueteo de los movimientos de Kai. Necesitada de ver qué ocurría, estiré el cuello para mirar por encima de su hombro.

Los otros Valos corrían hacia la criatura, acercándose para interceptarla. Incluso en su forma transformada, pude reconocer sus rostros. Los Cazadores lideraban el contraataque, seguidos de cerca por los Constructores. Los Artesanos se quedaron quietos en la retaguardia, moviendo las manos con las palmas hacia arriba. El gesto invocó púas y muros de hielo frente a la bestia. Esta los atravesó con un esfuerzo mínimo sin sufrir daños aparentes. Pero la ralentizaron... al menos un poco.

En las manos de los Constructores se formaron gruesas lanzas de hielo que lanzaron a la cara del monstruo. Al igual que los pinchos, se rompieron al contacto sin hacer sangre. No sabría decir si le hicieron daño o si las astillas le picaron en los ojos, pero la criatura redujo aún más su velocidad, agitando una enorme pata ante los proyectiles que se acercaban. Cegada, no vio que

los Cazadores se abalanzaban sobre ella en un asalto perfectamente coordinado. La criatura retrocedió y cayó por la fuerza del impacto. Con las manos empuñadas en gigantescas rocas cubiertas de pinchos de hielo, los Valos golpearon su vientre. Rugiendo, sin duda de dolor y rabia, la bestia arremetió contra sus atacantes, obligándoles a retroceder para poder rodar sobre su parte delantera.

Los Constructores volvieron a golpear la cara del monstruo con lanzas de hielo. Mientras intentaba protegerse los ojos, la criatura luchaba por ponerse en pie. Cada vez que casi lo conseguía, uno o más Cazadores se clavaban en las patas de apoyo para obligarla a volver a caer. Todo el tiempo, los Constructores golpeaban su bajo vientre invocando pinchos de hielo bajo ella.

El mundo dejó de temblar cuando Kai se detuvo en la cima de una pequeña colina, una de las escasas elevaciones de este tipo en el paisaje llano. Me puso en pie y me examinó para ver si estaba herida.

—Estoy bien —dije, estirando el cuello para ver la acción.

Aunque era cierto, mi cerebro seguía rebotando en el cráneo a causa de aquella carrera rocosa, y sentía la piel sensible donde se habían clavado los pinchos de Kai. Un pensamiento terrible apareció entonces en mi mente. Ahora me dejaría para ir a ayudar a los demás. Levanté la cabeza hacia él y tragué la amarga bilis del miedo.

Leyendo mis pensamientos, Kai me acarició la mejilla para apaciguarme.

—Tranquila, mi Lydia. No me iré de tu lado. Hay suficientes hermanos míos para encargarse de esto sin mi ayuda.

No sabía si lamentaba no poder unirse a ellos, pero el alivio me inundó. Me abrazó y apoyé la espalda en su pecho. Algo no encajaba. Tardé un momento en darme cuenta.

—¡No te quedaste sin aliento ante semejante huida!

—No. Los Valos ya no necesitan aire desde el cambio.

¡Santo cielo!

Abrí la boca para hacer otra pregunta, pero el rugido enfurecido de la criatura reclamó mi atención. A pesar del terror que me inspiraba, mi corazón se llenó de compasión por la criatura. Tenía que estar sufriendo terriblemente por la paliza que le propinaban los Valos. Deseé que pudieran acabar con ella rápidamente.

—Nada de lo que hacen parece hacerle daño —reflexioné en voz alta—. Solo enfurecen más a esa bestia.

—La están agotando —dijo Kai.

—Parece indestructible —dije con asombro.

—Es un macho alfa. Un orzarix completamente maduro, como indican los seis cuernos de su cabeza. Ese pelaje esconde escamas casi impenetrables. La única forma de matarlo es cansarlo lo suficiente como para que se quede sin aliento. Entonces, alrededor de su cuello y nuca, tres hileras de escamas se abrirán como las branquias de un pez. Esos son sus puntos vulnerables.

Me estremecí. Si me hubiera encontrado con uno de esos de camino a la ciudad, me habría comido viva. La maldita cosa era casi imposible de matar.

—¿Hay muchos de esos merodeando por ahí?

La risa de Kai vibró contra mi espalda.

—No. Nunca se acercan a E'Lek. Nada te comerá, mi Lydia.

Gracias a Dios.

—Se acabará pronto. Hay demasiados de mis hermanos manteniéndolo abajo. Normalmente, solo tres o cuatro Cazadores luchan contra ellos. Puede tomar medio día derrotar a un orzarix.

Las palabras de Kai resultaron proféticas cuando, menos de diez minutos después, el pelaje alrededor del cuello de la bestia alfa se levantó como volantes. A la velocidad del rayo, el apoyo de Riaxan—Toerkel, creía que se llamaba—saltó sobre el lomo de la criatura. Su mano se extendió en una larga espada que clavó entre las *branquias*.

El orzarix se detuvo, con una expresión de sorpresa en el rostro. Sus ojos y su rostro adquirieron un aspecto cristalino y gélido. Sus piernas temblaron antes de que su enorme cuerpo se desplomara en el suelo, levantando una nube de nieve en el aire.

—Muerte limpia —dijo Kai, sonando complacido.

—Todavía no sangra —dije, sintiéndome confusa, aunque aliviada por haberme librado de ver las vísceras.

—No lo hará —dijo Kai, levantándose para volver a bajar la colina—. Toerkel le congeló el cerebro. Muerte instantánea, sin dolor de agonía.

Nos reunimos con los demás y todos recuperaron sus losas de piedra que habían abandonado aquí y allá para la batalla. Cuatro Cazadores distribuyeron sus piedras entre sus hermanos para que pudieran estar libres para arrastrar al orzarix de vuelta a la ciudad. Recordaba muy bien a Kai diciéndome que su gente no desperdiciaba. Como no comían, esperaba que mi dieta incluyera un montón de filetes de monstruos espeluznantes en un futuro próximo.



Hicieron falta cinco días más destinados a recoger piedras antes de que los Valos se sintieran seguros de que teníamos suficiente para intentar construir el puente. Kai me prohibió seguir vistiendo atuendos coloridos cuando salimos de las inmediaciones de la ciudad. Las túnicas blancas, y cubrir mi piel oscura con una capa de escarcha, me permitían mimetizarme con el paisaje helado como hacían los Valos. Por suerte, no nos encontramos con otro orzarix. No disfruté del susto, y tardaría toda una vida en comerme toda la carne del primero.

Como estaba previsto, se convirtió en parte de mi comida diaria, y experimenté con varias formas de cocinarla. Pero no me importaba. Sabía a carne de cabra. Un poco de salsa de curry y naan lo habrían hecho aún mejor.

Los Artesanos y Cazadores seguían procesando cada parte de la criatura, tratando su pelaje,

que les ocupaba la mayor parte de su tiempo.

Con el último de los machos despertado, esos cinco días dieron a los Valos la oportunidad de acostumbrarse más a mi presencia, y a mí de reponer fuerzas. Por encima de todo, nos dio a Kai y a mí el tiempo para unirnos aún más.

No creía en el amor a primera vista, pero sabía que había algo especial cuando lo veía a la cara. Sucediera lo que sucediera entre nosotros, yo quería más. Nunca nadie había sido tan dulce y entregado a mí. Con él, las cosas eran sencillas y honestas. Siempre sabía a qué atenerme y cómo se sentía él. Aunque a menudo le resultaba extraña, aceptaba nuestras diferencias y mis rarezas sin reparos. Normalmente le parecían graciosas o tontas, y acababa adoptando algunas de ellas. Kai asentía y se encogía de hombros como todo un profesional. Incluso sorprendí a Duke haciéndolo un par de veces.

Y el sexo...

¡Madre mía!

Decir que era fuera de serie no empezaba a hacerle justicia. Kai era una máquina. Quiero decir, el tipo no respiraba, así que nada de quedarse sin aliento o cansarse. ¿Y lo mejor? Solo tenía que mirarle la ingle o hacerle cosquillas en el ombligo para que se le pusiera dura otra vez. Kai demostró ser un amante generoso y paciente, abierto a la experimentación. La primera vez que se la chupé, su corapiedra brilló tanto que temí que le quemara la espalda. Enseñarle el sesenta y nueve también había sido muy excitante, aunque daba un poco de miedo con sus afilados dientes.

A pesar de todo, Kai no había sido virgen y sabía cómo complacer a una mujer. Cuando por fin me armé de valor para preguntarle si tenía novia o pareja entre sus hembras, se ofendió. Aunque eran muy liberales en lo que se refería al sexo, no engañaban cuando estaban involucrados en una relación comprometida. Los Valos mantenían las cosas sencillas. Si no eras soltero, estabas emparejado o apareado. Soltero significaba que podías acostarte con cualquier otra persona soltera que quisieras, cuando quisieras. Emparejado podía compararse con una cita: una relación exclusiva entre uno—o más compañeros—sin involucrar a nadie más. Y apareado constituía un compromiso para toda la vida. El divorcio no existía entre ellos. Según Kai, éramos una pareja. Para su deleite y alivio, yo estaba de acuerdo.

Eso también explicaba la presencia de los dormitorios en la ciudad baja, aunque ya no necesitaran dormir. Antes de que la Creadora les quitara las corapiedras, los Valos seguían utilizándolas para hacer travesuras. Cuando pregunté por qué no había puertas entonces, Kai me explicó que, cuando se utilizaban, la pareja construía un muro de hielo para tener intimidad e informar a los demás de que se mantuvieran alejados.

Me pregunté cómo reaccionarían las hembras ante mi presencia.

En un par de horas, estaría recuperando sus primeras corapiedras si todo iba bien con el puente. Saber que ninguna exnovia despechada intentaría romperme el cráneo por ello disminuía parte de mis preocupaciones. Sin embargo, la idea de cruzar un lago de lava me aterrorizaba por

dentro. ¿Y si me quedaba varada en la isla? O peor aún, ¿y si el puente se derrumbaba bajo mis pies? A pesar de poner buena cara, Kai compartía mi preocupación. Pero abandonar a las hembras a su suerte no era una opción.

Después de una abundante comida matutina para reponer fuerzas, convencí a Kai para que viniera a bañarse conmigo en el río. Pero él no necesitaba bañarse. Como nunca le había visto hacerlo, le pregunté cómo hacía para estar siempre tan limpio y oler tan fresco. Me explicó que se cubría el cuerpo con una fina capa de hielo, que atrapaba la piel muerta y la suciedad, y luego se desprendía de ella, limpiándose así en cuestión de segundos. Aun así, me encantó la idea de compartir mi rutina matutina con él en lugar de tenerlo sentado observándome, ya que el agua termal le haría daño.

Los rayos del sol de primera hora de la mañana brillaban sobre la llanura cubierta de nieve, haciéndola resplandecer como un mar de diamantes. Ni una sola nube adornaba el despejado cielo azul. Desde mi llegada a Sonhadra, dos semanas atrás, no había llovido ni una sola vez, aunque nevó durante un par de horas. La nieve crujía bajo mis pies cubiertos de botas mientras Kai me llevaba de la mano hasta el río. Estaba a menos de cincuenta metros de las murallas de la ciudad, pero Kai siguió caminando más abajo, más allá de la red fluvial y más allá de una pequeña colina para garantizarnos intimidad en caso de que salieran sus hermanos.

Había descubierto que la fruta de río no crecía en el jardín subterráneo, ya que necesitaba un clima más cálido. La fruta crecía en árboles cercanos a ríos y lagos y a menudo caía al agua, que la arrastraba hacia nuevos terrenos donde echar raíces. Casi a diario, una docena bajaba por la cascada arrastrada por la corriente. La red los atrapaba mientras flotaban junto a la ciudad para ser recogidos por los Recolectores. Cuando se les alimentaba con carne de fruta de río, los bichos paexi producían una resina blanca brillante. Kai había estado trayendo los frutos a la ciudad baja para continuar su trabajo, proporcionándome el sustento que tanto necesitaba el día que llegué aquí.

Me despojé de la túnica y me quité las botas, disfrutando del frío de la gruesa capa de nieve bajo mis pies. Kai se quitó el taparrabos. Su asta se alzaba orgullosa y alta bajo mi mirada, con la hendidura de la punta roma guiñándome un ojo. Aunque impresionante, la vara de Kai, como él la llamaba, no era tan grande como para asustarme. Tenía el mismo color azul hielo que el resto de su piel, con crestas onduladas a lo largo. Debajo de ella colgaba un gran saco esférico. Aparte de la extraña trenza en la nuca, los Valos no tenían vello corporal. Cuando sugerí que me afeitaría el vello púbico, el grito de indignación de Kai puso fin a esa idea. Le encantaban mis ricitos.

Sintiéndome traviesa, me agaché, rastrillé la nieve con la mano y se la lancé. Antes de que pudiera reaccionar, corrí hacia el río, riendo como una colegiala. En cuestión de segundos, el crujido de sus pies golpeando el suelo me alcanzó. Un chillido salió de mi garganta cuando sus fuertes brazos me levantaron y él continuó bajando hacia el río.

Salpicó agua helada, agujas de hielo que me pinchaban la piel y me azotaban la sangre. Me

encantaba el frío y no gasté energía en bajar mi temperatura, sabiendo que mi cuerpo se adaptaría de forma natural. Sin dejar de reír, le rodeé con los brazos y las piernas. Las manos de Kai se posaron en mi trasero, estrechándome mientras se sumergía y hasta que el agua lamíó la curva inferior de mis pechos. Había “olvidado” el jabón y la toallita junto a mi ropa. Algo... o más bien alguien más atraía mi interés en ese momento.

Nos besamos, y mis paredes internas se apretaron con anticipación. Un hambre tan voraz me desconcertó. Había tenido una vida amorosa normal antes de que las cosas se fueran al infierno. Mis ex habían sido buenos chicos, pero no los adecuados. Lo mío había sido el sexo ocasional, casi siempre vainilla, con muchos preliminares. Con Kai, la zorra atrevida, salvaje y perversa había tomado el control. Antes, yo nunca había dado el primer paso. Se habría sentido ... impropio, indecente. Pero aquí, podía ceder a mis deseos e impulsos sin miedo a ser juzgada.

Los labios de Kai se abrieron, y su lengua rogó por entrar. Le di la bienvenida. La textura áspera que acariciaba y exploraba mi boca hizo que se me estremeciera el estómago, recordando lo que sentía entre las piernas. Consciente de sus afilados dientes, nuestras lenguas danzaron juntas y sentí un cosquilleo en la boca por su sabor frío y crujiente.

Una de sus manos se deslizó por mis nalgas y se metió entre mis piernas para frotarme el nódulo. Gemí en su boca y me apreté más contra él. Su erección se tensó contra mi vientre. ¿Cuántos hombres podían presumir de mantenerla dura como una roca en agua helada? Metí una mano entre los dos y rodeé su miembro con la palma. Kai siseó contra mis labios y aceleró los movimientos de esos dedos suyos que tanto me atormentaban. A pesar del frío, sentí calor en la boca del estómago. Lo acaricié, y las crestas que rozaban mi mano me recordaron lo vacía que me sentía. Rompiendo el beso, deslicé mis labios hasta la hoja de su oreja.

—Te necesito dentro de mí —le insistí.

Complacido, me soltó el clítoris y me levantó antes de empalarme en su erección. Eché la cabeza hacia atrás, gritando de placer. Un gruñido hambriento retumbó en el pecho de Kai, vibrando contra el mío mientras se mecía dentro y fuera de mí. Mis paredes se estrecharon al sentirlo frío, realzando la sensación de sus crestas con cada caricia. Me inclinó hacia atrás y cerró la boca en torno a mi pezón, chupándolo con avidez. Mis dedos se curvaron de miedo y excitación cuando sus dientes rozaron el duro nódulo. El agua helada me lamía la columna y la nuca, haciendo que la piel me ardiera de confusión por el calor que se acumulaba en mi interior.

Deslizand sus manos por mi espalda, a ambos lados de mis pechos, Kai me inclinó aún más sobre la superficie del agua. Cambiando el ángulo de sus embestidas, sacudió las caderas hacia arriba, golpeando cada vez mi punto sensible. Las estrellas estallaron detrás de mis ojos. Grité. Con las piernas temblorosas y las uñas clavadas en sus antebrazos, me entregué a un caos de sensaciones.

Medio aturdida, miré a Kai, que se alzaba sobre mí como todo un dios. Su cabeza calva bloqueaba el resplandor del sol, enmarcándolo con un halo brillante. Su piel húmeda brillaba con los rayos del sol y la luz pulsante de su corapietra. Con los ojos brillantes, las afiladas líneas de

su rostro lo hacían aún más temible mientras enseñaba los dientes con placer. Apretó las manos y aceleró el ritmo, penetrándome más profundo, más rápido, más fuerte. No quería que se detuviera.

El agua me salpicó el estómago y me mordió las mejillas. El miedo, la felicidad y la ardiente necesidad me retorcían por dentro. Mi hermoso alienígena me mataría de placer, devoraría mi alma y arrojaría mis restos a las heladas profundidades del río.

Mi visión se volvió blanca y mi cuerpo se agarrotó. La violencia de los espasmos que sacudieron mis miembros me habría hundido si Kai no me hubiera vuelto a acercar a él. Antes de que pudiera recuperarme, gruñó su liberación en mi oído. El calor de su corapietra me quemó el pecho mientras los fragmentos helados de su semilla me apuñalaban el vientre. Volví a desmoronarme.

Sin huesos, me desplomé contra él, jadeando sobre su hombro. Perdida en una neblina sensual, no me di cuenta de que Kai me llevaba a la orilla para recoger el paño y el jabón, antes de volver al río. Cuando recuperé el sentido, Kai insistió en lavarme y yo le dejé. De la mano, me acompañó hasta nuestras ropas.

La preocupación volvió a aparecer cuando mi mente se centró en la tarea que me esperaba.

Cogí mi túnica blanca. Dos enormes ojos de obsidiana se abrieron en la nieve cuando la cogí. El grito agudo que salió de mi garganta lastimó mis cuerdas vocales. Retrocedí y me llevé la mano al pecho para evitar que el corazón se me saliera. Con los dientes enseñados, listo para atacar, Kai dio un paso adelante. Se quedó inmóvil cuando los ojos negros parpadearon y la mancha de nieve resultó ser una pequeña criatura peluda. Chilló, corrió un par de metros y se detuvo frente a nosotros.

Kai se echó a reír y relajó la postura. Con el pulso aún acelerado, examiné al pequeño intruso. El pelaje blanco de un gato persa cubría el pequeño cuerpo de la criatura, parecido al de una ardilla. Su esponjosa cola se alzaba detrás de la cabeza mientras unas diminutas garras se clavaban en la nieve. Escamas blancas cubrían su cara, que me recordaba a la de un hurón, salvo que era más ancha para dar cabida a unos enormes ojos negros sin pupilas. Ladeó la cabeza y las tres filas de cuernos de dragón azul hielo que decoraban su cabeza brillaron bajo el sol. Uno empezaba en la punta del hocico y subía en línea recta hasta la mitad de la cabeza. Los otros dos empezaban en la frente y se curvaban hacia las orejas.

¡Era extremadamente adorable!

Lo que significaba que probablemente intentaría comerme, envenenarme o poner algún huevo alienígena dentro de mi cuerpo que estallaría en una lluvia de sangre y vísceras. Miré a Kai para saber si debía empezar a correr, pero él se quedó parado con una sonrisa tonta.

El monstruo cuchi se acercó un par de pasos y olfateó el aire. Sus largas garras se clavaron en la nieve y dejaron pequeñas huellas.

—¿Qué está haciendo? ¿Y qué es eso? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Es una sekubu, y está confirmando que tú eres la fuente del olor que la atrajo hasta aquí.

¡Lo sabía! ¡Nunca te fíes de los que son lindos y tiernos!

—¿Mi olor? ¿Quiere comerme? —pregunté, dando un paso atrás.

Kai se rio de nuevo y sacudió la cabeza.

—No, mi Lydia. Deja de pensar que te va a comer. Definitivamente no serás comida por ella, aunque a los sekubus les gusta la carne, especialmente cruda. Ten cuidado de no sangrar cerca de ella.

Le miré con cara de “eso no me tranquiliza ahora mismo”, y me sonrió con sus dientes de tiburón.

—Las sekubus suelen ser muy tímidas y asustadizas hasta que encuentran a su compañero. Si eres tan amable con ella como dice tu olor, te adoptará como su cuidadora.

Me quedé boquiabierta.

¿Repíte otra vez?

—¿Ella me adopta, para que así yo la cuide?

Kai asintió, su expresión se burlaba abiertamente de mí.

—¿No debería ser YO quien eligiera adoptarla? ¿Y si no quiero cuidar de ella?

Lo deseaba totalmente. Incluso ahora, mientras ella se acercaba, le decía tontas palabras de aliento en mi cabeza, como hacía la gente cuando les hablaba a los bebés.

Se rio y volvió a ponerse el taparrabos.

—Me temo que no es decisión tuya.

Mientras volvía a ponerme la túnica sobre la piel aún húmeda, la pequeña cuchitura corrió hasta mis pies y me lamió el dedo gordo. Me hizo cosquillas. Aparté el pie y ella me siguió. Negué con la cabeza y cogí mis botas cortas. En un destello de pelaje blanco, Cuchi corrió dentro de una de ellas y luego asomó la cabeza para mirarme.

—¿En serio?

Cogí las botas, pero Cuchi se metió dentro.

—Vale, como quieras —murmuré con fingido enfado, mordiéndome el interior de la mejilla, intentando no sonreír.

Kai cogió la toallita y el jabón y me llevó de la mano de vuelta a la ciudad. Durante todo el camino de vuelta, Cuchi me gorjeó, lamiéndome los dedos y, de vez en cuando, mordisqueándolos. Casi se me caen las botas la primera vez que enseñó las dos filas de dientes afilados como agujas.

—¿Todo en este planeta tiene dientes locos? —pregunté, desconcertada.

—Sí, mi Lydia. Todo menos tú.

Lo dijo con tanta naturalidad, que ni siquiera pude enfadarme.

Mientras subía el primer escalón hacia la entrada de la ciudad, Cuchi saltó de mi bota, frotó su sien en mi tobillo y luego se largó.

—Oh —dije, entristecida por su marcha.

—Volverá —dijo Kai.

La certeza de su voz mitigó mi decepción.

Entrar en la ciudad baja me produjo una extraña sensación de déjà-vu, aparte de las alcobas vacías. Después de dos semanas de actividad casi constante, la ausencia de una sola alma me ponía los pelos de punta. Kai invocó la plataforma y nos bajó al cuarto nivel, donde se habían congregado todos los Valos. Formaron una cadena desde la cámara donde se habían apilado los bloques y losas de piedra, bajando por las escaleras hasta la entrada de la cámara de magma.

Tragué más allá del nudo en la garganta, con hilos de ansiedad anudándose en mi estómago. El humor había desaparecido de las facciones de Kai, agudizadas por la tensión. Todos los ojos se volvieron hacia mí, la esperanza que brillaba en ellos añadía aún más presión. Los Valos se abrieron para dejar pasar a Zak. Se acercó a mí con un par de botas de cuero de suela gruesa hasta la rodilla. Acepté el regalo y me las puse, fingiendo no entender la posible implicación de su longitud.

Sin mediar palabra, bajamos las escaleras; el descenso fue extrañamente más fresco de lo que recordaba. Llegar a la entrada lo explicaba todo. Los hombres habían apilado bloques de piedra a lo largo del lado izquierdo del camino, creando un muro entre la lava y nosotros. Cinco Valos en forma de batalla invocaron una gruesa capa de hielo para evitar que se recalentara. Se derritió en cuestión de segundos y volvió a formarse. Al final del camino, el lago de lava aún se interponía entre el altar de corapietra y nosotros.

—¿Dónde está el puente? —le pregunté a Duke mientras me entregaba una bolsa de cuero.

—Estábamos esperando por ti para construirlo. Las piedras se calientan demasiado rápido en contacto directo con la lava y empiezan a romperse.

¿Qué?

—Durarán lo suficiente para que vuelvas —enmendó rápidamente, al ver mi mirada horrorizada—. Las hemos probado para asegurarnos.

Eso solo me tranquilizó a medias. La mano de Kai se tensó en torno a la mía y un nervio le hizo tictac en la sien.

—Okay —dije, pensando exactamente lo contrario.

—Vamos a construirlo ahora —advirtió Duke.

Asentí con la cabeza, luchando contra las náuseas que se agolpaban en mi vientre.

Los Valos se unieron en un frenesí de actividad y eficacia. Cambiando a su forma de batalla, pasaron las losas de piedra por la cadena. Tres Constructores—uno de ellos Duke—se turnaron para acercarse lo más posible al río de lava y empujar la losa de piedra hacia él. A pesar de su peso, los bloques no se hundieron rápidamente en la lava. Lo difícil era que cada losa solo cubría la mitad de la distancia hasta la isla. Una vez que la primera losa se hundió lo suficiente como para quedar al ras del suelo, deslizaron otra losa por encima y más allá para salvar la segunda mitad que conectaba con la isla. Luego apilaron otro bloque de piedra sobre la primera losa que seguía hundiéndose en la lava. Una y otra vez.

Kai me trajo un pequeño bloque de piedra para sentarme y luego se reunió con sus hermanos

que trabajaban en el laborioso proceso de construcción del puente. La velocidad a la que la piedra enrojecía al entrar en contacto con la lava me preocupaba.

Veintiocho losas después, las piedras dejaron de hundirse; el puente estaba terminado. Se me cayó el estómago y me dolían los dedos de tanto apretar la bolsa de cuero. La mirada de Kai se conectó con la mía. A pesar del miedo que no podía ocultar del todo, la ternura y el orgullo de sus ojos me dieron la fuerza que necesitaba. Creía en mí, contaba conmigo. No le—los—defraudaría. Me levanté con piernas temblorosas, le besé y corrí hacia el puente. Si intentaba cruzarlo a paso más lento, perdería todo el valor y me volvería atrás.

Al atravesar el muro protector erigido por los Valos, el calor que me azotó me dejó sin aliento. El aire caliente me quemó los pulmones en cuanto pisé el puente. Se tambaleó bajo mi peso y miré hacia abajo, al lento burbujeo del río ardiente que me rodeaba, a punto de derretirme los huesos. Se me revolvió el estómago. Tragándome el miedo, aparté la mirada.

Con la piel chisporroteando y los ojos escocidos, casi caigo de rodillas al llegar al otro lado. Si hubiera alcanzado mi temperatura máxima, habría sido pan comido, pero no podía arriesgarme a agotarme tan pronto.

Casi lloré de alivio cuando llegué al altar y a la bendición de su sistema de refrigeración. Pero el alivio duró poco. Más de cincuenta corapiedras palpitaban ante mí formando un gran grupo en forma de araña. La mitad de ellas estaban fuera de mi alcance. Había olvidado la gran altura de los Extraños. Esto no habría sido un gran problema en el primer asalto si no fuera por las dos corapiedras que parpadeaban en el centro del grupo. Desde lejos, habían sido imposibles de ver.

Tiré de los brazos del *candelabro* para comprobar su solidez. Tras comprobar que podía soportar mi peso, me alcé. Gracias a Dios por las pequeñas bendiciones... El sudor que me cubría las palmas de las manos y el gran peso de las corapiedras aumentaron la dificultad. No podía sostenerme y llevar más de uno de los preciosos orbes a la vez. Tras recuperar el primero, bajé, lo metí en la bolsa de cuero y volví a subir. Me dolían los bíceps cuando bajé con el segundo. No era un buen presagio para cargar con la bolsa después.

Introduje otras siete corapiedras en la bolsa, con cuidado de no dañarlas a pesar de mi prisa, y luego la levanté. Su peso me hizo gemir. Me volví hacia el puente e intenté acallar el miedo que me hacía correr la sangre por los oídos. Aunque las losas de piedra parecían mantenerse firmes, por encima de la línea de lava a la altura de un escalón normal, los bordes enrojecidos anunciaban malas noticias. Respirando hondo, apreté la bolsa contra el pecho y bajé la temperatura al nivel más bajo posible. En cuanto se me heló la piel, salí corriendo.

Un infierno me golpeó en la cara en el instante en que abandoné las inmediaciones del racimo. Mis pasos vacilaron y casi se me doblaron las rodillas. El calor me pesaba como rocas sobre los hombros.

—¡LYDIA! —la voz aterrorizada de Kai me espoleó.

Las corapiedras solo me permitían caminar a paso ligero. Para cuando crucé los cuatro

metros que separaban el racimo del borde del puente, ya tenía agua entre los dedos de los pies a causa del sudor y de la escarcha que se me derretía de la piel a las botas. Subí el corto escalón que llevaba al puente. El calor me ahogaba y el vapor me salía de la piel. La escarcha se derretía más rápido de lo que yo podía regenerarla. Me mordí un grito, cada respiración era demasiado valiosa para desperdiciarla.

En el quinto paso, descubrí una nueva definición de la palabra dolor.

Las losas de piedra ardientes derritieron las suelas de mis botas de cuero, volviéndolas pegajosas y ralentizándome aún más. Mientras luchaba por subir cada escalón, el agua acumulada en mis botas se calentaba. Sin salida, chisporroteaba y burbujeaba contra mi piel. Mi grito se elevó al fin cuando el vapor me rozó las rodillas. A lo lejos, Kai gritó mi nombre en una letanía desesperada. A través de la bruma, le vi luchar contra sus hermanos que le retenían.

La bolsa empezó a resbalar de mis tensos brazos. Por instinto, la apreté con más fuerza.

Si se me caía, podía estallar...

Pero no podría... no lo haría. El dolor no me vencería. Si había sobrevivido a la tortura de la Dra. Sobin, superaría esto para salvar las preciosas vidas que tenía en mis brazos. Atravesando la abrasadora agonía, di un ardiente paso tras otro.

No recuerdo haber llegado al otro lado, solo los fríos brazos de Kai abrazándome y mi carga siendo liberada de mí.

—No se me cayeron —susurré contra su cuello—. No se me cayeron.

—No, mi Lydia. No se te cayeron.



CAPÍTULO II

Dos días después de aquella horrible misión de rescate, los gritos de Lydia aún resonaban en mis oídos. La vi arder, impotente para ayudarla. Cuando mis hermanos me retuvieron, había querido matarlos, a pesar de que me estaban salvando la vida.

Mi Lydia...

Hermosa, fuerte, y con el corazón más amoroso. Incluso a través del dolor que había soportado, sus pensamientos habían sido para las corapiedras. Las quemaduras en su piel habían sido preocupantes, pero las de sus pies y piernas por las botas de cuero me devastaron. Zak se había arrodillado junto a su cama para pedirle perdón por el daño que su regalo le había causado. Su intención había sido honorable. Ninguno de nosotros había tenido en cuenta los efectos secundarios de su helada. Ella no lo había culpado, pero aun así la culpa lo carcomía.

Con los demás Recolectores, había ido a la meseta más allá del acantilado a buscar raíces de tahrija para hacerle una medicina. Una vez machacadas en una pasta fina y diluidas en agua, una sola taza bastaba para adormecer el dolor. Masticar un trozo crudo del tamaño de una nuez de yarxin te adormecía durante medio día.

Por mucho que quisiera ver los ojos de Lydia y hablar con ella para asegurarme de que estaba bien, no quería que sufriera. El rescate había agotado su energía, pero el dolor le daba demasiadas náuseas como para comer. En cuanto regresaron los Recolectores, le di zumo de tahrija, la alimenté un poco y la dormí con un trozo de tahrija cruda. Hervir las raíces hacía que la medicina fuera más potente que triturarlas. Para mi sorpresa, el calor del artefacto de cocina que Lydia llamaba hornillo apenas me había molestado. Desde que me uní a mi hembra, mi umbral de tolerancia había aumentado notablemente.

Al principio, temí que las quemaduras en la piel de Lydia dejaran cicatrices permanentes. No hubieran cambiado mis sentimientos por ella, pero la visión le recordaría el dolor que había soportado. Sin embargo, al cabo de un solo día, habían desaparecido por completo. En las piernas y los pies, las ampollas se habían drenado y las escaldaduras se habían reducido a costras y manchas rojizas en la piel.

La noche anterior, ya sin dolor, Lydia había rechazado el zumo de tahrija, pero accedió a

masticar un trocito de raíz amarga para conciliar el sueño. Al parecer, las costras de las piernas le picaban tanto que quería arrancarse la piel. Temía que el calor hubiera dañado su mente. Cuando le dije que no dejaría que se mutilara, se rio y dijo que era un dicho humano.

Qué gente más rara.

Mientras dormía, preparé una sorpresa para ella. Después de que la hirieran, había llevado a Lydia directamente a la vivienda que Duke y los Constructores habían estado preparando para ella, ya que esta estaba más cerca. Habíamos tallado un gran dormitorio junto a la fuente termal, con un amplio armario al fondo y una sala de higiene. Los Constructores habían recuperado algunas piezas de las viviendas de los Extraños. También habían construido un puesto de cocina en la zona de reunión, cerca de la entrada. Había planeado hacer una gran revelación una vez que terminara mi propio trabajo. Sin embargo, ella había necesitado usar la sala de higiene la noche anterior, estropeando esos planes.

Se le habían saltado las lágrimas. No entendía por qué la felicidad extrema la hacía llorar, pero mientras la alegría la provocara, todo estaba bien.

Aun así, no había visto las termas, mi proyecto personal para ella. La sekubu estuvo a punto de delatar la sorpresa al intentar atraerla hasta allí. Se había colado en la ciudad baja varias veces al día en busca de mi hembra. Incluso la había encontrado durmiendo, hecha un ovillo, junto a la cabeza de Lydia.

Me apresuraba a realizar algunos trabajos de iluminación cuando dos de las hembras despertadas entraron en la habitación. Se quedaron en la entrada, indispuestas por el calor. Una vez más, mi propia ausencia de malestar me sorprendió. Había estado trabajando durante largos periodos sin sentirme ni remotamente mareado. Sin embargo, el agua caliente de la piscina me resultaba insoportable y dañina con más de unos segundos de exposición.

Recogí el paexi que depositaba resina marrón amarillenta brillante en mis tallados—un color que Lydia llamaba ámbar—y lo posé cerca de un montón de semillas de iwaki de ese color. Frotó sus alas negras y emitió un gorjeo de satisfacción. Me volví hacia las hembras y me acerqué a ellas, pero mi alegría se desvaneció al ver la expresión seria de sus rostros.

—¿Qué pasa, hermanas? —pregunté.

Me dirigí a ambas, pero mis ojos se posaron en Jaankeln, la hermana mayor de Duke. Al igual que él, era musculosa y tenía los hombros anchos, aunque trabajaba como Minera y no como Constructora. Inteligente y franca, era una líder natural. La gente a menudo la obedecía. Lorvek, una Artesana, actuaba como moderadora durante los conflictos o los debates importantes. Eso aumentaba mi inquietud.

—Queríamos saber cómo está Lydia —dijo Jaankeln.

—Se está recuperando. Al ritmo que se está curando, no deberían quedar cicatrices en dos o tres días como máximo.

—Hmmm —dijo, pensativa.

Fruncí el ceño, pues esperaba otra reacción.

—¿No estás contenta? —pregunté, con un tono menos amistoso.

Me miró molesta.

—Claro que estoy contenta. Tu hembra nos ha salvado la vida. Tengo entendido que están emparejados.

Cambié de postura, algo incómodo por el repentino cambio de tema. Lydia y yo estábamos emparejados, aunque en el fondo la consideraba mi pareja.

—Sí, lo estamos.

Y quiero mucho más.

No hacía mucho que conocía a Lydia, pero no podía imaginarme un futuro sin ella. Ella ocupaba cada uno de mis pensamientos. Verla cruzar ese puente en agonía y pensar que podría perderla me había aclarado todo. Ella era la elegida—mi compañera de vida. Tendría que encontrar el momento adecuado para expresarle mis sentimientos y preguntarle si los compartía.

—Felicidades, hermano —dijo ella, mientras Lorvek también susurraba buenas palabras—. He oído hablar mucho de su valentía.

—Gracias —deseé que fueran al grano—. Si deseas verla, me temo que tendrás que volver más tarde. Ha comido unas raíces de tahrija hace un rato.

Me pasé la mano por la trenza, avergonzado por la pequeña mentira. Hacía ya algún tiempo que no las comía.

—En realidad, estamos aquí por ti —dijo Jaankeln—. Una discusión informal en la sala de reuniones se ha convertido en algo más serio. Nosotros nos preguntamos cuándo podrá Lydia liberar a las demás.

Mi columna vertebral se puso rígida, y apenas me contuve de enseñarle los dientes.

—Ah, ¿sí? —gruñí—. ¿Y a quiénes te refieres con *nosotros*?

Ella entrecerró los ojos y Lorvek frunció el ceño.

—Todos —dijo la Artesana con voz suave.

Mi corapiedra se encendió de ira.

¿Qué está pasando aquí?

—Convocaron una reunión con *todos*, en la que participaba *mi hembra*, ¿y a nadie se le ocurrió invitarme?

Se me formaron placas de hielo a lo largo de los brazos, y mi masa se espesó.

—Cálmate, Qaezul'tek Var E'Lek. No hay necesidad de enfadarse —dijo Jaankeln en un tono gélido que me alteró aún más.

Lorvek puso una mano en el brazo de su compañera para que dejara de hablar.

Sabia decisión.

—No se convocó ninguna reunión —dijo Lorvek, con tono apaciguador—. Como dijo Jaan, empezó como una discusión informal y otros se unieron a ella. Desde entonces se ha convertido en una discusión formal, y por eso estamos aquí para incluirte. El tiempo se acaba, Qaezul. Riaxan y su hijo siguen atrapados abajo.

—No sabes nada —rechiné entre dientes—. Mi Lydia casi muere. Sufrió terribles quemaduras.

—Puede ser, pero tú mismo has admitido que está casi totalmente curada —rebatí Jaankeln.

—¡Pero puede que no sobreviva a otro viaje! —escupí, con las manos retorciéndose de rabia.

—Es un riesgo que vale la pena correr —replicó.

Retrocedí, enmudecido por un momento.

—Qaezul... —dijo Lorvek.

—¿Un riesgo que vale la pena correr? —pregunté, ignorando a Lorvek.

Di un paso amenazador hacia Jaankeln, que levantó la barbilla desafiante.

—¿Acaso la vida de mi compañera no tiene valor para ti?

—No es tu compañera. Y aunque su vida sí importa —dijo Jaankeln, sin echarse atrás—, más de cuarenta de nuestras hermanas, hembras Valos, están atrapadas abajo.

Me quedé boquiabierto, negándome a creer lo que insinuaba. Lancé una mirada a Lorvek y se me retorció el estómago, encontrando la misma determinación sombría, teñida de simpatía. Pasé junto a ellas, hirviendo de rabia, y me dirigí a la sala de reuniones. Según Lorvek, todos los Valos estaban presentes. A pesar de los numerosos bancos, nadie se sentó.

Me miraron acercarme con distintas expresiones en sus rostros: cautela, compasión, vergüenza y desafío.

—He oído que están todos ansiosos por poner en peligro la vida de mi Lydia.

Toerkel, se adelantó.

—Ninguno de nosotros le desea el mal, y menos yo. Ella nos salvó, y todos fuimos testigos de su sacrificio al rescatar a nuestras hermanas —dio otro par de pasos hacia mí—. Mi compañera y mi hijo están atrapados abajo, así que entiendo cómo te sientes, hermano.

—Aun así, ¿la pondrías en peligro cuando todavía está cubierta de quemaduras?

—No. Solo queremos saber cuándo podrá volver —dijo Toerkel con un suspiro cansado—. Si tu compañera muere, las hembras restantes también lo harán.

Me estremecí. Tenía razón, pero eso no disminuyó mi enfado.

—¡No es seguro! —solté—. Unos instantes más y Lydia habría quedado atrapada al otro lado, o habría muerto quemada en ese puente.

—Hemos hecho ajustes para que sea más seguro —intervino Duke.

Giré la cabeza hacia él. Estaba a mi derecha, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su hermana Jaankeln estaba a su lado. Como portadora original del mensaje, se convirtió en el centro de mi ira.

—No me mires con tanto resentimiento, Qaezul —dijo, con un tono suave que disimulaba la dureza de sus palabras—. Puede que mis palabras te parezcan ofensivas, pero son sinceras. Tenemos un deber con nuestro pueblo.

—¿Nuestro pueblo? ¿Ahora nos hemos convertido en los Extraños?

Ella retrocedió, y murmullos ofendidos se elevaron por toda la sala.

—Ellos también pensaban que la vida de los Valos era menos valiosa, prescindible —dije.

—No es lo mismo —dijo ella, agitando la mano en un gesto cortante—. La Creadora y los Extraños no nos consideraban personas en absoluto, sino meras herramientas. *No* consideramos a tu hembra inferior a nosotros. Dicho esto, si tuviera ante mí a dos personas y solo pudiera salvar a una, admito que el Valo sería mi elección. Eso no significa que la otra persona no lo merezca tanto o más. Pero cuidar primero de los tuyos es natural.

Jaankeln se acercó a mí y me puso una mano en el hombro.

—Sin embargo, esta situación es diferente. No estamos eligiendo entre dos personas, sino sopesando el bienestar de una sola hembra frente al de otras cuarenta. La balanza habla por sí sola. Si Lydia hubiera nacido Valo, seguiríamos haciendo la misma petición. Como tu hembra emparejada, ahora también es Valo.

Me palpitaba mi corapietra. No podía discutir su razonamiento. La parte racional de mí estaba de acuerdo, lo había sabido todo el tiempo.

—Lo haré —dijo Lydia.

Todas las cabezas se dirigieron hacia la entrada de la sala de reuniones. Lydia estaba de pie, apoyada contra la pared, con las manchas rojas y descoloridas de la piel a lo largo de sus piernas a la vista. Otras costras se habían curado durante su ciclo de descanso. Cuchi, acurrucada a sus pies, chirriaba en saludo.

—Solo necesito un par de días más para curarme.

—Lydia —dije, caminando hacia ella.

Me cogió la cara con las manos cuando la alcancé.

—Tienen razón, Kai. Mi pueblo tiene un dicho para eso. Las necesidades de muchos superan las necesidades de unos pocos.

Sin palabras, la abracé y la estreché con fuerza.

—Te agradecemos tu comprensión, hermana —dijo Jaankeln.

Cogí a Lydia en brazos y la llevé a la vivienda de la parte alta de la ciudad, lejos de ellos, lejos de esto.



Los dos días siguientes pasaron demasiado deprisa. Lydia se había recuperado por completo, gracias a la extraña propiedad curativa que la malvada científica le había dado durante el experimento.

Había recuperado su legendario apetito y se atiborraba de carne de orzarix para reponer fuerzas. Los Recolectores se habían desviado de su camino, recorriendo las llanuras heladas, llegando incluso hasta la meseta más allá de la cascada para recoger nuevos productos para Lydia. Pasaría algún tiempo antes de que los cultivos crecieran. Eso les daba un propósito y la oportunidad de expresar su gratitud a mi hembra. A ella le gustaban mucho los jugos espesos de

frutas trituradas que preparaban los Recolectores. Su pueblo tenía algo parecido, aunque de sabores diferentes, que llamaban batido.

Cuchi ya no se separaba de Lydia, y se molestaba cuando sentía que mi hembra la descuidaba en mi favor. La molesta criatura se empeñaba en recordarnos su presencia durante nuestros momentos de intimidad. Cuando la dejaba fuera de la habitación, lloriqueaba y se quejaba sin parar. Lydia lo encontraba entrañable.

Extraña hembra.

Había querido retrasar lo inevitable unos días más, pero bastantes corapiedras se habían atenuado. Además, cuanto antes nos quitáramos esto de encima, mejor para todos.

Nos dirigimos a la sala de magma donde mis hermanos... nuestros hermanos tenían el puente casi terminado. Zak había fabricado sandalias con gruesas suelas de cuero para Lydia, con remaches de piedra debajo para evitar que el cuero entrara en contacto directo con el puente caliente. Así se reducirían los riesgos de que el cuero se derritiera y se pegara a él, pero se mantendrían lo bastante flexibles como para permitir una caminata normal.

Lydia practicó con ellos mientras esperábamos a que terminaran el puente. Los Artesanos también le habían hecho una escalera de madera de kumeri. Ligera, pero extremadamente resistente, le permitiría alcanzar sin problemas las corapiedras situadas más arriba en el racimo.

Mis hermanos habían construido un puente el doble de ancho que el anterior para que el calor de la superficie del lago de lava no la afectara tanto. También habían cortado losas de piedra más finas para colocarlas encima de las más gruesas una vez que ella estuviera lista para regresar, en caso de que el puente ya se hubiera sobrecalentado. Cuando expresé mi preocupación por cómo las colocarían encima, me dijeron que una rampa de hielo duraría lo suficiente para permitir que las losas se deslizaran por encima. Una vez en contacto con la lava, el hielo que no se evaporara formaría burbujas sólidas alrededor de la plataforma.

Esto no me tranquilizó del todo, pero estábamos comprometidos.

Con un último beso, dejé marchar a mi amada. Ella metió las sandalias en la bolsa de cuero para las corapiedras y cogió la escalera con la otra mano. Descalza, corrió por el puente, encendiéndose para que el calor no la aplastara como la última vez. En cuestión de segundos, había apuntalado la escalera, se había puesto las sandalias y estaba recogiendo las corapiedras.

Parecía fácil... casi demasiado fácil.

Mi pecho ardía con el brillo palpitante de mis emociones caóticas. El miedo y la esperanza se disputaban el control mientras Lydia volvía a cruzar el puente, con la piel escarchada y la pesada bolsa en un fuerte abrazo. La losa superior del puente apenas había empezado a enrojecer. Las sandalias de Zak funcionaron más allá de mis expectativas. Gracias a los remaches, no tuvo que luchar contra las sandalias que se pegaban al puente y cruzó de espaldas con una incomodidad mínima.

Casi rugí de alegría y alivio cuando saltó del puente ilesa. Aparte del ligero enrojecimiento de su piel y el esfuerzo de la pesada bolsa, Lydia parecía estar bien. Pero cuando nuestras

miradas se cruzaron, se me hizo un nudo en el estómago y se me borró la sonrisa. No necesitó hablar para que yo supiera que tenía intención de volver. Una mirada a mis hermanos reveló que esperaban que lo hiciera. Mientras Toerkel la liberaba de la preciada bolsa, Duke se acercó a ella sosteniendo una vacía. No habló ni hizo ademán de que la cogiera, dejándole la decisión a ella. Sin mediar palabra, la cogió.

Sentí un dolor sordo en el pecho. Sin embargo, cuando nuestras miradas volvieron a cruzarse, acallé mis temores y sonreí animado. Por mucho que quisiera arrastrarla a un lugar seguro, Lydia no se dejaría disuadir y necesitaba mi apoyo para seguir adelante. Si no hubiera sido mi compañera, yo también habría querido que continuara.

Apretó sus labios contra los míos. Me dolían los brazos del deseo de envolverla y no soltarla nunca. Se separó, se quitó las sandalias, encendió su llama y echó a correr por el puente. La sensación de ardor en mi pecho se expandió mientras veía a mi compañera recoger las corapiedras con prisa, deseando que volviera.

Una mano fría se posó en mi hombro.

Jaankeln.

—Ahora entiendo por qué te preocupas tanto por ella —dijo con voz suave—. Tienes la suerte de haber encontrado una compañera tan digna. Su presencia nos honra.

Un cumplido sincero viniendo de ella.

Asentí con la cabeza, con la garganta demasiado contraída por la preocupación y la emoción como para hablar. Me apretó el hombro y fue a sustituir a uno de los Valos que cubrían el muro protector para que pudiera descansar del calor.

Lydia se volvió hacia el puente. Me levanté, mi mirada voló hacia la superficie de piedra. Parecía un poco menos roja que la primera vez que lo había intentado hacía unos días, cuando las botas le habían escaldado las piernas. Una vez más, los remaches cumplían su función. Sin embargo, el aumento de calor del puente derretió su escarcha demasiado rápido, y el vapor surgió en chorros constantes de su piel. Su rostro se contorsionó por el dolor, pero siguió adelante. En cuanto cruzó el puente, me adelanté y la alcancé a mitad de camino.

Le quité la bolsa y se la pasé a ciegas a uno de mis hermanos. Irradiaba calor y se había enrojecido aún más, pero no mostraba signos de ampollas o quemaduras. A pesar de la incomodidad, la abracé con fuerza y aplasté sus labios. Ella me devolvió el beso y me empujó hacia atrás.

Su mirada me aterrorizó.

—¿Lydia? —le pregunté, con una pavorosa punzada en la espalda.

Tragó saliva y desvió la mirada, buscando a Duke.

—Necesito un tazón grande de ese zumo de fruta espeso, ahora mismo, y otra bolsa.

Duke se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras sin decir palabra.

—¡NO! —la agarré por los hombros y la obligué a mirarme—. ¡Te lo prohíbo! No estás en condiciones de volver. El puente se está cayendo a pedazos. Estás a salvo. Ilesa. Construiremos

otro puente en unos días. Tú...

—Detente, Kai. ¡DETENTE!

Mi mente se tambaleaba de miedo, confusión y rabia. ¿Por qué iba a querer volver ahora?

Me cogió la cara con las dos manos y me acarició las mejillas con los pulgares.

—No tienen unos días. Si no los saco ahora mismo, estarán todos muertas antes de mañana.

Abrí la boca para discutir, pero ella presionó uno de sus pulgares sobre mis labios.

—Shhh... Escúchame, mi amor —dijo, con voz suave pero urgente—. Cada vez que extraigo una corapietra, el sistema de refrigeración de su soporte deja de funcionar. Por eso la habitación no ha dejado de calentarse desde que empecé estas misiones de rescate. El calor en la isla va en aumento. Ya apenas es tolerable. No hay otra opción.

—No puedo perderte, mi Lydia —mi voz se atragantó con su nombre.

—Y no lo harás —dijo ella—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Nunca pensé que alguien pudiera hacerme tan feliz como tú. Mi corapietra late por ti.

Mi corapietra se encendió, esta vez de amor por mi hembra. La alegría y el miedo luchaban por dominar.

—Lo eres todo para mí, mi Lydia. Nadie más que tú puede completarme. Quiero que seas mi compañera de vida.

No había querido soltar esas palabras, no aquí, no así, pero ya no podía contener mis sentimientos.

Ella me sonrió, sus ojos llenos de tanto amor me derretieron por dentro y calentaron el hielo de mis venas.

—Sí —susurró—. Un millón de veces sí.

La aparición de Duke al borde de mi visión rompió mi felicidad. Lydia me acarició la mejilla y me besó los labios antes de cogerle la gran jarra de batido. Se lo bebió de un trago, sin dejar de respirar. Lancé una mirada al puente. Aunque solo habían pasado unos instantes, su color me aterrorizaba.

Lydia devolvió la jarra vacía a Duke y cogió la bolsa.

—Cuando haya cruzado, pon encima esas losas más finas para que pueda volver —le dijo.

—No durarán ni dos viajes, hermana —advirtió Duke.

—No tengo fuerzas para dos más. Llevaré todas las corapietras restantes con este viaje —dijo Lydia—. Quedan trece. Un número afortunado. Será pesado, pero puedo hacerlo.

—¿Número de la suerte? —le pregunté.

Ella resopló y me besó los labios.

—Cosas de humanos.

Agachándose, se quitó las sandalias.

—Vuelve a mí, mi Lydia —le supliqué.

—Te juro que volveré.

Echó a correr por el puente, llevándose mi alma con ella.



CAPÍTULO 12

LYDIA

En cuanto solté la bengala, el calor cayó a mi alrededor. El sistema de refrigeración del altar apenas ofrecía tregua. Las corapiedras acunadas en él se atenuaban a un ritmo alarmante. Le había dicho a Kai que no durarían toda la noche, pero ahora estaba claro que no durarían ni una hora. Aunque daría cualquier cosa por volver a la seguridad de sus brazos, ver esto me confirmaba que había tomado la decisión correcta.

Después de meter los pies en las sandalias, busqué las corapiedras restantes, todas situadas en la parte inferior del altar. Las metí en la bolsa a toda prisa con cuidado de no dañarlas. Un fuerte silbido resonó detrás de mí. Sobresaltada, casi dejo caer la corapiedra que tenía en la mano y me doy la vuelta. El vapor bramaba alrededor del puente mientras una fina losa de piedra se asentaba sobre él. El hielo que no se evaporó burbujeó sobre sus bordes y pareció solidificarse. Me volví hacia el altar, cogí los tres últimos orbes y cerré la bolsa de cuero.

Respiré hondo para tranquilizarme e inmediatamente me arrepentí. Me quemó los pulmones y me hizo toser. Al levantar la bolsa, los brazos y la parte baja de la espalda se quejaron de su peso. Los dos viajes anteriores me habían pasado factura y las corapiedras adicionales para este último viaje empeoraron las cosas. Se me escapó un gemido cuando se me heló la piel. La temperatura ambiente parecía la de un horno. Para cuando crucé la corta distancia que me separaba del puente, los antebrazos ya me temblaban por el esfuerzo y la piel me chisporroteaba al evaporarse la escarcha.

Solo faltan dieciséis metros y esto se acaba.

Tan cerca, pero a la vez tan lejos. Lo más importante eran los diez metros del puente. Aunque me derrumbara al otro lado, los Valos podrían cruzar los seis metros restantes desprotegidos por su muro artificial. Sufrirían mucho, pero no morirían.

Subí al puente. El estómago se me revolvió cuando se tambaleó bajo mis pies. Las piedras que lo sostenían se desintegraban por el calor. El tiempo se agotaba. Luchando contra la fatiga de mis piernas, avancé dos pasos más.

Un estallido, un silbido y un infierno me envolvieron.

Un vapor hirviente me recorrió las piernas y el brazo izquierdo cuando una de las burbujas de

vapor del hielo se abrió por la presión de mi peso sobre la losa. Grité y retrocedí dando tumbos. El movimiento hizo estallar un par de burbujas más en mi lado derecho. Mi visión se oscureció y el suelo se precipitó hacia mí.

Me golpeé con fuerza contra el puente y salí rodando. Por algún milagro, aterricé de nuevo en la isla. A lo lejos, la voz de Kai llamándome me impedía rendirme al olvido. Si perdía el conocimiento ahora, nunca volvería a levantarme. Deseando incorporarme, rodé hacia un lado y grité cuando la dura superficie de la isla me oprimió las ampollas. Una serie de estallidos y silbidos me hicieron levantar la vista. Kai y algunos Valos estaban lanzando fragmentos de hielo a las burbujas que quedaban.

Mientras luchaba por ponerme en pie, me di cuenta de que la temperatura había disminuido, al igual que mi dolor.

Había encendido mi llama.

¡Mierda!

Esto dañaría a las corapiedras.

Mi muerte hará más daño a las corapiedras.

—¡LYDIA! —Kai gritó.

Mi mirada, borrosa por el calor y el dolor, se levantó en su dirección. Con voluntad propia, mis pies avanzaron. Mantuve la llamarada, con el corazón desgarrado por el precioso paquete que tenía en los brazos. Aferrándome a la voz de Kai, se convirtió en mi faro, guiándome a casa un paso tras otro. Ignoré el tambaleo de la plataforma debajo de mí, el olor a piel quemada y el dolor debilitante que amenazaba con ponerme de rodillas.

Volveré a ti, Kai. Volveré a ti.

No recuerdo haber bajado del puente ni haber entregado la bolsa. Un muro de hielo me rodeó y la voz de Kai me susurró al oído.

—Te tengo, mi Lydia. Estás a salvo.

Sonreí a pesar del dolor y me entregué a la oscuridad.



Mis quemaduras habían sido graves. No conocía lo suficiente la jerga médica como para decir si eran de segundo o tercer grado. En cualquier caso, Kai me había llevado directamente al río para liberar el calor que mis quemaduras mantenían atrapado dentro de mi cuerpo. Llevaba tres días entrando y saliendo de la consciencia. Inmediatamente me administró más zumo de tahrija y me hizo masticar un trocito de raíz para dejarme inconsciente.

Lo agradecí.

Al cuarto día, Kai me negó la raíz. Sabía que me escondía de mis recuerdos, de enfrentarme al destino de aquellas últimas trece hembras cuyas corapiedras habían ardido en mis brazos.

O eso creía yo.

No las salvé a todas, pero once lo consiguieron, muchas más de las que había imaginado. Las dos hembras fallecidas se habían apareado, pero uno de sus machos había muerto en hibernación hacía años. El otro macho estaba destrozado. Aunque lloraba a su compañera, al parecer no me culpaba, o eso juraba Kai. Riaxan y su cría sobrevivieron y prosperaron. Habían sido parte de la segunda carrera que había hecho. Ella y Toerkel querían presentarme a su hijo cuando me hubiera recuperado lo suficiente.

Kai me abrazó mientras me deshacía en sus brazos con alivio por las supervivientes y dolor por las pérdidas. Sin embargo, el contacto físico dolía demasiado en mis quemaduras, así que me había soltado. A diferencia de mis heridas anteriores, estas tardarían al menos un par de semanas en curarse.

Kai también había sido herido. Resultó que solo había dado unos pasos después de bajar del puente antes de desplomarme a tres metros del muro de protección. Kai me había atrapado y había sufrido graves daños tanto por el excesivo calor de la sala como por mi cuerpo aún caliente por mi llama. Sin embargo, solo unas manchas azul oscuro estropeaban su musculoso pecho y sus brazos.

Desde el cambio, los Valos curaban la mayoría de las heridas de su forma de batalla en horas, pero tardaban semanas en curar las de su forma normal. Kai había tardado días. Con el aumento de la resistencia al calor que había notado, creíamos que yo le había transmitido parte de las habilidades curativas de Quinn, así como algunos de mis poderes caloríficos durante nuestros momentos de intimidad. Parecía haberme afectado también a mí, ya que mi escarcha alcanzó niveles aún más bajos que antes. Me preguntaba si me transmitiría otros rasgos, como su larga vida.

¡Sería increíble!

Tardé tres semanas en recuperarme del todo y en que desaparecieran las últimas cicatrices. Tres semanas durante las cuales mi corazón se llenó aún más de amor por mi Valo. Kai me cuidó hasta que recuperé la salud, bañándome, alimentándome y entreteniéndome. Le gustaba especialmente arreglarme el pelo, cuya textura le fascinaba. Como artista que era, se volvía loco haciéndome peinados de fantasía con gemas, flores y cintas. Cuchi se volvía loca, manoseándolos hasta que Kai la echaba, para luego volver a meterse en su trabajo.

Por la noche, nos sentábamos en la terraza del tejado y contemplábamos la aurora boreal brillar sobre E'Lek. Me hablaba de su pueblo y de la vida antes de la Creadora. Yo lo colmaba de historias sobre la Tierra y los *extraños* humanos. Nuestras ceremonias de boda le interesaban especialmente. No necesitaba preguntarle por qué. En mi opinión, ya estábamos casados en todos los aspectos importantes. Sin embargo, me reconfortaba saber que quería reclamarme ante su pueblo como su compañera de vida.

Nos casaríamos oficialmente por la mañana. Jaan se negó a dejarme ver mi vestido de novia hasta entonces. La hermana de Duke se había convertido en mi mejor amiga desde que sobreviví a duras penas al último rescate. A Cuchi no parecía importarle, lo que me confundía teniendo en

cuenta cómo se metía constantemente en medio con Kai. Resulta que no estaba celosa de la atención que yo le prestaba a Kai, sino de la que él me prestaba a mí. La mocosa quería su propia atención.

Cuando llegó la hora de dormir, Kai no discutió cuando le dije que no podía pasar la noche conmigo, según la tradición humana. Su cooperación debería haberme complacido, pero no fue así. Una parte tonta—bueno, necesitada—de mí deseaba que hubiera discutido, rogado y suplicado. En lugar de eso, me acurruqué con Cuchi en mi cama gigante mientras Kai se reunía con sus hermanos.

El sueño se apoderó de mí en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

¿Qué pasó con los nervios prenupciales y los pies fríos?

Ni siquiera me despertó el habitual mordisqueo de Cuchi en los dedos de los pies. Todavía me desconcertaba que no me hubiera hecho sangrar con sus dientes afilados como agujas. Por otra parte, Kai tampoco me había cortado con sus dientes de tiburón a pesar de toda nuestra lucha de lenguas.

Jaankeln y Riaxan tuvieron el placer de despertarme de aquel sueño reparador. Para mi sorpresa, la mañana ya estaba bastante avanzada, apenas faltaban un par de horas para el mediodía. Me condujeron a la piscina romana del interior de mi vivienda mientras me preparaban el atuendo en la zona de estar. Me bañé con el bebé Teo, cuya temperatura corporal por defecto era más parecida a la de un humano, además de que necesitaba comer y dormir como yo. Teo rebosaba vida y energía. Apenas tenía seis meses y ya asomaban unos dientes afilados en su sonrisa desdentada.

Los Valos estaban entusiasmados con la perspectiva de tener más hijos. Si Kai y yo podríamos tener alguno propio seguía siendo un misterio, pero crucé los dedos.

Después de secarme y entregar a Teo a su madre, Jaan me sentó en el salón y me ofreció un sencillo desayuno compuesto por un espeso batido y una barrita de crujientes frutos secos y cereales. Al parecer, habría un banquete de boda como Dios manda. Así que no podía atiborrarme demasiado. Habían tapado las ventanas que daban a la plaza para evitar que espíara.

Durante mi humilde comida, las hembras Valo entraron en la casa, ataviadas con joyas y relucientes taparrabos. De pecho plano como los hombres, no llevaban tops, solo collares de varias filas de cuentas, piedras pulidas y gemas.

Esta reunión era su versión de una despedida de soltera, pero centrada en contar historias subidas de tono destinadas a avergonzar a la novia o divertidas advertencias sobre la vida en pareja. Por suerte, la espaciosa sala de estar podía acogerlas, aunque las cosas se pusieron un poco apretadas.

Cuando Lorvek entró con una cesta llena de bichos, Jaan tuvo que sujetarme en el banco para que no huyera gritando. Los paexi parecían caracoles de alas negras con cabeza de mantis religiosa. A pesar de parecer un caparazón, la protuberancia de su espalda era en realidad un saco que se llenaba de resina incandescente coloreada según lo que comían.

Lorvek me puso los pies en alto y me dibujó dibujos con un gel rosa pegajoso que también me aplicó en las uñas. Luego puso a los paexi a hacer una fiesta. No podía decidir si las cosquillas y el asombro eran mejores que el asco y el miedo. Los bichos se comieron el gel rosa y dejaron un rastro blanco brillante a su paso. Quedaba increíble sobre mi piel oscura. Sin embargo, por muy bonito que fuera, tenía vómito de bicho o caca iluminándome.

¿He dicho ya que era asqueroso?

Al menos, Cuchi no intentó comérselos. De todos modos, estaba demasiado ocupada dejándose acariciar por todas las mujeres presentes.

Lorvek repitió el proceso en el dorso de mis manos mientras Riaxan se ocupaba de mi pelo. Lo dividió en una docena de trenzas, entretejió una cinta brillante en dos de ellas y luego las envolvió en un elaborado moño en la nuca. Lo sujetó con un peine de marfil enjoyado.

—Algo antiguo —dijo Riaxan con una tímida sonrisa—. Perteneció a mi madre.

Se me hizo un nudo en la garganta y me escocían los ojos. Hasta de eso se había acordado mi hermoso Kai.

En cuanto Lorvek me quitó los bichos espeluznantes de encima, Jaan se acercó con el vestido.

—Algo nuevo —dijo, sosteniéndolo ante mí.

Me dejó sin aliento.

Kai me había acribillado a preguntas sobre trajes de novia, pero esto avergonzaría a las mejores casas de alta costura. Jaan me ayudó a ponérmelo. Tela azul hielo brillante, del color de mis ojos, drapeada en un vestido estilo griego. El cuello pronunciado insinuaba la curva de mis pechos. La falda de capas plateadas fluía a mi alrededor, abriéndose en abanico en una larga cola. A lo largo de los pliegues brillaban reflejos luminosos, como si los rayos del sol los hubieran capturado, y el dobladillo estaba decorado con remolinos ornamentales.

Lorvek me colocó dos brazaletes, uno en cada brazo, hechos con los cuernos de marfil de los orzarix que los Cazadores derrotaron mientras recuperaban las piedras. En él se había tallado una flor iwaki, iluminado su contorno e insertado gemas preciosas a lo largo de sus pétalos.

—Algo prestado —dijo Lorvek, atándome al cuello una gargantilla cubierta de brillantes motivos tribales y gemas blancas, azules y moradas—. Un regalo de mi compañero de vida —explicó.

Las risas y el parloteo de las mujeres se apagaron cuando Jaan me hizo sentar de nuevo y me colocó una delicada diadema en la cabeza, con flores iwaki más estilizadas alrededor de una gran gema azul océano.

—Algo azul —dijo.

El peso de casi cincuenta pares de ojos se posó sobre mis hombros. Las mujeres se sentaron en semicírculo a mi alrededor, algunas en los sofás, otras directamente en el suelo, unas pocas de pie junto a la pared del fondo.

—Gracias por dejarnos compartir tu día especial y tu tradición —dijo Lorvek, seguida de

murmillos de aprobación por parte de las demás hembras—. Y gracias por salvarnos a todos. Esperamos que este día marque el comienzo de una vida muy feliz para ti con nosotros, tu nueva familia.

Una a una, se turnaron para abrazarme. Yo les devolví el abrazo, apartando las lágrimas que me punzaban los ojos. Lo que me conmovía no era solo la gratitud por haberme permitido quedarme aquí. Hasta ese momento, había temido no recibir la plena aceptación de los Valos.

—Es hora de reunirse con tu compañero —dijo Riaxan.

Lorvek comprobó que la iluminación de mi piel se había secado lo suficiente antes de calzarme un par de sandalias blancas con las mismas gemas y reflejos que el resto de mi atuendo. No sabía de qué material eran, aunque me daban la sensación de ser de cuero.

Se me pasó por la cabeza una idea tonta. Con el brillo que tenía por todas partes, ¿sería un bonito árbol de Navidad blanco y azul!

Me sacaron de la casa en procesión. Los Valos habían recuperado la ciudad, limpiándola, reabriendo las viviendas y eliminando todos los rostros de los Extraños esculpidos en los edificios, especialmente cualquier representación de Tarakheen. Las estatuas que no habían quitado, las habían remodelado para que se parecieran a los Valos del Norte.

Duke me esperaba fuera, descalzo, vestido solo con un taparrabos. Para mi sorpresa, el suyo era negro con reflejos plateados. Todas las hembras llevaban taparrabos de colores pálidos y brillantes, desde azul hielo hasta rosas y amarillos pálidos. Se dirigieron hacia la plaza mientras yo me acercaba a él.

Me tendió un ramo de flores exóticas y heladas en tonos lavanda, blanco, azul pálido y una pizca de rosa. Tragando para no sentir un nudo en la garganta, acepté las flores y enganché mi brazo al suyo. Como mi madrina de honor, Jaan se colocó delante de nosotros antes de dirigirse por el camino principal hacia la plaza. Duke me llevó por el pasillo tras ella.

A ambos lados del camino, aparecieron flores de hielo con cada uno de mis pasos. No sabría decir qué Valo las había creado, pero eran preciosas.

Más adelante, unas columnas romanas hechas de nieve separaban las filas de bancos ornamentados a cada lado del pasillo donde se habían congregado los Valos. Esculturas de nieve que representaban arreglos florales bordeaban el camino. Un ingenioso juego con piedras luminosas añadía el toque perfecto de color y brillo. Incluso un aroma floral impregnaba la plaza. Cómo lo habían conseguido me dejó perpleja.

Pero a pesar de toda su belleza, este paisaje invernal de cuento de hadas no logró captar mi atención. Al final del pasillo, sobre una elevada tarima de piedra, me esperaba Kai. Al ver al que pronto sería mi marido, se me aceleró el pulso y se me calentó la piel. Descalzo, también llevaba un taparrabos negro con adornos de plata y cuentas enjoyadas. Un manto de cuero negro sobre los hombros dejaba a la vista su musculoso pecho y la piedra de su corazón. Me recordaba a las antiguas armaduras de los gladiadores romanos.

Con los ojos clavados en mi objetivo, me deslicé por el pasillo en un estado de ensoñación.

Al subir los tres escalones de la tarima tras Jaan, las rodillas me temblaban al ritmo de mi corazón. Se giró para mirarnos a Kai y a mí, pero yo solo tenía ojos para mi hombre. Duke dijo algo, creo que todo el asunto de entregar a la novia. Todo era ruido para mis oídos. La corapietra de Kai brillaba tanto de emoción, que el calor irradiaba contra mi piel. Sus manos frías agarraron las mías y me ahogué en la profundidad helada de sus ojos.

Los Valos no tenían religión como nosotros. Ningún cura oficiaba las bodas, y tampoco hacían todas esas florituras para ello. Antes del cambio, las parejas intercambiaban sus votos en privado, lo anunciaban a la tribu y se organizaba una gran comida seguida de juegos para celebrarlo. Que se hubieran tomado tantas molestias por mí me conmovió hasta la médula.

Aunque se dirigió a mí, Jaan proyectó lo suficientemente alto como para que todos los presentes la oyeran.

—Has venido a Sonhadra, caída del cielo —dijo, con voz solemne—. El destino ha guiado tus pasos hasta E’Lek. Con valor y sacrificio, nos has devuelto la vida y has salvado a nuestro pueblo de la extinción.

Se me oprimió el corazón y las lágrimas me nublaron la vista. Las manos de Kai se apretaron alrededor de las mías.

—Todos estamos aquí porque pusiste tu vida en peligro para salvar a unos completos desconocidos —dijo Jaan bajo los susurros de aprobación de la asamblea—. No nos debías nada, pero nos lo diste todo. Los primeros visitantes del cielo destruyeron nuestro mundo y tú lo reconstruiste. Hoy estamos aquí para darte la bienvenida como nuestra verdadera hermana, no solo porque te estás apareando con nuestro hermano Qaezul, sino porque te has ganado un lugar especial en nuestros corazones. Eres una Valo.

—Eres una Valo —repitieron los demás al unísono.

La presa se rompió y lloré y moqueé ante una mezcla de risitas divertidas y falsa indignación por llorar el día de mi apareamiento. Kai me abrazó y me besó las lágrimas hasta que recuperé la compostura. Me ardían las mejillas por haber hecho semejante espectáculo.

—Lydia —preguntó Jaan—, ¿tomas a este macho como compañero de vida, para bien o para mal, hasta que la muerte los separe?

—Acepto —mis palabras salieron susurradas, mi garganta estaba casi demasiado constreñida para respirar.

Esta frase tampoco formaba parte de las tradiciones Valos, sino que la adaptaron solo para mí.

—Qaezul, ¿aceptas a esta hembra como compañera de vida, para bien o para mal, hasta que la muerte los separe?

—Sí —dijo, con la voz temblorosa por la emoción.

—Ahora pueden sellar su vínculo con sangre —dijo Jaan.

Los Valos no intercambiaban anillos, sino que mezclaban su sangre en un juramento de sangre. Extendiendo el dedo en forma de afilada hoja helada, Kai se hizo una pequeña incisión

en la palma. Le presenté mi mano derecha y me hizo un pequeño corte allí. Aunque debería haberme asustado, me llevé la mano ilesa al cuello y separé el panel izquierdo de mi vestido para dejar al descubierto mi corazón. Kai me hizo un corte e inmediatamente lo cubrió con su palma sangrante. Al mismo tiempo, agarró mi mano herida y la acercó a su corapietra. Su escudo de cristal se abrió para recibir mi sangre y luego volvió a cerrarse.

Sentí un hormigueo en la incisión de la mano y en el pecho. Descargas eléctricas recorrieron mi cuerpo. Por un momento, la vista se me nubló y la cabeza me dio vueltas. Kai parpadeó y parecía un poco inestable sobre sus pies, al parecer tan afectado como yo. El zapping se desvaneció, pero una extraña, pero agradable calidez, perduró.

—Los declaro marido y mujer —dijo Jaan—, compañeros de vida ante toda Sonhadra. Puedes besar a la novia.

Los vítores estallaron a nuestro alrededor y los copos de nieve creados por los Valos cayeron sobre el estrado cuando los labios de Kai se apretaron contra los míos.



EPÍLOGO

LYDIA

Después de la boda, como ninguno comía, los Valos celebraron un banquete para una sola persona—para mí—a la entrada de la ciudad. Lo disfruté mientras veía un espectáculo de carreras de la muerte. Nadie moriría, obviamente, pero se desvivían por noquear a sus rivales, levantando muros de hielo a su paso o chocando deliberadamente entre ellos. Casi me ahogo un par de veces de la risa.

Habían puesto la mesa a los pies de la estatua gigante de Tarakheen, a la entrada de la ciudad. Para mi sorpresa, la habían remodelado a mi semejanza. Aunque me sentía halagada y profundamente conmovida, E'Lek no me pertenecía y no quería que pensaran de ningún modo que yo albergaba tales ambiciones. Tanto Jaan como Lorvek me aseguraron que ninguno de ellos lo creía. Kai había tallado flores de iwaki a mis pies y en mis palmas ahuecadas, que se extendían hacia fuera en gesto de ofrenda.

Para los Valos del Norte, yo era Lydiazul'vir Dor E'Lek, la Dadora de Vida.

Dos días después, los Constructores y Artesanos terminaron la cámara funeraria para sus hermanos y hermanas que no habían sobrevivido a la sala de magma. Utilizaron la sala donde habían sido consagradas las hembras, y otros Artesanos unieron sus esfuerzos a los de Kai para hacerla brillante y hermosa con tallas de colores. Los Valos no se descomponían al morir. Se congelaban, sus cuerpos permanecían en estasis permanente. Caminando por su interior, casi podías pensar que habías entrado en un museo de cera.

En las semanas siguientes, mantuvimos muchas discusiones sobre el futuro de E'Lek. Aunque los Valos del Norte habían mantenido contactos mínimos con las demás ciudades Valo, habían dependido en gran medida del comercio con la Ciudad de la Luz. Tenían la intención de reanudar sus negocios con ellos, suponiendo que siguieran siendo un pueblo próspero. Los Artesanos les visitarían la próxima vez que regresaran.

Todavía me costaba hacerme a la idea de que una ciudad Valo se hubiera construido sobre un dinosaurio gigante. Al parecer, el Creador de la Ciudad de la Luz había creado tres de esas bestias. Eran tan pesados que el suelo temblaba a kilómetros de distancia con cada uno de sus pasos. Ahora me daba cuenta de qué era lo que me había despertado después de haber aparecido

en la orilla de la tierra helada. Pasaba una vez al mes. Kai prometió llevarme allí cuando los Cazadores se aseguraran de que era seguro. No podía esperar.

Me preguntaba si los posibles supervivientes del *Concord* se habían encontrado con alguno de esos otros Valos. Hacía unas semanas, los Cazadores habían encontrado los restos medio devorados de uno de los prisioneros, reconocible por su atuendo naranja. Nadie más había llegado tan cerca de E'Lek. Aún tenía sentimientos encontrados al respecto. Una parte de mí agradecería la presencia de otro humano, pero confiaba en muy pocos. Una vez que los Cazadores contactaran con las otras ciudades, lo sabríamos con seguridad. Prometieron preguntar por mis chicas: Quinn, Zoya y Preta. Sería maravilloso volver a verlas. Tal vez podría unir las con uno de los chicos de aquí. Duke era un buen tipo.

También nos preguntamos por las tribus perdidas. La mayoría de los Valos de aquí habían nacido o se habían casado en E'Lek. No teníamos ni idea de lo que la Creadora había hecho con las cuatro tribus nómadas de los Valos del Norte antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando. También podrían estar en algún lugar ahí fuera, consumiéndose en la hibernación. Algunos Cazadores y Mineros se habían puesto en marcha para intentar descubrir qué les había ocurrido y si podían ser rescatados.

Una vez que los Valos habían recuperado la ciudad alta, la ciudad baja seguía sirviendo como lugar de trabajo para los cultivos y la artesanía. La suite que Kai y Duke habían construido para mí también me servía de escapada romántica. Con mucho esfuerzo e ingenio, mi compañero había conseguido mantener su sorpresa en secreto. El día de nuestra boda, Kai había revelado el impresionante trabajo que había realizado en la sala de aguas termales de la ciudad baja.

Al principio, era una habitación poco iluminada, con una piscina de bordes ásperos y paredes de piedra irregulares. Ahora, un fresco gigante de mí sentada en un campo de iwakis con Cuchi en mi regazo decoraba toda la pared del fondo. Las paredes laterales mostraban diversas escenas relacionadas con la vida de su pueblo antes del cambio. Piedras incandescentes incrustadas en lugares estratégicos del suelo y el techo bañaban la estancia con un resplandor suave e íntimo. Las piedras de toque de los pedestales de intrincada ornamentación de las esquinas de la sala podían activarse para obtener más luz. Pero fue el techo el que me dejó sin aliento, haciendo que la Capilla Sixtina de Miguel Ángel pareciera obra de un aficionado.

Cuando le pregunté cómo se las había arreglado para hacer esto con el calor que hacía en la habitación, me explicó que había podido tolerarlo más desde que habíamos intimado. Dos meses después de nuestra boda, cualquier duda que tuviéramos de que nos afectábamos mutuamente se había evaporado. Aunque seguía sin poder soportar un calor intenso como el de la sala de magma, la temperatura corporal por defecto de Kai ahora se acercaba más a la de un humano. Lo mejor de todo es que él también podía soportar el calor del agua termal durante largos periodos de tiempo sin sufrir ningún daño. Algo sucedió el día que intercambiamos sangre, y no podía estar más feliz.

Me senté desnuda al borde de la piscina, con los pies colgando en el agua. Kai saltó desde el

lado opuesto y nadó hasta mí. Se colocó entre mis piernas separadas y levantó la cabeza para besarme. Le cogí la cara con las manos y le devolví el beso con todo el amor que bullía en mi corazón por él.

—Tengo un secreto que contarte —susurré contra sus labios.

—¿Qué es, mi Lydia?

Agarré su mano y la puse sobre mi estómago. Se puso rígido y sus ojos se abrieron de par en par, con una pregunta evidente en su rostro. Asentí con la cabeza.

—Parece que el pequeño Teo pronto tendrá un amigo con el que jugar —dije.

Su corapietra brilló y su rostro se contorsionó de emoción.

—Mi Lydia... Mi iwaki....

Sonreí y volví a besar a mi marido.

FIN

OTRAS OBRAS DE REGINE ABEL

AGENCIA PRIMARIA

[Casada Con Un Hombre Lagarto](#)

[Casada Con Un Naga](#)

[Casada Con Un Hombre Pájaro](#)

[Casada Con Un Minotauro](#)

[Casada Con Wonjin](#)

[Casada Con Un Tritón](#)

[Casada Con Un Dragón](#)

[Casada Con Una Bestia](#)

[Casada Con Un Dríade](#)

LOS GUERREROS XIAN

[Doom](#)

[Legion](#)

[Raven](#)

[Bane](#)

[Chaos](#)

[Varnog](#)

[Reaper](#)

[Wrath](#)

[Xenon](#)

[Nevrik](#)

[Rogue](#)

LA NIEBLA

[El Mistwalker](#)

[La Pesadilla](#)

CUENTOS OSCUROS

[La Maldición de Barba Azul](#)

[El Jorobado](#)

VALOS DE SONHADRA

[La Ciudad de Hielo](#)

OTROS

[Despertar Alienígena](#)



ACERCA DE REGINE

La autora de best-sellers de acuerdo a USA Today, Regine Abel, es una adicta a la fantasía, lo paranormal y la ciencia ficción. Todo lo que tenga un poco de magia, un toque inusual y mucho romance la hará saltar de alegría. Le encanta crear guerreros alienígenas y heroínas sin pelos en la lengua que se desenvuelven en nuevos mundos fantásticos mientras se embarcan en aventuras llenas de acción, misterio y giros inesperados.

Pero antes de dedicarse a la escritura a tiempo completo, Regine se había entregado a sus otras pasiones: ¡la música y los videojuegos! Tras una década trabajando como ingeniera de sonido en el doblaje de películas y en conciertos en directo, Regine se convirtió en diseñadora profesional de juegos y directora creativa, una carrera que la ha llevado desde su casa en Canadá hasta los Estados Unidos y varios países de Europa y Asia.

[**Facebook**](#)

[**Sitio web**](#)

[**Grupo de lectores Regine's Rebels**](#)

[**Boletín informativo**](#)

[**Goodreads**](#)

[**BookBub**](#)

[**Amazon**](#)